

# Ritos de Ilación



## La pregunta de las 64.000 lochas

Edgardo Malaver Lárez

Ya va quedando poca gente que recuerde lo que era una locha, que las haya usado para comprar o que las haya recibido de una tía generosa, de un padrino soltero o de una abuela que nos hubiera enviado a hacer un mandado. Para los niños de mi infancia era como una bendición recibir en esas circunstancias la peculiar moneda: cantidad insignificante para el que la daba, inmensamente valiosa para el que la recibía. Con una locha, estando en primer grado, por ejemplo, merendaba uno como un príncipe en el recreo y regresaba a casa sin depender de los adultos, lo cual era mejor que ser uno de ellos.

Una locha era la octava parte, es decir, 125 milésimas, de un bolívar. Yo, con dos lochas, o sea, con medio real, era rico. Y rico precisamente se hacía también el que lograba responder todas las preguntas que se le hacían en un programa de televisión que comenzó a emitirse en Venezuela al final de los años 50, *Monte sus cauchos Good Year*, puesto que la última de ellas era lo que el presentador, Néstor Luis Negrón, llamaba “la pregunta de las 64.000 lochas”. Sesenta y cuatro mil lochas son 8.000 bolívares, que en este momento quizá no alcancen para comprar, por ejemplo, muchos pares de pantalones (a lo sumo dos, regateando bastante), pero en la década de los 50, esa cantidad habría sido suficiente para comprar, al menos, una casa de tres habitaciones. Desde entonces, la expresión ha designado, aunque los venezolanos han olvidado su origen, las preguntas de importancia capital o aquellas que son muy difíciles de responder o cuya respuesta es imposible o casi imposible adivinar.

El programa, que se mantuvo 12 años en las pantallas de Radio Caracas Televisión, era presentado por Negrón junto con la elegantísima Cecilia Martínez, la primera locutora de la televisión venezolana —que en noviembre del año pasado alcanzó la edad de 101 años—.

La expresión del profesor Negrón provenía de programas de concurso del mismo estilo que antes que el suyo había habido en la radio de Estados Unidos, el primero de los cuales se titulaba *Take It or Leave It* (Tómelo o déjelo),

transmitido desde 1940. En 1950, se convirtió en *The \$64,000 Question* (La pregunta de los 64.000 dólares) y en 1955 saltó a la televisión. Se hicieron tan populares el programa y el tipo de programa, que fue imitado en muchos lugares: en el Reino Unido (*The 64,000 [Sixpence] Question*), en Australia (*Coles £3,000 Question*), en México (*El Gran Premio de los 64.000*). Y en Venezuela.

Hay otras expresiones venezolanas que incluyen la palabra *locha*. Cuando un producto es muy barato o cuando es posible encontrarlo en cualquier parte, decimos que lo venden “a tres por locha”. Cuando intentamos entender alguna situación compleja y finalmente lo logramos, decimos: “Me cayó la locha”. *En la lucha por la locha* es equivalente a estar trabajando duro para ganar el diario sustento. En esta Navidad, que en rigor termina mañana, ha vuelto oírse aquella gaita que dice: “¿Qué haré yo cuando no tenga / en el bolsillo tres lochas / para comprarte una brocha / y pintura pa la bamba?”.

Cuando yo era niño, mi hermano, queriendo que su padrino le diera dinero, le decía al tropezárselo en cualquier lugar: “Padrino, la *bendilocha*”, y este, queriendo evadirlo, le respondía: “Dios me lo *bendilimpie*, hijo”.

emalaver@gmail.com

Año II / N° XXXVIII / 5 de enero de 2015



Isabel Matos, Ayleen Trujillo y Carmen Gabriela González, de der. a izq., en su rol de jurado del IV Concurso *Ortografía Razonada en inglés*

## El arroz nuestro de cada día

Isabel Matos

Ya sé que así no dice el Padre Nuestro, pero es que la palabra que me maravilla no es nuestra, y no es *pan* ni es *arroz*. Aunque no es *arroz*, en realidad sí se trata del arroz, el que preparan y comen en Japón.

En Caracas, Japón sabe a *sushi*, que se ha convertido en su plato más popular; también tienen sopas, fideos, pasteles, pero no son igualmente conocidos. Lo que muchos no sabíamos es que el *sushi* es algo que los japoneses comerían en ocasiones especiales, no a diario y seguramente no tan a menudo como algunos visitantes asiduos de nuestras mejores cadenas de comida rápida japonesa. Lo que sí comen todos los días es arroz. El arroz está en el desayuno, el almuerzo y la cena. Es tan importante el arroz blanco en la dieta y vida de Japón que la palabra que utilizan para designarlo también es sinónimo de comida. Comida y arroz es lo mismo. El grano sagrado de arroz es *komé*, y de esos hay más de 300 tipos. Los cultivan en Japón, California y España. Son granos más cortos que los que comemos nosotros en nuestro querido pabellón, granos que fueron desarrollados para adaptarse al clima y paladar nipón<sup>1</sup>.

1 Kazuko, E. (2008). *Todo el sabor de Japón*. Barcelona:



Todo esto te puedo decir y todavía no he llegado a la palabra que me maravilla, el arroz cocido, sinónimo de comida, es *gohan*. Y sí, ese también es el nombre del hijo de *Goku*<sup>2</sup>, pero de ese hablaremos en otro *rito de ilación*.

isabelmercedes@gmail.com

Año II / N° XXXIX / 12 de enero del 2015



## La susodicha Edgardo Malaver Lárez

Para Abigaíl

Algún documento legal debo haber estado leyendo yo en el momento en que me alcanzó por primera vez la palabra *susodicho*. Decía: "...la declaración que hace el susodicho ciudadano...". ¿Sería un parte policial, una denuncia, una relatoría de tribunal? ¿De dónde lo habré sacado? Sin duda la fascinación del recién comprendido sistema que permitía convertir en sonidos comprensibles aquellos trazos negros sobre papel blanco me llevaba a desear convertirlo, traducirlo, leerlo todo, todo, todo. Y en una de esas me toparía con una partida de nacimiento, con una sentencia, un informe de comisario. ¿Desde qué antigua edad me habría estado esperando? ¿Qué intrincado azar habrá ideado la ruta por la cual lanzaría sobre mí su tentador anzuelo?

---

Duncan Baird Publishers.

2 Son Goku: personaje principal de la serie de Akira Toriyama, *Dragon Ball*.

Organizadores, jurado y participantes del IV Concurso *Ortografía Razonada en inglés*

Lo cierto de esto es que la palabra *susodicho* me ha acompañado desde aquel día en que la vida la atrajo a mi vista. Cuando no había estudiado francés, me eran algo ajenas esas primeras sílabas que antecedían al archiconocido participio del verbo *decir*. *Suso-* apenas me hacía pensar en el nombre de la única reina de belleza que yo pensaba que existía, Susana Duijm, que era ya una mujer elegantísima cuando abrí los ojos al mundo; en bachillerato, cuando el profesor Alberto Marín, que nunca me dio clases pero era amigo de mi madre, dijo en un discurso del día de Juan de Castellanos: "Haré una sucinta reseña de la historia de este liceo...", mi mente me disparó, una vez más, como lo hacía cada cierto tiempo, la palabra *susodicho* y se preguntó si las dos tendrían algún parentesco, si sería consanguíneo o por afinidad, si habrían coincidido antes en la vida de otra gente, si tendrían el mismo origen o era un "evento de la casualidad" que se parecieran tanto. Necesité ver en el periódico poco después que alguien usaba otra vez la palabra *sucinta* para entender que no podían ser de la misma familia porque, en realidad, ahora que la veía escrita, no comenzaban igual. Y un día Arturo Úslar Pietri dijo en *Valores humanos* que la I Guerra Mundial había *suscitado* en el mundo una inmensa desconfianza. ¡Otra palabra...!



Susodicha, Susana, sucinta, suscita. Ya podía —¿cuándo no había podido y cuándo no lo había hecho— jugar con aquellos sonidos y aquellas imágenes, que, en lugar de confusión, creaban alegría en la mente. *La susodicha Susana suscita sucintos suspiros, sutiles susurros y suspensos sucesos de surtidas sustancias en susceptibles sustitutos.* Al llegar por fin a mis manos, comenzando cuarto grado, el diccionario se convirtió en mi juguete favorito.

Cuando comencé a aprender francés y me enteré de la existencia de las palabras *sur* y *sus*, deduje que aquel susodicho... ¿prefijo? de mis trabalenguas tenía que tener algo en común con ellas. Si estas eran equivalentes a 'sobre', 'arriba', 'encima', *susodicho* tenía que ser 'lo dicho arriba', 'lo mencionado antes'. Y creó Dios la luz y vio que era buena.

Después la palabra habrá decidido irse al desierto a meditar, porque hacía tiempo que no se me atravesaba en el camino. Hace 11 días, sin embargo, Abigaíl, mi hija mayor, me reveló en medio de una conversación electrónica que "le encanta esa palabra", y esto ha resucitado en mí aquella ruleta de los sonidos y las imágenes. *Los usos dichos; las uso dichas; las uso, oh, dicha; las u, so dicha; él, su uso dicho...*

Todo lo antes dicho revela cómo urden las palabras para sobrevivir a los hombres. La susodicha niña conservará esta palabra cuando yo me vuelva silencio en la tierra, y sus hijos y sus nietos jugarán

con ella, como yo, ojalá, generación tras generación, hasta que carne y palabra sean, otra vez, uno solo y el mismo ser.

emalaver@gmail.com

Año II / N° XL / 19 de enero del 2015



## Puchecas Laura Jaramillo

Una tarde calurosa de abril, recibo la llamada de la vecina *fufurufa*, aquella de Barquisimeto, a quien de cariño le digo *Fufu*, preguntando a modo de *recocha*: "Buenas tardes, ¿Peluquería Puchecas Apretadas?". Por supuesto que mi reacción fue una estruendosa carcajada.

Pues bien, la *Fufu* y yo, como siempre nos la pasamos echando varilla, más bien *recochando*, desde esa hermosa tarde 'abrilera' vivimos haciendo chistes sobre las puchecas: que si puchecas caídas, puchecas asustadas, puchecas que dan vueltas, puchecas arriba, puchecas abajo, puchecas alegres, puchecas tristes, puchecas acaloradas, puchecas con frío y cualquier otra que se nos ocurra. Tanto la vecina como yo somos asiduas a la programación colombiana, así que compartimos el mismo código de comunicación.



Estudiantes de Lingüística II, pichones de lingüistas semantistas, en el congreso lingüístico organizado en el *Mes de los Idiomas 2015*; de izq. a der., Mery Mendes, Carlos Ramos y Edgar Campos

Como cosa rara, esos colombianos hacen uso espectacular de su lengua, y tienen esta palabra que para mí es magnífica, porque es un neologismo, es decir, que el DRAE aún no la registra, al igual que *fufurufa* y *recocha*, aunque estas dos últimas sí las registra el diccionario, pero son casos de neologismo semántico.

Así como los colombianos, también me gusta inventar, y al igual que en el caso de *fufurufa*, les quiero indicar el significado de *puchecas*, a través del título de un libro ampliamente conocido, escrito por el colombiano Gustavo Bolívar: *Sin puchecas no hay paraíso*.

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año II / N° XLI / 26 de enero del 2015



## ¿Español o castellano?

Luisa Teresa Arenas Salas

¿Será esta “la pregunta de las 64.000 lochas”, tal como leímos en el primer *rito* de este año escrito apasionadamente por el padre de los *ritos*, Edgardo Malaver Lárez? Realmente, no. Esta no es una pregunta “muy difícil de responder”, ni su respuesta es “imposible o casi imposible adivinar”. ‘Español o castellano’ es una polémica muy antigua, que llega hasta nuestros días.

¿Has sido tú en algún momento protagonista de esta polémica? ¿Cuál de los dos términos empleas? ¿Qué razones has utilizado para justificar ese uso?

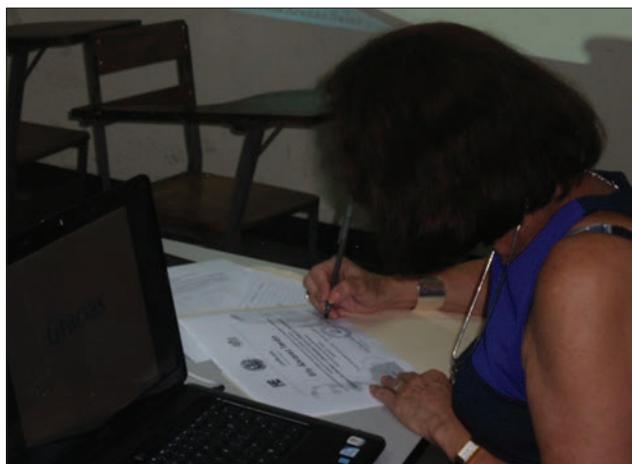
Luisa T. Arenas en un momento azaroso dentro del placer que produce el éxito del evento programado: la firma de certificados

En principio podemos decir que los términos *español* y *castellano* se consideran sinónimos para referirnos al nombre de nuestra lengua. Pero es interesante conocer un poco de historia para dilucidar la controversia.

A finales del siglo XV, el enlace de los Reyes Católicos produce la unificación de los reinos de Castilla y Aragón, quienes convierten a España en una gran potencia, hecho que, como corolario, conduce a la unidad lingüística española. “El castellano, que comienza a llamarse español, se propagó entonces por Flandes, Italia y Francia, sus gentes aprendían el español con agrado y tenían a gala saber hablar castellano” (Gutiérrez y otros, 2007: 24). Ya en el siglo XVI se consolida la unificación literaria y adquiere plena justificación el uso del nombre de lengua española. Se originó el sentimiento colectivo que llevó a ver en el romance castellano una significación más amplia que sobrepasaba lo regional, y un contenido histórico cultural más rico que el estrictamente castellano (2007: 25).

Enrique Obediente Sosa (1997: 408), con base en esos criterios históricos, afirma:

el término castellano hace referencia a la región de origen, a Castilla; español, por su parte (en boga desde el Renacimiento, es decir, desde la época del



despertar de las nacionalidades), hace referencia a la nación, a algo histórico-cultural de significación suprarregional.

Pero aun así, la polémica se mantiene vigente no solo en España, sino también en Venezuela sustentada en que la constitución de ambos países consagra el término *castellano* para denominar su lengua oficial, la cual coexiste con las otras lenguas acuñadas como oficiales a nivel regional. Para cotejar esta afirmación puedes revisar el artículo 3 de la Constitución española y el 9 de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela del año 1999. Esta disposición constitucional ha llevado a estudiosos de la lengua a argumentar la validez de los dos vocablos basados en la sinonimia existente entre ellos. No obstante, en la actualidad se prefiere el nombre *español*, porque tiene un carácter más internacional.

Por ello, yo acepto con normalidad que se diga *castellano* al mencionar nuestra lengua, de acuerdo con la Constitución; sin embargo, prefiero hablar de *español*, como dice el académico Luis Barrera Linares: “por ser este el nombre más universal de nuestra lengua” (2013: 46). Y, para ser más específica, utilizo “español de Venezuela”. Dejo aquí en el espíritu de los lectores una nueva inquietud, quizás materia para otro *rito de ilación*, que bien podría satisfacer, por ejemplo, la gran defensora de esta denominación, la lingüista venezolana Minelia de Ledezma.

Leonardo Laverde B., der., entrega a Miguel Guerrero la revista *Eventos VII, Voces y simulacros*, por su participación en el IV Concurso *Ortografía Razonada en español*

## Bibliografía

- Barrera Linares, Luis (2013). *La duda melódica. Crónicas malhumoradas*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua.
- Gutiérrez, María Luz y otros (2007). *Introducción a la lengua española*. Madrid: E.U. Ramón Areces.
- Obediente Sosa, Enrique (1997). *Biografía de una lengua. Nacimiento, desarrollo y expansión del español*. Mérida: Universidad de los Andes.

ue\_eim\_ucv@yahoo.com / ue.eim.ucv@gmail.com

Año II / N° XLII / 2 de febrero del 2015



## Música, lengua y significado

**Leonardo Laverde B.**

Hace unos días conversaba con mis estudiantes sobre las nociones de *lenguaje* y *lengua*. La definición de lenguaje que yo acostumbro usar es “tipo de comunicación que involucra el uso de una lengua”. A su vez, una lengua es un “sistema de signos arbitrarios, lineal y doblemente articulado”. Tomando esto como punto de partida, les pregunto a mis estudiantes qué otros códigos, además del lenguaje oral y su representación escrita, encajan con dicha conceptualización. Las



respuestas típicas suelen ser: las lenguas de señas, el Braille y el código Morse (estos dos últimos como representaciones de una lengua oral). Sin embargo, en esta oportunidad un estudiante me preguntó: “¿Y la escritura musical?”.

Reflexionando sobre el asunto, me dije: la escritura musical es arbitraria y lineal pero, ¿es articulada? Algunos estudiantes recordaron que varias notas forman un acorde. También —lo pienso ahora— se podría mencionar la conjunción de la clave y las notas en la representación de cada sonido (un músico podría orientarnos mejor al respecto). Sin embargo, como apuntó otra estudiante, la respuesta final dependerá de si consideramos que la música transmite significado. Cada grafema musical, individualmente, transmite significado, pues alude a una nota. Ahora bien: el conjunto de las notas, ¿tiene significado? ¿Una pieza musical puede considerarse un mensaje?

Cierto tipo de música, la música programática (que pretende evocar imágenes extramusicales en la mente del oyente) aspira, ciertamente, a alguna clase de significado. En cambio, la música absoluta (como el arte no figurativo en general) renuncia a transmitir algo más allá de sí misma.

Indudablemente, para la persona que compone o gusta de la música, una pieza, por más absoluta que fuere, puede llegar a tener significado. Sin embargo, a diferencia de las lenguas, ese significado no descansa en convenciones que permitan “decodificar” el mensaje de la melodía. La música, por sí sola, no es referencial, no tiene un significado denotativo; sin embargo, puede llegar a asociarse con representaciones internas individuales.

Concluyo entonces que, en realidad, la escritura musical no es una lengua, y la música no es un lenguaje. Sin embargo, no cabe duda de que implica alguna forma de comunicación emotiva.

En este punto, me viene a la memoria un poema de Fernando Pessoa. Dado que hablamos de música y estamos en el mes del amor, van a permitirme que lo transcriba con toda la musicalidad de su lengua original:

*A tua voz fala amorosa...  
Tão meiga fala que me esquece  
Que é falsa a sua branda prosa.  
Meu coração desentristece.*

*Sim, como a música sugere  
O que na música não está,  
Meu coração nada mais quer  
Que a melodia que em ti há...*

*Amar-me? Quem o crera? Fala  
Na mesma voz que nada diz  
Se és uma música que embala.  
Eu ouço, ignoro, e sou feliz.*

*Nem há felicidade falsa,  
Enquanto dura é verdadeira.  
Que importa o que a verdade exalça  
Se sou feliz desta maneira*



Miguel Ángel Nieves exponiendo sobre su poemario *La casa de aprender en el oscuro*



## ¡Zapatazos!

**Luisa Teresa Arenas Salas**

Un grito de nostalgia: ¡Zapatazos! Una palabra muy sentida hoy que quizás despierte en muchos de nosotros recuerdos de una travesura infantil: la voz de una madre cuya indignación quedó realizada en un hecho lingüístico convertido en acción al sentir el golpe de un zapato que lastima una parte del cuerpo simultáneamente con el eco del último sonido [áso] del enunciado iracundo: ¡*Muchacho, te voy a dar un zapataAAAZO!*, más el golpe certero, doliente, inesperado.

Pero no es de ese “zapatazo” aleccionador del que deseo hablar, sino de ese otro ¡Zapatazo! nostálgico que produce la desaparición física del MAESTRO DE LA CARICATURA, Pedro León Zapata. El ¡Zapatazo! que ha golpeado durante 50 años nuestro país desde la página de opinión de *El Nacional* y que a partir de hoy, 6 de febrero de 2015, silencia sus golpes opinadores dejando un vacío editorial como “si perdiéramos un brazo”, en palabras de Miguel Henrique Otero, su director. Y, en mi caso, como si perdiera no solo el brazo sino la muleta en la que me apoyaba en mis clases: sus caricaturas como recurso didáctico.

Al leer los *Zapatazos* de Zapata se activaba en mí el proceso dialéctico característico del humor: de la risa al pensamiento. Sucedió algo así como un

minuto de risa y diez de reflexión sobre la Venezuela del momento dibujada en sus geniales trazos llenos de coraje y lucidez y la Venezuela utópica implícita en la intención de Zapata: una Venezuela próspera, plena de libertades. Luego de esto, afloraba en mí el rol docente: tijeras en mano, la caricatura pasaba a ser un recorte de prensa para mi portafolio escolar.

Como dije antes, los *Zapatazos* constituyeron para mí un gran recurso didáctico durante mi largo recorrido docente, primero en las aulas de la llamada tercera etapa de educación básica y, luego, en las universitarias. De la observación práctica a la teoría era el proceso: el método inductivo para la construcción del aprendizaje de contenidos de fonología, morfología, semántica, pragmática, análisis textual y discursivo, a partir del más auténtico de los textos auténticos, la caricatura con su riqueza interpretativa. Los *Zapatazos* de Zapata no podían faltar tampoco en los libros de texto que produje en coautoría con colegas lingüistas y que hoy en día muchos estudiantes universitarios que recorrieron sus páginas en el bachillerato aprecian como el tesoro de la asignatura Castellano.

¡Cuánta falta me harán esos *Zapatazos*! Me embarga un sentimiento de pérdida, pero también de gratitud por el talento que me regaló Zapata con su verbo y sus trazos ingeniosos, que me permitieron recrearlo en las aulas para enseñar



Nuestro homenaje póstumo a Pedro León Zapata, de quien aprendí tanto al leer y usar como recurso didáctico sus *Zapatazos*

a mis estudiantes a reír reflexivamente con la caricatura como texto humorístico argumentativo. La gracia, la verdad, la bondad y la poesía como hilo conductor de la obra humorística desarrollada por Zapata se instalaban en el aula al leer las caricaturas. ¡Qué gran aprendizaje obtuve en ellas y con ellos! La añoranza se instala en mi alma.

¡Gracias, Zapatazos! ¡Descansa en paz, Zapata!

Viernes 6 de febrero de 2015

ue\_eim\_ucv@yahoo.com / ue.eim.ucv@gmail.com

Año II / N° XLIV / 16 de febrero del 2015



## ¿Pronombre de lugar en español?

Daniel Avilán

Para aquellos que hemos estudiado francés siempre ha resultado muy chocante que existan en ese idioma cosas que no existen en español y que, además, en alguna altura de la vida, estas cosas nos resulten hasta necesarias en nuestra lengua. Entre todas esas cosas que me hacen falta en español está el pronombre *y* de lugar del francés, que reemplaza, entre otras cosas, los complementos circunstanciales de lugar como referencia anafórica, por lo general.

En una conversación en francés, por poner un ejemplo común, en la que hablemos de Venezuela, este sustantivo podría convertirse más adelante en el discurso en *y*, cuando cumpla función de complemento circunstancial de lugar, eg. *Le*

Isabel Matos lee la carta de agradecimiento entregada al invitado Néstor González al finalizar el Club sobre Nalgas y Libros; Sara Pacheco la acompaña, der.

*Venezuela, j'y habite dès que j'y suis né.* Pero en español se hace difícil retomar el mismo referente de la misma manera: Venezuela, yo vivo (ahí, aquí, allá...) desde que nací (ahí, aquí, allá...). Con toda certeza, existen en español varios elementos deícticos que cumplen funciones similares, pero, no en forma de pronombre, por lo que se ve en el ejemplo, al menos no que yo recuerde.

Un día que me topé con un poema de Gonzalo de Berceo (*Los milagros de Nuestra Señora*) noté este verso: “Aviën y grand abondo de buenas arboledas” y me di cuenta, tal vez por mi ojo demasiado buscón, de que estaba ahí, en ocurrencia con el verbo *aver* de existencia, un pronombre y de lugar. No lo podía creer, pero estaba ahí: *aver* como *avoir*; entonces me resultó lógico: *avoir* en tercera persona del singular en presente del indicativo es *il a*, pero para existencia está *il y a*, justo como en español haber (o *aver* para Berceo) en tercera persona del singular en presente del indicativo es (él o ella o eso) *ha*, y para existencia está el pronombre *y*, que no pudo desaparecer por cosas de lógica lingüística, tal vez. Así, en español tenemos *hay* que en francés es *il y a*.

Como con la lengua no debe uno dejar de ser curioso, y como yo soy además hasta obsesivo, me puse a buscar, de manera poco seria y sin método alguno, ocurrencias del mismo pronombre en español donde se expresara existencia y encontré



esto: *estoy, soy, voy, doy*, curiosamente todas en la primera persona del singular *yo* y en presente del indicativo.

Esto me hace pensar en la profundidad con la que nuestra lógica morfosintáctica española (castellana acaso) expresa una manera particular de entender la existencia: estrechamente ligada con el espacio; el único espacio del que se tiene certeza, déicticamente hablando, el mío, el de la primera persona, en torno a la que todo el universo lingüístico gira.

Si la lengua materna de Heidegger hubiera sido el español, su estudio sobre *Ser y tiempo* no habría sido el mismo.

daniel.avilan@gmail.com

Año II / N° XLV / 23 de febrero del 2015



## Divagando sobre semántica

Laura Jaramillo

*...era un muerto sin cabeza,  
sin pantalón ni camisa,  
con las manos en los bolsillos  
y una macabra sonrisa...*

"El espanto", Carota Ñema y Tajá<sup>3</sup>

3 <http://micuatro.com/acordes/2010/06/el-espanto>.

Aurelena Ruiz compartiendo saberes con el grupo de protocolo ProEventos EIM

Recuerdo que durante un taller sobre morfosintaxis un estudiante preguntó, con un toque de malicia indígena, si la oración *Se vende esta casa* era correcta y la profe dijo que sí, era correcta. A lo que el estudiante inmediatamente refutó: "Pero la casa no se vende sola", y como mi profe era muy perspicaz (como todo profesor de lingüística) le respondió: "Ay, no, ya le metiste semántica a la cosa".

Esta pequeña anécdota rondó en mi cabeza por un tiempo, pues me preguntaba cómo era posible que una rama tan importante de la lingüística pudiera ser un problema en lugar de una solución. Sin embargo, la idea la dejé pasar y la creía olvidada, hasta que por estos días de ocio, escuchando radio, sonó una canción que se llama "El espanto", del grupo larense Carota Ñema y Tajá. Al momento no me percaté del detalle, como me gustó la rítmica, la estuve tarareando por largo rato, hasta que de pronto me cayó la locha. Al darme cuenta, me dio mucha risa y, extrañamente y gracias a mi memoria a largo plazo, recordé aquella sentencia realizada por la profe.

Si vemos bien, la estructura oracional está perfecta, cada palabra en su santo lugar, o sea, una morfosintaxis genial. Pero cuando le metemos la semántica a la cosa (como dice la profe), resulta que no es un estribillo tan perfecto, porque si el muerto



no tenía cabeza ni pantalón, ¿como por dónde tenía la sonrisa y en qué bolsillo tenía las manos metidas? Hasta los pelos paraos tenía el pobre espanto, y se asegura fehacientemente que lo vieron.

Desde entonces, ahora le meto semántica a todo (quizás siempre lo hice), es como el proceso de la computadora cuando estamos guardando documentos en una carpeta, mis análisis parecen esas hojas que pasan de una carpeta a otra, desglosando los significados.

Mi mamá me pregunta que cuál es la diferencia entre *escuchar* y *oír*, y le respondo que ninguna, y se lo confirmo con un diccionario de sinónimos, el cual me remite de una palabra a la otra, y viceversa, pero que si le metemos semántica hay diferencia, casi abismal. Creo que no le quedaron ganas de preguntarme más nada al respecto.

No dudo, ahora, que la profe tuviera la razón, creo que su comentario fue por dos cositas. Primero, que la clase era de morfosintaxis, y la pregunta como que no cabía ahí, aunque es muy difícil que en las clases sobre la lengua (¿o lenguaje?) no se le venga a uno una montaña de dudas y dificultades. Segundo, creo que, algunas veces, descubrir los porqués no es tan necesario, no hace falta meterle tanto coco a las cosas. Bueno es culantro pero no tanto.

Veamos la semántica como una compañera que nos ayuda a no tomar la lengua tan literal; la canción tiene frases parecidas, pero la entendemos y allí está el punto, entender (¿o comprender?), además de ser una hermosa representación de nuestra idiosincrasia.

Hay otra señora por ahí muy amiga de la semántica y que también causa sensaciones, la

pragmática, pero de ella podemos hablar en otra divagación.

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año III / N° XLVI / 2 de marzo del 2015



## El guayabo de la ausencia

Miguel Ángel Nieves

*Se puede reducir todo el enigma del trópico a la fragancia de una guayaba podrida.*

Gabriel García Márquez

En Venezuela se le suele llamar *guayabo* al estado de tristeza, melancolía y dolor que causa la pérdida de un amor; también es costumbre llamar a ese estado con el nombre de *despecho*. El DRAE lo describe así: “(Del lat. *despectus*, menosprecio). 1. m. Malquerencia nacida en el ánimo por desengaños sufridos en la consecución de los deseos o en los empeños de la vanidad”. ¡Vaya usted a saber! La palabra, en nosotros, se define por sí sola. Lo cierto es que en nuestro país al despecho se le conoce también como *estar enguayabado* o *enguayabao*, de acuerdo con su grado de inclinación ante lo popular.

Aurelena Ruiz hace referencia a ProEventos, el grupo de protocolo de la EIM, en el taller homólogo



La palabra tiene sus variantes en los predios de la patria grande, pues también se usa, sobre todo en Colombia, para nombrar un estado de pesadez, letargo y decaimiento, producido por la ingesta excesiva de tragos, que nosotros acostumbramos mentar con el nombre de *ratón* o *resaca*, pero nunca *guayabo*, ni siquiera en el caso de que el exceso de alcohol haya sido por causa de las cuitas y congojas que nos causó la perfidia. “Mátame, aguardiente, que el amor no pudo”.

En el Diccionario de la *irreal* Academia Española se consigue el término incluso en forma de verbo: “*guayabar*. 1. intr. coloq. Ec. mentir (decir lo contrario de lo que se sabe, cree o piensa)”. Sofismas lo llamaba Píndaro. Yo guayabo, tú guayabas, nosotros guayabamos. Cuánto de guayabar tenemos en nuestros siglos. También se nos muestra como sustantivo para nombrar al árbol que da el fruto de la guayaba, ícono de son y sabor en el Caribe y en América; ya bien decían Rubén Blades y Willie Colón en “Siembra”: “Me fui pal monte buscando guayaba / por la vereda del ocho y del dos / y aunque encontré una casa dorada / esa guayaba no la hallaba yo”. Símbolo del ideal y la mujer.

La estudiosa borinqueña María Baquero de Ramírez nos muestra, en un estudio titulado *Español de América y lenguas indígenas*, cómo Gonzalo Fernández de Oviedo en el *Sumario* que redactara en 1526 en la ciudad de Madrid, da testimonio de algunas palabras arahuacas, entre las cuales hallamos *guayabo (a)*, así como *sabana* y *cazabe*. Podemos dar fe de que en los tiempos del cronista existía ya lo que hoy nosotros llamamos

*ratón*, pues es conocido el añejo hedonismo de Anacreonte y su amor al vino así como las pistas que Petronio aporta sobre las grandes comilonas y bebezones de los romanos en su *Satiricón*. Sin embargo, la voz que registrara el cronista en nada alude al malestar postbarranco. Resulta auspicioso imaginar a los Taurepanes de Kumaracapay tomando kachire —que es una bebida a base de yuca amarga y batata, fermentados— ya en los tiempos de Canaán, Cam y Noé.

La siembra del Gabo en terrenos certificados por los médicos invisibles nos dejó un poco desalentados y melancólicos, con una sensación como de enratonamiento, de guayabo, de cuitas y congojas, como cuando nos deja un amor y, miren qué curioso, en este caso, la ida del Gabo hermanó todos los significados y los hizo uno solo.

Por otro lado, el DRAE señala que *despecho* quiere decir también destete. Debe querer decir que ya nos hicimos grandes, que aprendimos las lecciones del viejo maestro vallenatero, que debemos asumir con mayor conciencia nuestra *realidad descomunal*. Las voces indígenas y nuestra literatura seguirán su curso con la impronta indeleble del tiempo. Parece que hoy en día aquel texto que leyó en Zacatecas ya no es tomado solo como una guachafita. Probablemente, a pocos días de una nueva edición del DRAE, se empiece a reconocer en el *olor de la guayaba* el símbolo que empalma

El Centro de Estudiantes de la EIM en su función orientadora a los estudiantes en la XIV charla *Ya salí del Básico... ¿y ahora qué?*, de izq. a der., Ana Chiu, Marián Vázquez y Yeniree Perdomo



tierra Caribe, irreverencia y la infinita sensualidad de los enredos amorosos.

lanubeyeldromedario@gmail.com

Año III / N° XLVII / 9 de marzo del 2015



## Los zapatos que se vendían solos

Leonardo Laverde B.

*A propósito de un rito de Laura Jaramillo*

¡Ah, la semántica! Esa entidad inaprehensible que levita, como una nube negra, perturbando la elegancia de los análisis formales... ¡Cuántas veces el analista se atasca en la interpretación de una oración, temeroso ante la amenaza de un aparente absurdo!

Por ejemplo, ¿cómo es posible que la oración *Se venden zapatos* sea correcta, si los zapatos no se venden solos? Es más, ¿cómo es posible que la frase *Se vende zapatos* sea correcta también?

En este dilema en particular subyace la frecuente confusión entre sujeto (constituyente sintáctico) y agente (papel semántico). El sujeto es aquel de quien se predica algo, lo cual se marca a través de su concordancia con el verbo; el agente (y no el sujeto, como se suele creer) es quien ejecuta la acción del verbo. Con frecuencia, ambas categorías coinciden, es el caso de la voz activa; pero esto no sucede en la llamada voz *media* (en la que el sujeto experimenta, más que ejecuta) o en la voz pasiva.

IV Concurso *Ortografía Razonada en alemán*: jurado arriba, de izq. a der., Josimar Jiménez, Grauben Navas y Érika Contreras, participantes abajo, de izq. a der., Estefany Luzón, Mayerling Millán y Miguel Guerrero

*Se venden zapatos* es un caso, precisamente, de voz pasiva (pasiva refleja, porque se construye con pronombre reflexivo). *Zapatos* es sujeto (concuerta con el verbo), pero no agente: recibe la acción, no la ejecuta.

¿Y qué ocurre en *Se vende zapatos*? Aquí *zapatos* no es el sujeto; como se ve, no concuerda con el verbo.

Y entonces, ¿cuál es el sujeto? No lo hay: es una oración impersonal refleja. Sin duda, debe haber un agente, la persona que vende los zapatos, pero no está expresado sintácticamente.

Podríamos decir que las oraciones *Se venden zapatos* y *Se vende zapatos* son semánticamente equivalentes. En ambos casos, los zapatos son vendidos. Sin embargo, como acabamos de ver, las oraciones son sintácticamente diferentes.

Hay otros casos de confusión (y colaboración) entre la sintaxis y la semántica, pero prefiero dejarlos como inspiración para futuros *ritos*...

—¿Cómo va el negocio? —le pregunto a mi amigo el zapatero.

—Muy bien. ¡Los zapatos se venden solos!

Ah, la semántica otra vez...

llaverde2@gmail.com

Año III / N° XLVIII / 16 de marzo del 2015



## Pero... ¿qué guarandinga es esa?

Elizabeth Cornejo

Una conversación que nunca falta y se repite entre todos aquellos a quienes nos encantan las letras, las palabras y afines es esa de... ¡qué palabra tan fea! Por supuesto, esto siempre nos lleva a mencionar cuáles son las palabras que nos gustan o disgustan de nuestro idioma.

Edgardo, el padre de este blog, que pareciera estar muy atento a este asunto, siempre les pregunta a sus invitados, amigos y alumnos: “¿Cuál es la palabra más hermosa de la lengua española?”. Y yo, siempre que lo escucho, pienso invariablemente: *guarandinga*. Pero hay una cosa cierta, y es que ese asunto del gusto es algo completamente personal. Yo amo la *guarandinga* y hay quienes la detestan.

*Guarandinga* es como el buen vino: tiene cuerpo, color y fuerza —prueben a decirla en voz alta y sabrán a qué me refiero—. Es polisémica, divertida, elegante sustituta de nuestra obscena (?) “vaina” y para complemento de su belleza no aparece registrada en el DRAE, así que también es rebelde e irreverente. Esto aumenta su encanto, ya que sigue estando en la boca de muchos aunque los académicos se nieguen a reconocerla.

Será por esa misma razón que cuando buscamos el origen de la palabra *guarandinga*, este no aparece por ningún lado. En la red encontramos que proviene de la zona de Barquisimeto y que nombra “una situación o estado”, y, a duras penas, en el reciente *Diccionario histórico del español de Venezuela* de Francisco Javier Pérez se reseña así:

Elizabeth Cornejo muestra el certificado que la acredita como ganadora de la mención especial en el Concurso *Cartas de Amor y de Amistad* 2016 al lado de Karl Krispin, invitado al Club de Lectura Maelström; atrás, Edgardo Malaver

**guarandinga** *f* Voz del español de Venezuela que se origina a comienzos del siglo XX y cuyo uso se mantiene hasta el presente [...] usándose para designar todo tipo de cosas o asuntos y como forma de auxilio para aludir genéricamente a algo cuyo nombre se ignora o no se quiere señalar (2012, p. 413).

Así mismo, el autor documenta varios usos de la palabra desde 1920 hasta el 2006, citando que hasta para nombre de torta fue usada. Sin embargo, de su origen, nada...

Cabe mencionar que, al menos aquí en la capital, la palabra ya no se escucha como antes y hay quienes afirman que está “extinguida (*sic*) por completo en el léxico caraqueño actual”; sin embargo, yo la sigo escuchando en boca de algunas personas mayores que por “cuestiones de la decencia” se niegan a decir “malas palabras”.

En mi casa, recuerdo que cuando mi abuela se molestaba con nosotros nos increpaba —y valga la expresión— “decentemente” con un *¿Qué guarandinga es esa?*, o en su defecto, *¡Niños! ¡Dejen la guarandinga!...* Por supuesto que con ese regaño taaaan sofisticado nadie hacía ningún caso hasta que la viejita furibunda gritaba a todo gañote:

*¡QUE DEJEN LA VAINA, PUES!*



## Referencias

Calatrava, Alonso (1999). *Obituario de voces caraqueñas*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello. <https://books.google.co.ve/books?id=es3lARgS4XAC&lpq=PA97&ots=007x0jtHAU&dq=guarandinga%20origen&pg=PA97#v=onepage&q&f=false> [consultado en enero, 2015].

Castro Pumarega, Daniel (s.f.). *Diccionario de venezolanismos*. Signum. <http://projetbabel.org/internet/venezolanismos> [consultado en enero, 2015]

Pérez, Francisco Javier (2012). *Diccionario histórico del español de Venezuela. Vol. I*. Caracas: Bid&Co.-Fundación Polar.

egc.designers@gmail.com

Año III / N° XLIX / 23 de marzo del 2015



## La comida del ganado en nuestra lengua

Laura Jaramillo

Muchas son las veces que hablamos y no nos detenemos a pensar o analizar de dónde salió tal palabra, frase o expresión popular, solamente la usamos y listo, mientras nos ayude a expresar claramente lo que queremos transmitir, está bien usarla.

Tal es el caso de nuestra muy popular expresión *hablar paja*, que significa hablar, hablar y hablar, y, al final, no decir nada, nada importante o de

trascendencia. No obstante, es gracioso las vueltas del lenguaje, ya que la *paja* en su significado base es una especie de tallo seco, y algunas veces hueco, que se recolecta de plantas como el trigo y puede servir de alimento al ganado o a los caballos, incluso, estos últimos la utilizan de cama en las caballerizas.

Ahora bien, como el lenguaje es metafórico, y sobre todo el español, quizás la asociación que se hace, y que pudo dar origen a nuestra expresión, es la relación de lo seco y hueco de la paja con el vacío de las palabras, o del discurso, que emite una persona... aunque, si fuese así, hay casos contradictorios, pues se llega a *hablar más paja que libro de primaria*.

Lo curioso de la expresión está, por un lado, en el giro semántico que dio la palabra (en Costa Rica, *paja* significa riachuelo), pues sería más lógico que el *hablar paja* fuera algo importante o productivo; por otro lado, en lo vulgar en que se convirtió la expresión, pues a muchas personas causa cierto desagrado, lo cual genera variantes, como por ejemplo, *hablar gamelote*, pero es igual, o sea, el mismo musiú con diferente cachimbo.

La comida del ganado no es lo único que está presente en nuestra lengua, tenemos vegetales (se armó un *berenjena* en el mercado) y frutas (el examen estuvo *papaya*). En fin, mejor me voy con mi música para otro lado y dejo de hablar tanta...



Júbilo de los escritores estadounidenses invitados a la EIM al recibir su obsequio que incluyó revistas *Eventos*: de izq a der., Christopher Merrill, Stephanie Elizondo Griest y Jennifer Elise Foerster



## Magullar o mallugar o como sea...

Elizabeth Cornejo

Hace unos días, compartiendo con algunos compañeros de combate, surgió este diálogo:

—Sí, esos morados no son por golpes sino por magullamiento, mallugamiento, o como se diga...

A lo que uno de ellos replicó:

—*Magullamiento* o *mallugamiento*... ¿pero... cómo se dice?

Haciendo honor a mi consabida curiosidad, inmediatamente agarré mi teléfono no tan inteligente y busqué en el DRAE *magullar* y dice así:

(De *magular*, quizá por cruce con *abollar*). 1. tr. Causar a un tejido orgánico contusión, pero no herida, comprimiéndolo o golpeándolo violentamente. U. t. c. prnl.

Entonces le digo a mi compañero: “Como que la palabra es *magullar*”, pero inmediatamente me dio por buscar *mallugar* y copio textualmente el DRAE:

1. tr. Ven. **magullar**. U. t. c. prnl.

La meta fue alcanzada exitosamente por Elizabeth Cornejo con la orientación de su tutor, Jefferson Plaza, profesor de italiano en la EIM

Es decir, el diccionario señala la palabra como un venezolanismo y nos direcciona a *magullar* para leer su definición... El caso es que nos quedamos con la duda de cuál era la palabra “origen”, como la llamó mi compañero.

Yo le explicaba que la lengua es una cosa viva y que si bien es cierto que hay palabras que dan origen a otras eso no es tan importante como el uso y la frecuencia que tengan las mismas. En este caso parecía que aparte de ser un venezolanismo, la palabra correcta era *magullar*. Pero... si buscamos en la misma página web de la RAE, encontramos que en el *Diccionario esencial de la lengua española* la palabra *mallugar* no existe, mientras que *magullar* se define como:

**magullar**. TR. Causar a alguien o algo contusión. U. t. c. prnl.

Por otra parte, en el *Diccionario panhispánico de dudas* si uno busca *mallugar* también lo direcciona a *magullar*:

**magullar**. ‘Producir contusiones [a algo o a alguien]’: «*Magulló a patadas al director*» (Cabada Agua [Méx. 1981]). En el área centroamericana, México y Venezuela, es frecuente en la lengua popular la forma *mallugar*, especialmente referida



a la fruta: «*Si no compra, no mallugue*» (Flores Siguamonta [Guat. 1993]). Pero en la lengua culta es mayoritaria la forma *magullar*.

Por lo que podríamos inferir que esta es la palabra primigenia.

Como dato adicional si buscamos en el *Dirae (Diccionario inverso basado en el Diccionario de la lengua española de la RAE)*, encontramos que *magullar* tuvo su primera aparición en el *Diccionario de autoridades* de la RAE en 1734 y que tiene una frecuencia de uso en el CREA (Corpus de Referencia del Español Actual) de 0.03, mientras que *mallugar*, apareció por primera vez en 1927 en el *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, también de la RAE, y no tiene frecuencia de uso disponible.

Así pues, para cerrar y para sacarnos a todos de la duda, citaré lo que señala la página web de la Academia Mexicana de la Lengua:

**Magullar o mallugar.** Ambas formas son correctas. Los verbos *magullar* y *mallugar* son sinónimos.

¿Qué tal?

egc.designers@gmail.com

Año III / N° LI / 30 de marzo del 2015



Un nuevo alumbramiento del proyecto de clubes de lectura de la EIM: instalación del Club de Lectura Nautilus en la Escuela de Psicología creado y coordinado por Daniel Monsalve, izq.

## ¿Que en español no se declina?

Camila Guette

*Son las palabras los embriones de las ideas,  
el germen del pensamiento, la estructura  
de las razones...*

Alex Grijelmo

Y ¿qué hay del nominativo: *yo, tú, él...*; del acusativo: *me, te, se...* o del dativo: *a mí, a ti, a él*? Siempre se nos dice: “Primero dominen y luego cuestionen su funcionamiento”, pero es inevitable detener el espíritu crítico que nos invade ante lo extraño. Preguntar “¿cómo?, ¿para qué?” y no “¿por qué?”, he allí la solución. No existe respuesta a “¿por qué el verbo al final en alemán?, ¿por qué *ich heirate dich* (yo te caso) y no, como en español, “yo me caso contigo”?

Cada lengua nos presenta una manera de narrar el mundo, las diferentes perspectivas con las que cada civilización fue dibujando con palabras su realidad. No debemos dejar de cuestionarnos, solo debemos repensar nuestras preguntas. Dando cabida ahora a un “¿por qué?”: ¿por qué debemos evitar comparar la lengua extranjera con nuestra lengua materna? Permítanme la osadía de pasar por alto las teorías psicolingüísticas y argumentar a favor de la importancia de comparar las lenguas y traducir mientras aprendemos un idioma nuevo.



Al que aprende alemán por primera vez se le enseña que, a diferencia del español, el alemán es una lengua de casos. Si bien el español no es una lengua desinencial, debe existir alguna razón por la cual decimos “para ti” y no “para tú”, “a ti” y no “a tú”, “la rosa roja” y no “la rosa rojo”. Si el aprendizaje de alemán comprende estas variaciones del español, comprenderá más fácilmente el funcionamiento de los casos en alemán. ¿Para qué declinamos en alemán? Para lograr una armonía sintáctica, morfológica y hasta fonética, de la misma manera que en español evitamos decir “la agua” o “con tú”. No olvidemos que tanto el español como el alemán aún conservan en lo más profundo de sí el genio del latín, el germen del pensamiento romano.

camila.guette@gmail.com

Año III / N° LII / 13 de abril del 2015



## ¿Y a ti?, ¿se te movió el tucungo?

**Mahuampy Ruiz e Isabel Matos**

En nuestra familia es una tradición que cuando alguien experimenta un leve escalofrío, como a todos nos ha pasado alguna vez después de un estornudo, de un beso de los pequeños de la casa o una caricia, le digamos: “Se te movió el *tucungo*”. Al parecer, en casa, la frase viene de hace ya varias generaciones, papá la aprendió del abuelo y este a su vez de su abuela, siempre para referirse al ya mencionado escalofrío.

El equipo de la Unidad de Extensión, el jurado del IV Concurso *Ortografía Razonada en español*, junto con sus ganadores: de izq. a der., Luisa T. Arenas, Deivis Marín, Mónica Da Silva, Leonardo Laverde y Edgardo Malaver

Una rápida búsqueda en Internet nos arroja unos resultados bastante curiosos: un *tweet* que se queja sobre la existencia de una canción que dice: “Se me cayó el tucungo, pero me quedó el tuquito”; el perfil de Facebook de Alexander Peralta Tucungo y la entrada de un diccionario en línea que define *tucungo* como un animal de orejas caídas. En una breve encuesta por Whatsapp solo una de seis amigas disponibles dio la respuesta más cercana a la definición familiar.

El tucungo es definido por nuestro árbol genealógico, como el trocito de cola que les queda a los perros luego de cortársela por razones estéticas (como se le hace a los poodles y rotweillers, entre otros). Imagine entonces que al llegar a casa nuestro fiel compañero canino nos recibe con el divertido y alegre movimiento de su tucungo, que se asemeja al pequeño temblor que hace sentir en nosotros ese escalofrío.

Nuestro hermano mayor fue el único que dio al primer intento con la definición utilizada en este lado de la familia, al fin y al cabo, él es veterinario y sabe bien cómo hacer un tucungo.

No deja de asombrarnos cómo utilizamos la capacidad de la lengua para construir nuestras realidades, sean sociales, económicas o familiares. Este escalofrío generalmente es una reacción al placer. Podemos entonces aprovechar la ocasión y



ofrecer una especie de proverbio, así que ya sabes: “no te vayas a dormir sin que se te haya movido el tucungo”.

acarantair01@hotmail.com / isabelmercedes@gmail.com

Año III / N° LIII / 20 de abril del 2015



## Buscando como palito e romero

Aurelena Ruiz

Hace unos días estaba sentada traduciendo en la tranquilidad de mi rincón y sin nadie que me perturbara porque todos se habían ido, lo que me permitió sumergirme en mis pensamientos. De pronto, abruptamente, la voz escandalosa de alguien rompió con mi concentración y mi amada tranquilidad. Esta persona, un personaje muy peculiar que se caracteriza por decir siempre lo primero que se le ocurra sin pensarlo demasiado y de manera atropellada, de pronto apareció hablando por teléfono y le decía a su interlocutor: “¿Dónde andas, chamo? Te están buscando más que a pajarito de romero”. Inmediatamente solté la carcajada. Me resultó tan graciosa la expresión que se acababa de inventar que no terminé de escuchar qué era lo que había pasado con la persona del otro lado del teléfono.

Recuerdo que mientras me reía, decía: “Este Fulano, ¿cómo no va a saber que la expresión es *te andan buscando como palito e romero*? Todo

el mundo sabe que... que...”. Entonces, ocurrió lo inevitable, lo que le ocurriría a cualquier amante de las lenguas: me dio mucha curiosidad saber de dónde venía esa expresión y empecé a buscar.

Lo primero que hice fue investigar sobre el romero y me enteré de que esta planta viene de Europa, de la zona mediterránea, es una planta que puede alcanzar los dos metros y su flor es de un color azulado.

Resulta que esta planta, en aceite, infusión o pomada, la usan para muchísimas cosas; tiene propiedades antibacterianas, antivirales y antiinflamatorias. Algunos aseguran que es buena para la diabetes, reumatismos y úlceras; y otros, más supersticiosos, usan el romero como purificador contra las malas energías, para espantar las pesadillas si lo colocan debajo de la almohada y potenciador del amor y el deseo sexual, entre muchos otros beneficios.

Después de mucho indagar sobre los poderes de esta mágica planta encontré que se recomienda para pacientes con Alzheimer, pues resulta muy buena para la memoria; esta característica me llamó mucho la atención, no solo por haber tenido un familiar con esta enfermedad, sino también por la relación que esto pudiera tener con la expresión.

En este punto de mi investigación ya tenía varios datos que podrían ser útiles:

Luisa T. Arenas, primera a la izq., risueña participa en el Club de Lectura; a su izq., Andreína Aranguren, Kharla Marín y Laura Torres



- El romero es una planta con muchas bondades
- La planta es de origen europeo y es difícil de hallar en Latinoamérica
- Los venezolanos, o los latinos en general, creemos ciegamente en cualquier té, mejunje o mata que nos recomienden

Con estos tres elementos parecería bastante lógico pensar que la expresión alude a lo difícil que es encontrar la milagrosa planta por estos lares; pero, aunque es una hipótesis bastante sólida, no es la única opción.

Resulta que Rangel (2009) asegura que hay un cuento de camino que habla de un tal Arturo Romero que vivía en algún pueblito de los Andes; al parecer, este señor era muy flaco y por eso le decían “Palito” y un día en un bar se peleó con un gringo que pisoteaba la bandera de Venezuela y lo mató. Después de eso el señor se fue del lugar y se escondió muy bien para que la policía no lo encontrara y, así, nace la segunda hipótesis del origen de la expresión, que sugiere que esta viene de un apellido y no de la planta.

Pero seguí buscando un poquito más y me enteré de que en Ecuador existe una expresión que reza: “Buscar algo con palito de romero” e inmediatamente la relacioné con esa cualidad que tiene el romero de ayudar a la memoria. Isan (2013) explica que el aceite de romero aumenta la memoria entre un 60 y un 75 por ciento, lo cual sustenta con algunos estudios hechos en el Reino Unido y lo que dice Shakespeare en alguno de sus escritos.

Entonces, es posible que años atrás las personas usaran la esencia o el incienso de romero para “recordar” dónde habían puesto eso que buscaban, lo que pudo haber dado origen a la expresión ecuatoriana y esta, a su vez, haber migrado de “con palito de romero” a “como palito e romero” que usamos en Venezuela, que es la tercera hipótesis del origen de la expresión.

Hasta el momento no he podido comprobar cuál de estas tres teorías es la correcta o si quizás se debe a una cuarta, pero confieso que todo esto me ha parecido interesantísimo y aunque quizás alguno de los lectores se sientan decepcionados porque no resolví el enigma, esto es más bien una invitación para que con palito de romero en mano continúen conmigo buscando el origen verdadero de dicha expresión.

*“There’s rosemary, that’s for remembrance; pray you, love, remember; and there is pansies, that’s for thoughts...”.*

William Shakespeare

Caracas, 2 de abril de 2015

#### Referencias

Isan, A. (2013). *“El olor a romero aumenta la memoria hasta un 75%”*. Ecología verde.



Leonardo Laverde, maestro de ceremonias, repasa sus notas para presentar la siguiente actividad del evento

[Disponible en <http://www.ecologiaverde.com/el-olor-a-romero-aumenta-la-memoria-hasta-un-75/>]

Rangel, R. (2007). [Comentario]. En Pabellón con Baranda. "Buscar 'con palito e' romero'". [Disponible en <http://pabellonconbaranda.blogspot.com/2007/04/buscar-como-palito-eromero.html>]

aurelena.ruiz@gmail.com

Año III / N° LIV / 27 de abril del 2015



## Mi propio día de la independencia

Edgardo Malaver Lárez

En 1997 por estas fechas, escribí para la revista *Margarita es Todo* un artículo titulado "¿Quién nació el 4 de Mayo?". Tenía yo la idea de que poca gente se detenía a preguntarse (y a responderse) a qué se debía que la avenida más larga de Porlamar se llamara así. En resumen, lo importante del artículo no era la fecha sino más bien lo que podíamos hacer en aquel momento con la celebración del 4 de Mayo como "día de la independencia" de Margarita, pero es hoy cuando me convenzo de que nuestra conexión con la efemérides es la que construye un significado para el presente. Eso también estaba dicho ahí, sí, pero yo no me daba cuenta.

Pues resulta que hoy, ampliando un poco la mirada, esa conexión con la fecha histórica (que

es, entre paréntesis, una forma curiosa de poner nombre a los lugares: en ella cohabitan el tiempo y el espacio) parece existir en toda Venezuela, al menos en el origen de la designación. Rastrillando mis limitados conocimientos de estos asuntos y gracias a una brevísima e informalísima investigación por celular con unos cuantos amigos que proceden de varios lugares de Venezuela—con Google Maps no habría terminado para hoy—, logré hacer una lista de 23 ciudades de 15 estados en las que hay al menos un lugar cuyo nombre es una fecha patria. En orden alfabético, son Altagracia (la de Margarita), Barinas, Barquisimeto, Cabimas, Caracas, Carora, Carúpano, Charallave, Ciudad Bolívar, Cumaná, Juan Griego, La Asunción, La Guaira, La Victoria, Los Teques, Maracaibo, Maracay, Maturín, Mérida, Porlamar, Puerto La Cruz, San Cristóbal y Valle de la Pascua. La conclusión más sencilla a la que he llegado es que las fechas más importantes para los venezolanos, juzgando solo por este pequeño grupo de ciudades, son el 19 de Abril, el 5 de Julio y el 23 de Enero.

Además de Porlamar, las otras ciudades en las que algún topónimo recuerda la fecha en que llegó ahí la noticia de los acontecimientos del 19 de Abril de 1810 son Cumaná con su avenida 27 de Abril, Barcelona con su paseo 27 de Abril, La Asunción con su calle 4 de Mayo y Mérida con su avenida



ProEventos EIM en acción: Dubraska Machado, izq., y Andreína Ruiz

16 de Septiembre. El 19 de Abril, además, nombra lugares de Barquisimeto, Cabimas, Charallave, Ciudad Bolívar, Los Teques, Maracay y San Cristóbal.

El 5 de Julio de 1811 se convirtió en nombre de lugar (calle, avenida, barrio, urbanización o sector) en Carúpano, Ciudad Bolívar, Juan Griego, La Victoria, Maracaibo, Maracay, Puerto La Cruz y Valle de la Pascua; como el 23 de Enero de 1958 lo ha hecho en Barinas, Barquisimeto, Caracas, La Victoria, Maturín y Valle de la Pascua.

¿Qué lleva a un pueblo a poner a sus espacios nombres de tiempo? ¿Estará el hombre cosido al tiempo, como parece estarlo al espacio? Es notorio que se trata de fechas en que han sucedido grandes acontecimientos para Venezuela. ¿Será un sentido colectivo de la unidad cultural?

Las fechas parecen ser marcas que nos van dejando los acontecimientos, tanto que queremos dejar marcado también nuestro territorio con ellas. Si el medio natural influye en nuestra forma de ser (de pensar, de actuar, de hablar), ¿influirá también el tiempo, a tal punto que no deseamos dejar de eternizarlo en los nombres de lo tangible? Las respuestas deben estar en la lengua, que es, a fin de cuentas, el cincel con que hacemos nuestras marcas en el mundo.

Siendo así, voy a esculpir aquí esta fecha, como mi propio día de la independencia: ¡feliz 4 de Mayo!

emalaver@gmail.com

Año III / N° LV / 4 de mayo del 2015



La emoción de ser parte del proyecto *Ritos de Ilación* embarga a dos de sus autores: Luisa T. Arenas y Leonardo Laverde

## ¡Qué guasasa contigo!

Laura Jaramillo

Es muy común que por las calles, en especial en el transporte público, escuchemos conversaciones relacionadas a cualquier cosa: la cola del supermercado de la esquina, las peleas de los vecinos, fulanita rompió con zutanito, y cosas por el estilo. Entre conversa y conversa, uno, como estudioso de la lengua, se pone a escuchar, no para chismear (bueno, dependiendo del caso), sino para detectar el lenguaje de a pie.

Hace algunos días, en pleno apogeo del Metro de Caracas, iba prácticamente de un polo a otro, como la canción de Ilan Chester (de Petare rumbo a La Pastora), y tuve que escuchar, porque no me quedaba de otra, una conversa sobre una fiesta del día anterior. Al parecer, por lo que pude captar cuando me concentraba en el discurso, la fiesta fue un desastre, pero a lo que yo le puse atención fue al léxico tan particular.

Entre tantas barbaridades, me quedó una palabra dando vuelta como la ruleta del parque de diversiones. La palabra en contexto es la siguiente: “La muchacha le dijo al tipo: Chico, pero ¡qué *guasasa* contigo!”.

Cuando llegué a mi casa, de inmediato prendí la compu para investigar sobre esa palabra y su



uso. Mi sorpresa fue que el DRAE la define como “(Voz caribe) *Cuba*. Mosca pequeña que vive en enjambres en lugares húmedos y sombríos”. No entendí.

Me fui a navegar por las honduras de Internet y encontré una página, muy amada entre los ‘copiapeguistas’, una que mientan *Wikipedia*. Allí encontré un artículo<sup>4</sup> sobre esta variedad de insecto, y mencionan un impacto social, pues este volador es bastante molesto: le gusta andar volando en la cara de la gente. Por esta razón, en Cuba, le dicen popularmente a la gente fastidiosa o molesta *guasasa*. Igualmente, el mismo artículo destaca otra curiosidad de la palabra, y es que el DRAE registra el verbo *guasabear*, pero con un significado totalmente diferente, pues lo define como intercambiar bromas, burlas o chistes.

*Guasasa* me hizo recordar una canción cantada por un dominicano; la canción se llama (o, bueno, se titula, para los más cultos) *Guasa Guasa*, y recuerdo, si mi memoria a largo plazo no falla, que el cantante dijo que en República Dominicana *guasa guasa* es una persona que habla, habla y habla y no hace na (me recuerda algo). Sin embargo, *guasa* la registra el DRAE y la definición se asemeja a la del verbo *guasabear*. En este caso, sí pareciera existir un linaje entre ambas palabras, mas no coincide con la definición del amigo dominicano.

Luego, me fui a consultar un libro, cortesía de la colega Cornejo<sup>5</sup>, en el cual aparece *guasa*, que tiene uso de vieja data por estos lares, y es

4 <http://es.wikipedia.org/wiki/Liohippелates>.

5 <https://books.google.co.ve/books?id=es3IARgS4XAC&pg=PP1&hl=es&pg=PA99#v=onepage&q&f=false>.

La EIM no solo “siempre presente” sino también sonriente en su participación: de izq. a der., Edgardo Malaver, Luisa T. Arenas, Sofía Saraiva y Leonardo Laverde

definida como “broma, burla o chanza”, además de ser una palabra que proviene del francés. También se menciona que *guasa* “es un género de música popular (...) de carácter alegre”.

Hasta aquí, al parecer, *guasasa* es una persona fastidiosa, una persona echadora de varilla y una persona habladora. Es posible que a lo largo del tiempo, los hablantes hayan producido este desvío fonético, y de *guasa* pasaron a *guasasa*. Sea como sea, es un neologismo muy caribeño.

Luego de este interesante descubrimiento, todavía no sé si la muchacha le dijo al tipo fastidioso, ‘varillero’ o ganadero, pero a mí me suena como a ¡qué vaina contigo, chico!

[laurajaramilloreal@yahoo.com](mailto:laurajaramilloreal@yahoo.com)

Año III / N° LVI / 11 de mayo del 2015



## ¡Mosca!

**Edgardo Malaver Lárez**

Voy a sonar a Laura Jaramillo: la imaginación lingüística de los venezolanos no parece tener límites. Esa capacidad de encontrar semejanzas —construir metáforas, pues— entre lo que está pensando y algún elemento de la realidad tangible



(capacidad que tienen todos los pueblos del mundo) en Venezuela parece agudizarse, multiplicarse, refinarse a niveles que merecen aplausos. O... ¿será la cercanía, una cercanía tan cercana que estoy entre... nosotros, lo que me hace pensar eso?

Los problemas, como situaciones complicadas a las que se da vueltas indefinidamente, son asimilados a *rollos*, y como las serpientes suelen enrollarse en sí mismas, un problema termina siendo una *culebra*. Estas particulares culebras también hay que “matarlas por la cabeza” para acabar con ellas. Las telenovelas, por cierto, son, ni más ni menos, eso, enredos, y, por tanto, se les llama también *culebrones*. Si alguien parece estar desorientado, se le hiperboliza diciendo que está *más perdido que el hijo de Lindbergh*. Cuando Benedicto XVI renunció a sus funciones como cabeza de la Iglesia en el 2013, los perrocalenteros de Caracas comenzaron a ofrecer a sus clientes el *perro vaticano*, es decir, con todo pero sin papa.

La expresión que me llama la atención esta semana es una que bien podría agregarse al glosario zoológico de Jaramillo: ¡*mosca*! Recuerdo con claridad el día en que oí por primera vez este uso de esta palabra: un compañero al salir del liceo estaba a punto de cruzar la calle sin mirar a los lados, y un transeúnte le gritó: “¡Mosca, muchacho, que vas a quedar como una estampilla en la carretera!”. Decir “¡mosca!” equivale a decir “pon atención”, pero tanta como ponen las moscas cuando se paran sobre la comida. Todos hemos intentado atrapar o matar moscas desde que el mundo es mundo y todos tenemos ya la conclusión de que son los animales más rápidos del mundo. Se supone que se

debe a que sus ojos tienen miles de pequeñísimos lentes que le permiten ver en todas las direcciones a la vez e identificar instantáneamente movimientos y cambios de luz, lo cual no puede hacer un ojo simple como el de otros animales.

Un día mi profesor de estilística del francés, Homero Vásquez, predijo que esta palabra, una vez que emigrara de la jerga juvenil al habla general, terminaría registrada en el diccionario como “interjección que se utiliza para advertir a alguien sobre un peligro inminente o para amenazar”. Eso no ha sucedido, pero sí encontramos en el diccionario varias expresiones que incluyen este alado insecto lingüístico. La que más podría interesarnos es exactamente la que se usa en Venezuela, aunque el significado que da el diccionario nos deja con un suspiro de duda: *estar mosca*, que remite a *tener la mosca detrás de la oreja*: ‘estar escamado, sobre aviso o receloso de algo’.

¿Estar escamado? ¿Qué significa eso? El diccionario parece expresarse en términos tan metafóricos como la lengua hablada, *contimás* el habla popular. Con él, por ende, no cabe duda, hay que estar mosca. ¿Verdad, Laura?

emalaver@gmail.com

Año III / N° LVII / 18 de mayo del 2015



Celebrando el cumpleaños de Leonardo Laverde; lo acompañan Luisa T. Arenas, izq., Carlos Saavedra, cen., y Edgardo Malaver

## Solo sé que no lleva acento

Camila Guette

A veces me pregunto si Andrés Bello entendería nuestra manera de hablar y escribir hoy en día y la verdad es que no me cabe la menor duda. Viniendo de un erudito como ese, no me sorprendería. Pero la triste realidad es que no todos somos eruditos, que luchamos para siquiera escribir una línea y pasamos días borrando y reescribiendo hasta un simple tuit, y cuando ha llegado el momento de que alguien lo lea, empiezan los remordimientos: ¿por qué lo escribí?

El uso impone la regla, de lo contrario, estaríamos escribiendo en la lengua de Cervantes que, aunque nos duela aceptarlo, ya no es la misma. Ese sí que no entendería ni medio. Ya son cerca de 500 millones de habitantes los que hacen uso del español, es decir, que hablan y en ocasiones también leen. Solo unos cuantos escriben, ya sea como oficio o por razones académicas, y una fracción más pequeña está al tanto de la normalización de la Real Academia Española. Debo decir con vergüenza que no soy uno de ellos, y no es que me haya unido al clan de Cortázar, que sí gozó en su momento de su licencia de escritor para jugar con el lenguaje. Para muestra, un extracto del peculiar texto del escritor argentino Cesar Bruto con el que Cortázar encabeza su prólogo de Rayuela:

Siempre que viene el tiempo fresco, o sea al medio del otonio, a mí me da la loca de pensar ideas de tipo eséñtrico y esótico, como ser por egenplo que me gustaría venirme golondrina para agarrar y volar

Muestra musical en varios idiomas: Deivis Marín, intérprete y Dinorah González, pianista

a los paíx adonde haiga calor, o de ser hormiga para meterme bien adentro de una cueva y comer los productos guardados en el verano o de ser una bívora como las del solójjico, que las tienen bien guardadas en una jaula de vidrio con calefacción para que no se queden duras de frío, que es lo que les pasa a los pobres seres humanos que no pueden comprarse ropa con lo cara questá... (Cortázar, 1963, p. 83).

Fue hace apenas unos meses que me enteré de que "solo" no llevaba acento y los demostrativos "este" y "esta" tampoco. Mi consuelo llegó pronto cuando me di cuenta de que no era la única. Al principio me invadió un sentimiento de nostalgia, pero luego solo me causó una gran molestia. Y no fue el hecho de poner o quitar un acento, sino la pretensión de querer imponerse sobre el uso, sobre los hablantes, quienes son, a fin de cuentas, los que le dan sentido a la lengua. Ellos la crean y ellos la destruyen. ¿Que deben respetarla? Por supuesto. Pero hay que tener en mente siempre, que como todo ente vivo, la lengua tampoco goza de la anhelada inmortalidad. Del mismo modo que no nos bañamos dos veces en el mismo río, como bien decía Heráclito, la lengua deviene tan fugaz, tan efímera como un melancólico y solitario acento...



## Referencias

Cortázar, Julio (1963). *Rayuela*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

camila.guette@gmail.com

Año III / N° LVIII / 25 de mayo del 2015



### La cuchara que no es cuchara

Laura Jaramillo

Además de escribir gamelote, de vez en cuando me gusta hacer dulces (tortas, galletas y afines), y muchas veces cuando estoy escribiendo los ingredientes de las recetas, acostumbro abreviar las palabras para poder anotar rápido, porque los 'chefes' creen que uno puede mascar chicle y caminar al mismo tiempo, o escribo o veo cómo es que se hace el dulce. En fin, una de esas abreviaturas es la de *cucharada*, por ejemplo, una *cucha* de azúcar o una *cucha* de manteca de quilla, entre otras.

En ese ínterin, de receta en receta, descubrí, como cosa rara, que en Colombia utilizan mi recurrente abreviatura 'recetera', para nominar a todo ser pasado de años. A los abuelos, a los padres y a todo desconocido que tenga pinta de estar pisando el piso 5 o piso 6, y sus sucesivos<sup>6</sup>, le dicen *cucho* (a).

6 No sé si esta acotación esté de más, pero para los que posiblemente no sepan, los que están en el piso 5 son los cincuentones, y así sucesivamente. Yo todavía estoy en el sótano.

Nutrida ovación para nuestro estudiante Devis Marín por su brillante y plurilingüística interpretación en la clausura del *Mes de los Idiomas 2016*

Curiosamente, la palabra *vieja* la utilizan los colombianos, la mayoría de las veces, solo para referirse a la mujer femenina, pero de forma despectiva, en especial, cuando la *vieja* fastidia mucho. Aunque *cucha* puede llegar a ser despectivo también, solo que eso depende del contexto situacional, o sea, de la señora aquella llamada pragmática.

Otra curiosidad de *cucha* es que tanto el masculino como el femenino, modificaron su significado base. En ambos géneros, nuestro significado lo da el DRAE en su cuarta acepción y la define como vejatorio.

Se deben acordar de mi famosa vecina, que le encanta Colombia tanto como a mí; ella cuando va a mi casa, le dice a mi mamá *cucha* y a mí *cuchita*, y nosotras le decimos a ella *cuchona*, no es que tenga una pila de años encima, pero es una barquisimetana muy vivida. *Então*, como dicen los lusos, nosotras somos el trío de las *cuchas recocheras*, y de vez en cuando matamos tigres dando serenatas.

Ahora, cuando voy a comer, siempre le digo a mi mamá: Cucha, pásame la cuchara ahí.

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año III / N° LIX / 1° de junio del 2015



## La rebelión de las cosas o Usted es la culpable

Leonardo Laverde B.

—En la oración *A Juan se le cayó el lápiz*, ¿cuál es el sujeto?

—Juan, claro.

—No.

—¿Cómo que no?

—Pues no.

—¿Entonces quién va a ser? ¿El lápiz?

Según diversas investigaciones, el sujeto prototípico del español corresponde, desde el punto de vista semántico-pragmático (mas no gramatical), a una entidad humana y específica (Sedano, 2011: 364). Probablemente esta sea la razón por la que muchas personas, que normalmente identifican el sujeto con facilidad, se confunden cuando este no corresponde a una persona. La situación se agrava cuando hay un ser humano en otra parte de la oración.

El rasgo que distingue inequívocamente el sujeto de otras funciones sintácticas (salvo el atributo y el complemento predicativo) es la concordancia con el verbo. En la oración anterior, si sustituimos *Juan* por *ellos* el verbo permanece invariable. Por el contrario, si cambiamos *lápiz* por *lápices*, nos vemos obligados a decir *cayeron*. Por lo tanto, *el lápiz* es el sujeto.

Algo parecido sucede con el verbo *gustar*. En oraciones como *A mí me gusta el chocolate*, existe la tendencia a señalar como sujeto a *mí*. Sin embargo, hay tres razones por las que esto no es posible.

Leonardo Laverde, izq., acompaña a los graduandos de la cohorte I 2015 en el agasajo que les ofrece la Escuela de Idiomas Modernos

En primer lugar, *mí* no es un pronombre de función sujeto; el correspondiente a la primera persona del singular sería *yo*.

En segundo lugar, si cambiamos el *mí* a plural (nosotros) el verbo no cambia, así que debemos buscar el sujeto en otra parte.

Por último, en el verbo español *gustar* (a diferencia de su equivalente *like*, en inglés), el sujeto gramatical es quien causa agrado, no quien lo siente. En nuestra oración, el insolente chocolate se arroga la función de sujeto gramatical, mientras que el orgulloso ser humano debe contentarse con ser objeto indirecto.

¿Por qué nos confunde tanto el verbo *gustar*? Tal vez porque acostumbramos pensar en los verbos como acciones intencionadas ejecutadas por alguien. Sin embargo, cuando a mí me gusta alguien (por ejemplo, la mujer que miro mientras estoy escribiendo esto), sucede algo dentro de mí, pero en realidad esa persona no está haciendo nada, solo se limita a existir (¡gracias por eso!).

—Me gustas —le digo.

—¿Por qué te gusto?

—¡Dímelo tú! ¡Eres *tú* la que me gustas!

### Referencias

Sedano, M. (2011). *Manual de gramática del español*



con especial referencia al español de Venezuela.  
Caracas: Universidad Central de Venezuela.

llaverde2@gmail.com

Año III / N° LX / 5 de junio del 2015



## El fútbol como metáfora de la guerra (I)

Laura Jaramillo

*Si quieres la paz, prepárate para la guerra*<sup>7</sup>

En ocasión de la Copa América, Chile 2015

Esa expresión, considerada una máxima militar, es frecuente dentro de contextos políticos o religiosos, y nos remite a un significado connotativo de desafío o reto por parte de quien la exprese. Sin embargo, y en un ámbito absolutamente contrario a los mencionados, podemos observar que en el deporte es bastante frecuente el uso del lenguaje belicista como herramienta para narrar sus variados acontecimientos.

Esta particularidad en el discurso deportivo se puede verificar en las crónicas de beisbol, boxeo, hipismo, pero muy especialmente en las crónicas de fútbol, que reflejan una extraordinaria comunión entre el redactor y el lector, es decir, el primero sabe para quién escribe y el segundo sabe qué va a leer, lo cual da como resultado un fantástico entramado metafórico.

7 Flávio Vegecio Renato (2006). *Compendio de técnica militar*. Madrid: Editorial Cátedra.

Espectáculo artístico cultural en la Semana Extraordinaria:  
*El fado en la modernidad* con los bailarines: Olivia Dubuc y Ronald Tua

Las metáforas bélicas son para el periodista el elemento clave en estas crónicas futbolísticas, porque son el vehículo perfecto para transportar al lector a ese momento tan emocionante que vivió y que quiere recordar. Esas metáforas, además de mover todo un sentimiento, de alegría o de tristeza, activan un mecanismo cognitivo, tanto en el que escribe como en el que lee.

En este proceso de cognición se apela constantemente al bagaje cultural, que vive en un lugar llamado memoria a largo plazo. Esta magnífica memoria es la que permite recordar todo tipo de información, en especial la deportiva y, por ende, la militar. Es esa memoria la que facilita esa fantástica comunión entre redactor y lector, porque ambos manejan la misma información, el mismo fanatismo, el mismo sentimiento.

Si retrocedemos un poco la película, podremos ver que el fútbol tiene más de 100 años de existencia; sin embargo, su modo de jugarlo está plasmado en un manual de ejercicios militares, que data de los siglos I y II antes de Cristo, durante la dinastía china de Han:

Se lo conocía como "Ts'uh Kúh", y consistía en una bola de cuero rellena con plumas y pelos, que tenía que ser lanzada con el pie a una pequeña red. Esta estaba colocada entre largas varas de



bambú, separadas por una apertura de 30 a 40 centímetros. Otra modalidad, descrita en el mismo manual, consistía en que los jugadores, en su camino a la meta, debían sortear los ataques de un rival, pudiendo jugar la bola con pies, pecho, espalda y hombros, pero no con la mano<sup>8</sup>.

La anterior información, aunque no totalmente fiel, es una muestra de cómo el fútbol, desde que es fútbol, siempre ha tenido relación con lo bélico, con lo cual puede inferirse que la guerra forma parte casi esencial del fútbol, en pocas palabras, pues, el fútbol es la metáfora de la guerra.

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año III / N° LXI / 15 de junio del 2015

## El fútbol como metáfora de la guerra (II)

Laura Jaramillo

Según el lingüista George Lakoff y el filósofo Mark Johnson<sup>9</sup>, el fútbol tiene una estructuración que se asemeja a la de la guerra. En el campo deben existir dos bandos, una ofensiva y una defensiva, el ataque y el contraataque, la victoria o la derrota.

En consecuencia, podemos ver cómo de alguna manera se fusionan ambos lenguajes, dando como resultado las siguientes analogías:

<sup>8</sup> Datos tomados de la página web de la FIFA.

<sup>9</sup> Lakoff, G. y Johnson, M. (2009). *Metáforas de la vida cotidiana*. (8va. ed.) Trad. C. González. Madrid: Ediciones Cátedra.

Profesoras de la Escuela de Idiomas Modernos socializando: de izq. a der., Beatriz Sampietro, Alejandra Saavedra y Cleusa Williams

- **ariete:** además de ser una máquina militar para derribar murallas, con esta palabra se designa al jugador delantero centro o goleador de un equipo.
- **bombardear:** en su significado base, es la acción de lanzar o disparar bombas o proyectiles explosivos. En un contexto metafórico, se refiere a la acción de atacar el arco del equipo contrario, es decir, chutar constantemente contra la portería rival.
- **contraataque:** se refiere a la reacción ofensiva contra un enemigo o rival para responder a sus ataques. En el lenguaje del fútbol, es el momento en que un equipo recupera el balón, luego de un ataque contrario, e intenta llegar a la portería rival, solo o con sus compañeros, lo más rápido posible para que el equipo adverso no se organice y anote un gol<sup>10</sup>.

La metáfora bélica engalana las crónicas de fútbol, adereza el relato, así como lo mencioné en un artículo pasado, al referirme a palabras de Jesús

<sup>10</sup> Jaramillo, L. (2013). *El fútbol como metáfora de la guerra. Estudio cognoscitivo de la metáfora bélica presente en las reseñas de fútbol de los diarios deportivos venezolanos Líder y Meridiano*. Trabajo de grado no publicado, Universidad Central de Venezuela, Caracas.



Cova, cuando afirma que el lenguaje bélico es 'la salsa que se le pone al plato sobre la mesa'.

En el campo de fútbol se gana la gloria o el destierro, y eso debe reflejarse en el lenguaje, porque el lector quiere revivir ese momento, sin importar si fue emocionantemente victorioso o trágicamente derrotista. "El deporte se convierte en la representación de la guerra, es una guerra incruenta que despierta, de alguna manera, nacionalismo y fervor popular" (Franco Arturi, subdirector de *La Gazzetta dello Sport*).

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año III / N° LXII / 22 de junio del 2015



## El fútbol como metáfora de la guerra (y III)

Laura Jaramillo

*El fútbol es un poema  
y los jugadores son los poetas.*

Lázaro 'Papaíto' Candal

Las crónicas de fútbol no solo están inundadas de expresiones bélicas, podemos ver también que hay una inclusión de términos provenientes de variados campos semánticos:

- Física: 'Viernes de alta tensión', *Meridiano*, julio 4 del 2014, en relación al encuentro Brasil y Colombia;
- Literatura: 'El capitán en su laberinto', *Meridiano*, octubre 21 del 2009, titular relacionado al jugador Juan Arango;

Laura Jaramillo, izq., escritora de *Ritos de Ilación*, y sus metáforas de la guerra en el fútbol; la acompaña María Fernanda Benítez

- Teatro: 'Costa Rica escribió una tragedia griega', *Meridiano*, junio 30 del 2014, en referencia al juego entre Costa Rica y Grecia;
- Hipismo: 'Con todos los caballos', *Líder*, marzo 4 del 2015, titular que alude a los jugadores de la Vinotinto.

Mucho se critica por el uso quizás inadecuado del lenguaje deportivo, pero el uso de metáforas enriquece la lengua, de allí que podamos observar que el uso del lenguaje literario sea común en el mundo del discurso periodístico. Como dijera en alguna oportunidad el profesor Alexis Márquez: las figuras retóricas no son de uso exclusivo de la literatura.

El fútbol necesita ser contado con ingenio, con expresividad, con color, y la mejor manera de hacerlo es a través de la invención de frases como los titulares: '¡Messías!' (*Meridiano*, junio 22 del 2014, en referencia al jugador Lionel Messi); 'Mordisco al título' (*Meridiano*, marzo 23 del 2015, referente al jugador Luis Suárez que tiene fama de morder a otros jugadores durante los partidos).

Además, "nuestro lenguaje está conformado por metáforas, no importa a cuál campo semántico pertenezcan, ni el discurso en el cual se presenten, lo que verdaderamente importa es que la metáfora



es un instrumento imprescindible para una comunicación exitosa”<sup>11</sup>.

No en vano el periodista Lázaro ‘Papaíto’ Candal realiza esa magnífica afirmación, pues gracias a los futbolistas, el fútbol se convierte en un poema y, por supuesto, eso debe quedar absolutamente plasmado en las crónicas, tal como lo expresa Galeano:

En el fútbol, ritual sublimación de la guerra, once hombres de pantalón corto son la espada del barrio, la ciudad o nación. Estos guerreros sin armas ni corazas exorcizan los demonios de la multitud, y le confirman la fe: en cada enfrentamiento entre dos equipos, entran en combate viejos odios y amores heredados de padres a hijos<sup>12</sup>.

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año III / N° LXIII / 29 de junio del 2015



## ¿“Me he caído” o “me caí”?

Camila Guette

“Me he caído”. Esa frase quedó grabada en mi memoria desde la primera vez que vi la versión doblada al español de España de la tercera película

de la saga de *Harry Potter* hace unos cuantos años. Inmediatamente pensé que yo también me he caído unas cuantas veces, pero si desde el momento en el que me caí hasta que me levanté solo han transcurrido unos cuantos segundos digo: “Me caí”. ¿Cómo es que el pretérito perfecto se nos presenta como algo más que imperfecto? Cuando aprendí francés vi que también usaban algo parecido, el *passé composé*: *je suis tombé*, y que en alemán usaban el *Perfekt*: *ich bin hingefallen*. Entonces dije: ¿será que este fenómeno solo se da en Europa? Pero resulta que no, pues en varias regiones de las Américas también se utiliza el pasado perfecto y en países francófonos del Caribe igualmente utilizan el *passé composé* en francés (pero eso obedece a que desde hace mucho tiempo el pasado simple quedó consagrado al lenguaje escrito).

Para los españoles, el pretérito perfecto a veces se refiere también a una situación no concluida, por ejemplo: “Siempre lo he creído un inútil”. En este caso, el adverbio de tiempo “siempre” nos deja claro que no se trata de una acción fugaz. Es evidente que con algunas lenguas primero fue el huevo y luego la gallina (que no es el caso de los lenguajes artificiales de las computadoras, pero sí de otras lenguas previamente creadas como es el caso del esperanto o hasta el élfico de Tolkien, cuyo

11 Jaramillo, L. (2013). *El fútbol como metáfora de la guerra. Estudio cognoscitivo de la metáfora bélica presente en las reseñas de fútbol de los diarios deportivos venezolanos Líder y Meridiano*. Trabajo de grado no publicado, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

12 Galeano, E. (2002). *El fútbol a sol y sombra y otros escritos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Reygar Bernal con la cohorte de estudiantes que lo nombró padrino de su promoción en el 2015



fracaso tal vez se deba a que son prescriptivas, o quizá imaginarias).

Y es que la manera en que se clasifican los lenguajes, como en el caso de la música, es descriptiva. El lenguaje musical es casi matemático, lógico y complejo, pero no por eso dejó de sonar en las cavernas, y no creo que encuentren en la cueva de Altamira alguna clave de sol en la pared. Quizá la respuesta a por qué el pretérito perfecto no es tan perfecto es que estas clasificaciones intentan crear una taxonomía que englobe la mayor cantidad de fenómenos y los simplifique para que otros podamos entender las lenguas, estudiarlas y algunos aprenderlas.

La lengua está hecha a imagen y semejanza del hombre, conserva su inteligencia y sus desaciertos, su irracionalidad y su ilustración. En pocas palabras, está impregnada de su imperfección. Así que si se han caído o se cayeron, recuerden que un adverbio siempre marcará la diferencia.

camila.guette@gmail.com

Año III / N° LXIV / 6 de julio del 2015



### **¿Y esta no era muda? Edgardo Malaver Lárez**

La primera vez fue en el banco. Cada quince días, al salir de la escuela, antes de irnos a casa, mi madre tenía que cambiar su cheque, y yo iba con ella. Me gustaba el lugar porque era el único que conocía donde había aire acondicionado. Aquella

El equipo de la Unidad de Extensión agradece al técnico del CERI UCV, César Augusto Hernández, der., que nos apoyó en las actividades del evento *Semana del idioma y Centenario de la Ciencia Lingüística* celebradas en la Sala Anfiteátrica de la Escuela de Educación

tarde en que vi la primera, sin embargo, no me interesó en nada el frío, al descubrir desde la otra acera que pretendía recibirme el misterio. Era un letrero de cuatro letras blancas sobre fondo verde en la puerta de vidrio del banco, y yo las leí detallada y meticulosamente. Le pregunté a mi madre qué significaba y ella me la tradujo a la lengua hablada. Después de eso, en el banco, en la escuela, en la casa, en la iglesia, en el mercado, ¡en los libros!, miles y miles de veces me encontré otras muchas palabras como aquella, que se escriben con hache y todo el mundo las pronuncia con jota. Más tarde, cuando empecé a aprender inglés en bachillerato y me di cuenta de que en esa lengua casi todas las palabras que en la escritura comienzan con hache se pronuncian como si en realidad comenzaran con jota, pensé que aquella era una manía que se nos había pegado de los gringos.

Cualquiera creería que son tres o cuatro y que apenas las usan los andaluces (o más bien los gitanos), y ciertamente de ahí toma Federico García Lorca aquel título, oloroso a pueblo, de *Poema del cante jondo* (1931). Sin embargo, aunque la letra de "Burundanga" diga: "Bernabé le pegó a Muchilanga, / le dio burundanga, le hincha los pies", la recordada Celia Cruz pronunciaba ese verbo con jota, y, de hecho, pronunciarlo con hache causaría un problema en la métrica del verso.



En Margarita —donde probablemente se encuentre el acento más cercano al de Andalucía que haya en Venezuela—, los habitantes de Los Hatos, antiguo nombre de Altagracia, son llamados *jateros*; las tejedoras de hamacas las hacen desplazando un *jusillo*, o *husillo* (hermoso diminutivo de huso) entre los hilos tensados verticalmente en el telar, y si uno come mango, lo que le queda entre los dientes no serán jamás *hilachas*, sino *jilachas*. Al pan que no se come en tres días le cae *mojo*, no *moho*. Antiguamente, cuando se cocinaba con leña, esta se traía del monte en un pequeño *jaz*, nunca en un *haz*. Mucha gente vivía en casas de *bajareque*, los viejos recordaban largas *retajilas* de cuentos de sus abuelos y nunca quedaban *jartos* de comer *pitajayas*.

En otros lugares (y no solo de Venezuela), la acción de balancear algo, como si meciéramos una hamaca, pero especialmente si se hace con cierta violencia, se llama *jamaquear*, en lugar de hamaquear. Hay zonas en las que las frutas maduras ya están “hechas”, es decir, comestibles, pero en otras, están jechas. Los que estén ajitos, no ahitos, como dice el diccionario, pueden llegar a *jipear*, que no *hipear*. En Barlovento existe una canción en honor a san Juan Bautista que dice: “Juan Apolinar, de Pozo Hondo, / se lava la cara pero es muy *jediendo*”. Y aunque originalmente era un insulto de los amos contra los esclavos, una persona de piel negra puede llamar a otra *mujina* (o, más extendido, *mojina*), que era como llamaban aquellos, blancos y negros, a las bestias de carga.

A ambos lados del océano se come un pescado largo y delgado que casi tiene más huesos que

carne, y a ambos lados hay quienes lo llaman *tahali* (Cervantes, por ejemplo) y quienes pronuncian *tajali*, como los pescadores de Puerto La Cruz, de Naignatá y de Adícora. A ambos lados del océano la gente bebe y se *ajuma*; en San Juan de Puerto Rico y en La Victoria, Venezuela, pueden incluso *jenderse* de la risa.

¿Entonces?, ¿la hache no era muda? Para serlo, habla demasiado. Y los gringos tendrán muchas culpas, pero esta no la tienen. Si de ahora en adelante le vuelven a decir que la hache tiene ese impedimento audio-fonético, primero póngalo en duda y luego, recordando estos 22 ejemplos, procure que no se le reviente la *jiel*.

emalaver@gmail.com

Año III / N° LXV / 13 de julio del 2015



## **La diabetes es grave (o la esdrujulización a la venezolana) Azury Mendoza**

Hay ámbitos profesionales cuyos dictámenes tienen el poder de perseguirte de por vida. Abogados, profesores, políticos, médicos y brujos gozan de un privilegio supernatural de lanzarte



El papá de los problemas ortográficos hecho taller: la tildación, facilitado por la profesora Luisa T. Arenas

jeringonzas con una espontaneidad tan ordinaria y pasmosa para *esperolarte* la vida, que resulta casi vergonzoso cuestionar tanto la veracidad de lo que te dicen, como la forma en la que te lo dicen.

Y cuando hablo de la *forma*, en esta ocasión me refiero al *tonito*: hace poco mi *médica* me soltó la perla de que era prediabética... y que la *diabetes* era *grave*. Ah, mundo.

Que lo fuera (no sé, en mi ignorancia me suena que pre-padecer de una enfermedad —o condición, tampoco sé— es como estar *medio preñado*) ya era bien particular de escuchar, pero más particular me resultaba escucharle a mi *médica* semejante *tonito*. Nunca imaginé que recordaría a Rosenblat en un consultorio, y que pudiese encontrar jocoso un diagnóstico clínico. O peor, que pudiese reírme en la circumspecta cara de una galena mientras me condenaba a una vida de Glucofage. De liberación prolongada.

Resulta que, tal como las profesiones de abogado, médico y brujo (me reservo las del político y profesor para otras entradas); la del lingüista también puede ser una profesión cuyos dictámenes pueden perseguirte hasta cuando estás dormido, soñando con las barrabasadas que leíste por la mañana en el diario, o con aquella que tú mismo dijiste en tu primer año de carrera por allá en el año del Y2K.

“Disculpe, doctora. *La diabetes es siempre grave, nunca esdrújula*. Buen día”. Y récipe en mano, recordé que *la norma se impone desde las bases*, y que en Venezuela miramos feo a quien *no habla en cristiano, pues, como todo el mundo*. Y

entonces, recordé a Grice. Y volví a pasar por loca en la farmacia al soltar otra de mis carcajadas.

Desde entonces, cuando alguien me pregunta por qué no digo *diabetes*, como todo el mundo en Venezuela —¡hasta médicos y médicas!—, les digo que es por culpa de vicios tan dulces y dañinos como la lingüística.

azurybrian@gmail.com

Año III / N° LXVI / 20 de julio del 2015



## El griego en función del castellano Ariadna Voulgaris

Mi padre es griego. O más precisamente lo era su padre. Yo aprendí muchas palabras griegas en las rodillas de mi abuelo, y luego estas palabras me han acompañado e iluminado cuando he estudiado matemática, historia, anatomía, etc. Y este etcétera incluye la lengua española. ¿Qué es lo que en español no proviene del griego, aunque sea después de ser decantado por el latín? Desafortunadamente, mi abuelo murió antes de que yo me hiciera totalmente consciente del tesoro que me estaba inyectando con las sonrisas y los juegos con que entretenía a la única nieta que logró conocer.



Misa de graduandos cohorte II 2015 en la iglesia San Pedro en Los Chaguaramos

Como mi familia, después de 55 años en Venezuela, ha tenido que volver a Grecia, yo me puse a buscar trabajo aquí con la desventaja de que ahora nuestra lengua materna es el español. Pero esa fue una desventaja hasta el día en que comencé a trabajar en un instituto de artes escénicas donde me han encargado dos cursos de español para jóvenes que tienen que estudiar al menos dos lenguas extranjeras para graduarse. Todo el material didáctico está seleccionado, profesores y alumnos tienen total acceso a él desde el principio y nadie duda que el método que hay que adoptar sea efectivo —ha sido aprobado siguiendo patrones de la Unión Europea—, pero la campana de la curiosidad ucevista no deja de repicar en mi cabeza. Tengo que formarme mi propia visión de lo que voy a hacer en el aula.

En mi segundo día en el instituto pregunté por la biblioteca, que terminó llamándose, también, María Callas. Y ahí me esperaba un libro. Es un libro sencillísimo, de 93 páginas (de las cuales apenas 35 se pueden considerar parte de un método de enseñanza del griego) que casi ni menciona siquiera qué hacer con los textos, con los ejercicios, con los ejemplos. De los diez capítulos (diez lecciones) que lo forman, el primero trata del alfabeto y el resto de una lectura en la cual el autor simplemente indica que el estudiante debe encontrar las palabras de origen griego que hay en cada texto y buscar su significado, presumiblemente para conectarlo con el prefijo, la raíz o el sufijo de esas palabras.

El libro es de 1971, lo cual lo condena al exilio de mi bibliografía regular, pero me ha permitido

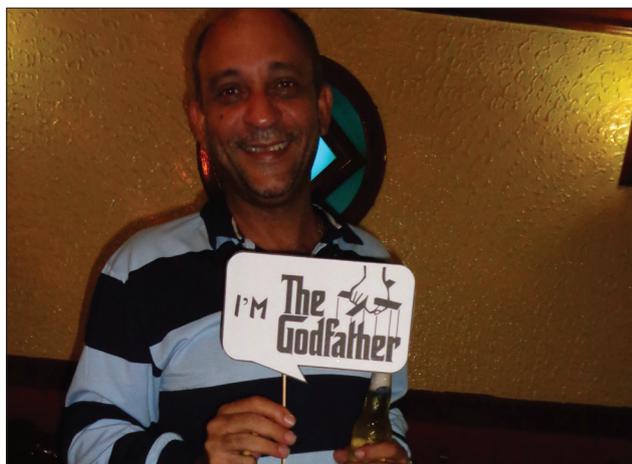
hacer algunas travesuras muy fructíferas. Cuando los muchachos, muy jóvenes todos, se dan cuenta de la inmensa ventaja que tienen al hablar griego como lengua materna, casi sin quererlo se apasionan por el español. El secreto de este autor es que los textos, auténticos y de diversos orígenes, rebosan de palabras de origen griego que además son de uso cotidiano en el griego actual. Son tan numerosas, que no puede uno contentarse con hacer un solo ejercicio, siempre desea hacer otro y otro. Al final, el estudiante se siente en casa intentando construir imágenes ajenas con reglas propias... o imágenes que son de todos con reglas que ya no sienten tan ajenas.

No me figuro de ningún modo si eso pasa en otra combinación de idiomas, pero con mis muchachos griegos ha pasado y yo me siento feliz de que las lenguas extranjeras que hay entre ellos y yo terminen intercambiándose para ser propias de todos.

Ah, el libro, del cual, según Google, solo se conserva un ejemplar en la Biblioteca Central del Estado Trujillo, se titula *El griego en función del castellano*, y fue escrito por el sacerdote venezolano Manuel Montaner.

ariadnavoulgaris@gmail.com

Año III / N° LXVII / 27 de julio del 2015



Lucius Daniel, director EIM, muy feliz por su padrinazgo de la promoción I, 2015

## Caso extremo: Las Vegas

### Edgardo Malaver Lárez

Hace unos meses un canal de televisión venezolano presentó una telenovela chilena que bien podía describirse como una reescritura de la brillante novela *El difunto Matías Pascal*, del escritor italiano Luigi Pirandello. La telenovela trataba de las transformaciones que sufre una familia de clase media cuyo padre, Carlos Vega, muere en el primer capítulo y no deja a su esposa y sus tres hijas más que deudas y un rosario de sorpresas sobre la vida oculta que llevaba. El que en vida era conocido y alabado como un hombre trabajador, responsable y devoto resulta ser un sinvergüenza que todo lo ha conseguido por vías ilegales y moralmente condenables. La única propiedad que no se ha perdido es un negocio que queda en el centro de Santiago. Cuando van a visitarlo, creyendo que se trata de un restaurant, descubren que era un prostíbulo y esa misma noche llega un juez a embargarlo. Las cuatro mujeres emprenden entonces la recuperación del negocio, que convierten en una discoteca. Y no por la ciudad, sino por el apellido de las tres muchachas, lo cambian el nombre a Club Las Vegas.

Lo que convierte *Las Vegas* en un caso extremo no es nada de lo dicho en el párrafo anterior, sino el hecho de que, a pesar de haber sido filmada originalmente en español, es decir, con actores que hablaban español como lengua materna, en un país de habla española y, a pesar de que en Venezuela, desde que el mundo es mundo, hablamos también

español, el audio con que fue emitida aquí la telenovela no era el original sino un doblaje.

Viene a mi mente el caso de *El Chavo del 8*. En los años 70, oíamos a la Chilindrina decirle a Quico, por ejemplo: “Pareces un zopilote mojado”, y no hacíamos más que reírnos. ¿Alguien le importaba lo que pudiera significar *zopilote mojado* en México? Estaba claro que lo estaba insultando. Si alguien quería imaginarse a un zopilote mojado —para lo cual no había tiempo: había que seguir viendo y riéndose—, solo tenía que ver a Quico. Cuando don Ramón tomaba la decisión de irse de la vecindad y pedía al Chavo que le cargara las *petacas* o doña Clotilde invocaba a los espíritus *chocarreros* o doña Florinda describía cariñosamente a don Ramón diciendo que tenía patas de *chichicuilote*, a nadie se le ocurrió decirse: “Caramba, chico, vamos a *traducirles* esta serie a los venezolanos para que no se pierdan en medio de tanto mexicanismo”. Todos entendimos siempre todo. Y lo disfrutamos. Y los niños de la segunda década del siglo XXI también lo entienden y lo disfrutan todo en *El Chavo*... ¡sin doblaje!

Cuando, por ejemplo, Julio Cortázar escribe: “Los puchos caían sobre la rayuela y Oliveira calculaba para que cada ojo brillante ardiera un momento sobre diferentes casillas”, ¿se pone a pensar que en español de Cuba o de Costa Rica



Por inminente cierre técnico en octubre de 2015, profesores y estudiantes protestaron en el Consejo de Facultad

quizá no se llame así lo que él llama *rayuela* o que los colombianos o los españoles quizá no conozcan la palabra *pucho*? No hace falta pensarlo porque está escribiendo en la lengua materna de esos lectores. Y si los autores propios no tienen ese detalle con los lectores que hablan tantas variedades de la misma lengua, ¿tienen que tenerlo los traductores que nos descifran obras extranjeras? Y si es así en la traducción, ¿tendría que ser diferente en el doblaje?

¿Había que doblar *Las Vegas*? ¿Acaso el español de Chile anda por el mundo, como Matías Pascal y Carlos Vega, de incógnito? ¿Es tan lejano al de Venezuela como para que los venezolanos necesiten que se les “traduzca” un material que ha sido elaborado en su propia lengua? De ser así, ¿por qué no se dobló *Aquí no hay quien viva* o *Yo soy Betty, la fea*? La “industria” del doblaje parece haber dado un paso más en su evolución, más allá de la manía de ponerle nombres “neutros” a todo; pero ¿no estará, en su afán de borrar las “fronteras lingüísticas”, llegando al extremo de crearlas donde nunca han existido?

emalaver@gmail.com

Año III / N° LXVIII / 3 de agosto del 2015



## El bicho, las cholas y la polisemia

Azury Mendoza

—Pásame el bicho, porfa.

La frase generó un murmullo de risitas mal contenidas, y hasta un “¡upa, papá!” de lo más

baboso y confianzudo que se regó, viscoso, por todo el salón de clases. Hasta la monja perdió hábito, velo y unos 20 años, y por dos segundos se unió al rumor de risas de lo más antinatural en ella. Todo el cuadro hizo que me diera cuenta de algo: al venir de mí, era imposible saber a qué me refería cuando dejé caer esa frase así, con un candor que seguramente en otra de mis compañeras habría pasado sin pena ni gloria.

A una tierna edad de camisa azul, ya me caracterizaban un desparpajo y una atorrancia que todavía me salen al paso sin mucho esfuerzo. Pero contrariamente a lo que pudiesen imaginar la hermana y mis compañeros, no había el mínimo atisbo de picardía en mi selección de palabras para referirme al abrehuecos. O sacabocados. (Sí, el *bicho* sigue picando y extendiéndose tantos años después).

Lo que todos ignoraban era que en mi familia, aquel vocablo era una palabra genérica con la que se señalaba al objeto o persona de turno cuyo nombre se nos olvidaba: el televisor, un mosquito de guarapo, Rudy La Scala, cualquier rastrero temerario que se atreviera a ponerle sus patas al piso recién encerado, el vecino malasangre que nunca saludaba, y hasta la palita de los huevos ante la premura de una *ñema* chamuscada, todos podían ser *bichos*... No así las partes pudendas masculinas.



¡Bravo! Aplausos gratificantes en la clausura del *Mes de los Idiomas* 2016: un nuevo éxito para la Unidad de Extensión EIM

Esto, por la simple razón de que mi familia materna viene de Barquisimeto, estado Lara; y allá a ese *bicho* le dicen *las cholas* (en plural y femenino, aunque solo se estén refiriendo o a las esféricas, o al *bicho*, o a todo el perolero junto...). Por extensión, en mi muy capitalino hogar de los 90, a nuestras muy cómodas *cholas petroleras* (sandalias de plástico), le decíamos *chanclas* —truncatura de *chancletas*—, a modo de aclaratoria familiar y para confusión de mis vecinitas, quienes al final nunca entendieron por qué me privaba de risa cuando ellas decían que *se iban a poner las cholas*...

En fin, retomando el asunto del *bicho* en mi camisa de bachillerato, aprendí vía *troleo* (o *chalequeo*, que resulta lo mismo pero más viejo) que, en español de Venezuela, el *bicho* tiene más acepciones —y connotaciones— que padrenuestros un rosario. Y que lo diga la hermana.

Ya en la universidad, tuve la grata oportunidad de contrapuntear con mi siempre recordada Yajaira Arcas, en términos muy circunspectos, académicos y pertinentes a los propósitos de la carrera, el amplísimo campo semántico del *bicho* que a lo largo de los años fui compilando... Y ella, siempre sabia, sumaba connotaciones y saberes en una oportuna clase magistral sobre *la polisemia del bicho* que dejó bizcos a muchos de mis compañeros de entonces, porque muchos entendieron a qué me refería cuando decía que zutano o fulano era *un rolo e mamachola*...

azurybrian@gmail.com

Año III / N° LXIX / 10 de agosto del 2015



Lucius Daniel, cen. sentado, toma la palabra en el Consejo de Facultad secundado por estudiantes y profesores de la Escuela de Idiomas Modernos

## Corte y cohorte Ariadna Voulgaris

Varios de mis alumnos de la clase de Español II me envían un mensaje sobre una palabra que con el profesor de Español I no habían conocido: cohorte. Me preguntan si es un simple sinónimo de corte o si se trata de un error. Ya casi se han inclinado a pensar que es un error, guiados por lo que dice un malísimo diccionario de español que circula en el instituto y que, ergo, no vale la pena citar, cuando uno de ellos propone consultar a la profesora de habla nativa.

Les respondo en primer lugar para estimularlos a persistir en la práctica de no quedarse con una sola respuesta. Les digo que mucha gente que acaba de conocer la palabra cohorte se confunde porque, aunque esta no es una palabra que usemos todos los días, se parece mucho a corte, y así cualquiera cae en la trampa de la duda —como seguramente caían en latín con *cors* y *cohors*—. Una vez definida la una, agrego, queda clara la otra, creo yo. Hay que comenzar por la conocida, la familiar, la cierta: corte. ¿Qué dice el diccionario? El de la Academia, por ejemplo, que está en la biblioteca y en Internet, tiene 15 acepciones. Quedémonos, para comenzar, con la que dice: “Acción y efecto de cortar”. Sencillo.



Luego sigo con cohorte, que es la palabra nueva, la extraña, la dudosa. El diccionario, que en estos casos suele dar definiciones intrincadas o concretas, hoy se inclina hacia los sinónimos: “Conjunto, número, serie”. Nada impresionantemente claro, pero nos da una orientación, les concluyo a los chicos —casi todos varones... no sé por qué es importante ese detalle, pero siento que debo anotarlo aquí—. Una cohorte es un grupo de cosas, pero sobre todo de personas que hacen lo mismo en cierta actividad, o que se parecen por alguna razón. En el Imperio Romano —contaba mi guía de la Legión de María— una cohorte era una unidad de soldados organizados según un criterio dado, un grupo que trabajaba siguiendo una orden precisa, especial, no cotidiana. En la actualidad —y en las instituciones educativas sobre todo—, una cohorte es el grupo de nuevos estudiantes que ingresa a la institución en un nuevo año académico. Se llama así también al grupo que egresa, no porque sea el mismo, sino, simplemente, porque también es un grupo que tiene los mismos rasgos.

Por tanto, las cohortes no tienen mucho que ver con los cortes, aunque sí con las cortes, que no las judiciales, sino las de los reyes —al final, tienen su origen en las mismas dos palabras latinas—. El semestre en la universidad se “corta” en períodos más breves, sobre todo para fines de evaluación; todo aquello que se prolonga se puede, al menos metafóricamente, cortar en pedazos más reducidos para captarlo mejor. Piensen, les digo además a los chicos del María Callas, en una longaniza (aprovecho para enseñarles nuestra palabra chorizo). Si el semestre fuera así de tangible, podría

dividírsele con un cuchillo y al final cada fragmento sería llamado “corte”.

El lunes siguiente, los encuentro a todos junto a la puerta del aula, fielmente a la hora de la clase. Dos o tres de ellos están aún muertos de sueño, la mayoría entusiasmados con una lengua del otro extremo de Europa que ahora comienza a sonreírles, pero casi todos —¡oh, qué novedad!— han comprado un nuevo diccionario.

(Agradezco efusivamente al profesor Edgardo Malaver Lárez, de mi amada Universidad Central de Venezuela, por la orientación lingüística para dar una apropiada respuesta a mis alumnos griegos... Y lo delato, además, por no haber aceptado que lo pusiera aquí como coautor.)

ariadnavoulgaris@gmail.com

Año III / N° LXX / 17 de agosto del 2015



## Los eufemismos en los diarios venezolanos Azury Mendoza

*El hombre es fuego, la mujer, estopa...*

*Viene el diablo, y sopla...*

Dicho popular



—Oye, mi amor, ¿y qué es un griego?

Cualquiera habría preferido correrle a ese toro, olvidarse del asunto del sano cortejo con heladitos en Sabana Grande y agarraditas de mano inofensivas de las primeras salidas —aunque ya no tuviesen ni de cerca 14 añitos— y sencillamente, dar por terminada la pretensión amorosa antes de responder semejante pregunta. Pero es que ella le gustaba tanto...

Y no podía responder sin hundirse en un torbellino de aguas profundísimas... pero la embestida vino de lleno, sin aviso ni protesta, mientras se tomaba un café que casi sirve de óleo para pintar un fresco, tipo aspersor, en la cara de quien preguntaba. No quedaba más que aventurarse a agarrar al animal por los cuernos y ver cómo salía la cosa. Y luego de quemarse con el grueso tarugo, así más o menos fue la respuesta:

—Bueno, mi vida, los diarios venezolanos siempre se han caracterizado por emplear colosales cantidades de chispa criolla para maquillar realidades, y obedeciendo al genio de nuestra lengua, nos da por bautizar proyectos de envergadura con rimbombantes nombres que rememoran un pasado bien glorioso, de sables, charreteras, polainas y grandes batallas que nos obsequian la sensación de que somos protagonistas de algo apoteós...

—Ajá, ¿y eso qué tiene que ver con este caballero de ambiente que me ofrece duchas doradas, o con las gemelas traviesillas de dieciocho añitos que se mueren por complacerme, y la chorrera de nacionalidades que acompañan a los masajes ofertados a tres por mil en los clasificados?

Visita guiada por los espacios de la UCV a João Camilo, encargado de negocios de la Embajada de Portugal, días después de su participación en el conversatorio *Crisis migratoria en el mundo*; lo acompañan de izq. a der., Sofía Saraiva, Luisa T. Arenas y Dubraska Machado

La interrupción al más puro estilo de Barbarita, la de Baldomero, el Terror del Llano<sup>13</sup>, sonó como un *scratch*<sup>14</sup> de disco... Pero cuando cesó el característico ruido, el enamorado pudo notar que en realidad estaba sonando la canción de Marlene<sup>15</sup>, quien por allá en los 80, coreaba con ligero contoneo gatuno *¿no notas que estoy temblando...?*

La pregunta inicial terminó por ser respondida ilustrativamente en un tour mundial que recreó en suelo criollo las sorpresas del *hindú* —¡quién lo diría!—, la afabilidad del *tailandés*, las excentricidades del ruso y un didáctico paseo por el griego, todo con su muy conveniente sombrerito que evitaba todo mal francés, napolitano o español, y siga usted enumerando que yo le voy diciendo para qué otras cosas sirven los eufemismos en situaciones tan peliagudas que involucran a un hombre, una mujer y un periódico en una cita luego de la adolescencia...

13 Personajes protagonizados por Betty Haas y Jorge Tuero (QEPD), del programa humorístico *Cheverísimo*, transmitido por el canal 4 de la televisión venezolana durante los años 90.

14 Sonido de disco rayado.

15 Marlene (nombre artístico de Marlene Arias), cantante venezolana, exvocalista del grupo Los Tigres tras la disolución de Los Tres Tristes Tigres. Lanzó su carrera como solista en 1982, y logró posicionar los temas *¿No notas que estoy temblando?*, *Ámame* y *¿Qué nos pasa esta mañana?*





## ¡Oh, apóstrofe!

### Edgardo Malaver Lárez

Homero, en el siglo VIII antes de Cristo, comienza la *Ilíada* exclamando: “Canta, ¡oh, musa!, la historia de aquel hombre que por mil senderos anduvo errante mucho después de vencer en la sagrada Troya”. Dante, comenzando el siglo XIV, termina su *Divina comedia* cantándole a María: “Oh, Virgen madre, hija de tu hijo, / la más humilde y alta criatura, / del santo plan de Dios término fijo, / tú ennobleciste la humana natura / hasta tal grado, que su autor / no desdeñó el hacerse de esa hechura”. Bello, en el siglo XIX, canta también en su *Alocución*: “Divina poesía, / tú, de la soledad habitadora, / a consultar tus cantos enseñada, [...] tiempo es que dejes ya la culta Europa”.

Esta forma de comunicarse, de decir, de conmover, ha sido útil durante casi tres mil años, y no solo a los poetas: todos los hablantes de todas las lenguas hacemos uso constante del apóstrofe, siempre con el mismo fin, el mismo que ya antes de Cristo le daban los griegos. El apóstrofe, aunque muchos crean otra cosa, es un recurso estilístico —o figura retórica— que consiste en dirigirse, en medio de un discurso y con expresiones por lo general vehementes y enfáticas, a algún ente humano o espiritual, concreto o imaginario, que puede

estar presente o ausente en el auditorio. Va, pues, expresado en segunda persona, aunque se refiera, como puede suceder, al propio emisor del discurso.

En una clasificación sencilla (si tal cosa es posible en retórica), los recursos estilísticos pueden dividirse según su intención: los que apelan al logos, es decir, a la razón del hombre, que están ligados al tema y contenido del discurso; los que recurren al ethos, a la moral, y atañen al emisor, y los que explotan el pathos, las emociones, y se relacionan con el receptor. El apóstrofe pertenece a este último grupo y, como puede deducirse, intenta “persuadir” (mover, excitar, llamar) apuntando a las pasiones del que escucha (o el que lee), siempre con palabras.

No es extraño, considerando el origen de la retórica. Aunque suele hablarse también de figuras literarias, la retórica tuvo su origen en la actividad política, en la necesidad de convencer a los opositores en la naciente democracia ateniense en el siglo V antes de Cristo. En principio, una causa noble: intentar ganar batallas verbales en lugar de lanzar cuchilladas a los enemigos y recibirlas de ellos. Sin embargo, el uso del apóstrofe y, en general, del pathos, no solo en el siglo V antes de Cristo sino incluso hoy, nos ha llevado en muchas ocasiones, y por el camino corto, a la guerra.



Edgardo Malaver, creador de *Ritos de Ilación*, lanza una pregunta al público

Demóstenes se metió en buen número de líos por causa de sus apóstrofes en contra del rey Filipo, padre de Alejandro Magno. Los revolucionarios franceses, aun predicando la fraternidad, cantaban desde 1792 un apóstrofe que luego se convirtió en su himno nacional (y que no puedo citar sino es en francés): “Allons, enfants de la Patrie, / le jour de gloire est arrivé!”, estimulándose para “inundar los surcos” con la “sangre impura” de sus enemigos. El recuerdo más claro que tenemos de la batalla de Las Queseras del Medio es el apóstrofe del general Páez: “¡Vuelvan caras, carajo!”.

Los apóstrofes suelen hacer alusión a situaciones dolorosas o patéticas (de *pathos*). Salomón apostrofa a Yavé diciéndole: “Desde los abismos invoco tu nombre, ¡oh, Dios! ¡Señor, escucha mi voz!”. En el Evangelio de san Mateo, Jesús se lamenta: “¡Ah, Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te envió! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina que bajo sus alas reúne a sus polluelos, y tú te resistes!”. Cervantes (o Ricardo, el protagonista de *El amante liberal*) se queja así de su fortuna: “¡Oh, lamentables ruinas de la desdichada Nicosia [...]! Si como carecéis de sentido, le tuiérades ahora, en esta soledad donde estamos, pudiéramos lamentar juntas nuestras desgracias”.

Otros traen un poco de esperanza a quien escucha, como el de Gardel en su tango más afamado: “Mi Buenos Aires querido, / cuando yo te vuelva a ver, / no habrá más pena ni olvido”. No lo olvide: un apóstrofe no es lo mismo que un apóstrofo (sí, señor, con o), y para conocer esa

diferencia, ¡oh, desocupado lector!, tendrá usted que guardarnos fidelidad, por lo menos, hasta la semana que viene.

emalaver@gmail.com.

Año III / N° LXXII / 7 de septiembre del 2015



## ¿Ah?, ¿apóstrofo?

**Edgardo Malaver Lárez**

Ciertamente, tal como ha estado usted pensando desde la semana pasada, ese signo que usa de vez en cuando para señalar que está omitiendo algún sonido en una palabra se llama apóstrofo, no apóstrofe. En mi caso, lo conocí cuando comencé a estudiar inglés. Luis Manuel Rojas y yo, un día a mitad de primer año de bachillerato, le preguntamos al profesor cómo se llamaba esa “comita” que él ponía en el don’t, en el wasn’t y en el won’t, y él, con toda la apariencia de saber lo que decía, nos respondió: “Apóstrofe”. Por aparentar, aplausos; por lo otro...

El problema es casi nulo —excepto para los tiquismiquis serios de la lengua, que, a pesar de las apariencias, no abundan—, porque a nadie se le ocurre pensar, si le dictan: “Doble ve, o, ene, apóstrofe, te”, que tiene que citar a Homero, a

Y João Camilo, invitado portugués, en su visita probó la tradicional chicha ucevista; lo acompaña Sofía Saraiva, también portuguesa, profesora de la EIM



Dante o a Bello en medio de una negación del auxiliar de futuro. El contexto y el sentido común, sin que uno se esfuerce, conducen rápidamente a la solución. El verdadero problema son los tiquismiquis superficiales, los que creen que el conocimiento de la lengua solo es útil para restregarles a los demás en la cara la ignorancia de la que ellos mismos padecen. Por eso son... tiquismiquis.

Intentando infiltrarme en el primer grupo, llevo unos 20 años deteniéndome fielmente en cada apóstrofo que me tropiezo en español y hoy siento que ya puede ser el momento propio para expresar la conclusión que más me seduce desde hace miles de días: que el apóstrofo no hace ninguna falta en español. ¿Para qué hace falta escribir *pesca'o*, si escribiendo *pescao* está perfectamente dicho lo que se desea decir? ¿Está mejor escrito *Mira, m'hijo* que *Mira, mijo*? Si es cierto que se desea indicar dónde falta un sonido, ¿por qué nadie escribe *fó'foro*, *e'cepción*, *contr'ataque*? En la oralidad, decimos todo el tiempo frases como *Vamos a venos mañana pa contanos to los chismes* y luego en la escritura algunos intentan "adecentarlas" con apóstrofes. ¿De veras necesitamos indicar en la escritura dónde estamos omitiendo sonidos?

Por otro lado, en multitud de casos, la simple sustitución de un fragmento de palabra por el apóstrofo no es suficiente para representar por escrito lo que se desea transcribir. Por ejemplo, el infinitivo *corre'* no dice que lo que se desea decir. La aplicación de las sencillas reglas de acentuación, por lo menos en estos casos, sería lo ideal para transcribir, por ejemplo, *Ayer salí temprano a corré por la playa*.

Tres grandes del personal de Extensión de la Facultad de Humanidades y Educación como público en el *Encuentro Musical* que clausura la Semana Extraordinaria EIM: Isabel Pérez, Jeannette Díaz y Minibel Lairet, de der. a izq.

No voy a revisar aquí lo que dicen las reglas sobre el uso del apóstrofo porque casi no dicen nada, ni lo que dicen los sabios (los respetables y los impresentables), las discusiones sin destino en que se embullen, porque la señal más clara de que el apóstrofo no hace falta en español (en el formal, como mínimo) es la existencia de nuestras contracciones: *al* y *del*. En inglés y en francés, que son las lenguas extranjeras de las que puedo hablar con propiedad, las contracciones se hacen con apóstrofo, sí. En español se hacen sin él y la cosa ha funcionado de lo lindo desde que el mundo es mundo. Todos decimos, por ejemplo, "La muchacha del mercado" y si lo escribimos, lo escribimos sin apóstrofo, y todo el mundo está de acuerdo en no reaccionar en contra. Usamos la construcción *al fin* y *al cabo*, y así la escribimos y todos la reconocemos como lo más apropiado. Es, simplemente, la forma de construir contracciones en español. Pero luego aparecen otros casos, en los que uno siente que necesita crear una "contracción". ¿Por qué utilizar el mecanismo de otras lenguas, si la española tiene el suyo, que es tan sencillo y eficiente? Una idea como "Voy para el Zulia" puede escribirse (no porque lo diga yo, sino porque se puede): "Voy pa el Zulia", pero también puede escribirse: "Voy pal Zulia". En ninguno de los dos casos hace falta el apóstrofo, como haría en francés o en inglés.



Habría —ojalá— quienes digan que el apóstrofo sí hace falta para mostrar nuestro esfuerzo por ser exhaustivos en la escritura. Loable objetivo, pero entonces me pregunto por qué tanta gente le da tan poca importancia a la necesidad de señalar el inicio de las preguntas, el final de las oraciones, la sílaba acentuada, las mayúsculas, las incisas, las sangrías, las abreviaturas, etc., etc., etc.

emalaver@gmail.com

Año III / N° LXXIII / 14 de septiembre del 2015



## Entre perlas, citas y plagios Azury Mendoza

A modo de introducción, hago un *mea culpa* bien vergonzoso, so pena de someterme a las sanciones sociales que explicaban Grice y su combo: también yo me engrincho, me espeluco y me persigno a la hora de hacer citas. No, no esas citas (las médicas, aunque aplica), ni las otras (las de placer, aunque esas también), sino las otras aquellas: las de todo trabajo de investigación.

Dicho de otra forma, se me mueve el tucungo aunque no sea de gozo, como muy bien explican Mahuampy Ruiz e Isabel Matos en la entrada número LIII de este mismo blog. Es que las normas APA-UPEL con sus actualizaciones, revisiones y demás misiones (como expone Edgardo Malaver Lárez en su entrada “Tu misión, Jim, si decides aceptarla...”, publicado en el número VII, *ibíd.*),

¡No!, no es un bautizo; es la foto para la historia después de finalizado el evento *Mes de los Idiomas 2015*: de izq a der., Leonardo Laverde, Luisa T. Arenas, Edgardo Malaver, Sara Pacheco, Kharla Marín, Sydnee Peña y la niña Malaver-Pacheco, Ana María

resultan ser un instrumento del demonio para hacer la Tesis: imposible.

También yo me he abstenido de colocar citas que vendrían como anillo al dedo al punto que intento demostrar con tanta tinta y tanta paja (otra vez, *ibídem*, *ejusdem*, Ob. Cit. y demás; esta vez por Laura Jaramillo, entrada número L). Ah, sí, y todo por culpa de la veracidad de la fuente, y la forma de expresar en papel tal veracidad. Y tal fuente.

Esto me ocurrió recientemente, cuando, por observaciones hechas por mi querido Edgardo Malaver Lárez (¿ameritará una cita esta referencia?), hacía las correcciones a lo que después fue mi debut en este blog: “La diabetes es grave (o la esdrújulización a la venezolana)” (¿también tendré que citarme a mí misma?). En su versión más primigenia, existía esta cita a modo de epígrafe:

“—Profesor, ¿la diabetes es grave?”, a lo cual le respondió “Sí, la diabetes es siempre grave, nunca esdrújula”.

Cuando me disponía a compilar las referencias, terminé metiéndome en camisas de once varas: en mi caso particular, leí esas líneas por vez primera en la compilación que Monte Ávila Editores, en su serie Biblioteca Básica de Autores Venezolanos,



hizo de la obra de Ángel Rosenblat: *Buenas y malas palabras. Una selección* (2004).

Pero luego, al googlear un poco, me topé con que esas mismas líneas también se le atribuyen al sabio Dr. Santiago Ramón y Cajal (Premio Nobel de Medicina en 1906). Esto de acuerdo a Valera-Cárdenas et al. (2011). *Inmunoglobulina y enfermedad hemolítica en neonatos*. MedULA 20: 87-91, corregido por Salinas, P. (2010). Entonces, como se diría en cada episodio del Chapulín Colorado: Y ahora, ¿quién podrá defenderme? Me queda bien claro que no vendrán en mi auxilio ni la APA-UPEL, ni la Chicago, ni la Vancouver...

Decidí omitir el muy pertinente epígrafe y aprovecharlo para esta entrada. En todo caso, mientras sigo buscando al verdadero padre del muchacho, me apego al último guiño-comentario hecho por el mismísimo Rosenblat en “¿Diabetes o diabetes?”: *E se non è vero è ben trovato*.

En conclusión, los nunca bien ponderados y malqueridos plagios resultan ser, muchas de las veces, casos en los que faltó pericia o atención para citar una perla, o incluir un par de comillas o cursivas que habrían bastado para evitarse malos ratos, y mala fama... Y que lo digan Javier Vidal... o Ricardo Azolar (*Los platos del diablo*, 1985).

azurybrian@gmail.com

Año III / N° LXXIV / 21 de septiembre del 2015



Irma Chumaceriro, de pie, escucha a los participantes del taller *Comentario lingüístico de texto*

## De la lucidez lingüística y otros monstruos

Camila Guette

“El despertar de la lucidez puede no suceder nunca, pero cuando llega, si llega, no hay modo de evitarlo; y cuando llega se queda para siempre”, nos decía el profesor en la película *Lugares comunes*, del director argentino Adolfo Aristarain. Así es el despertar de la lucidez lingüística, una vez que esta llega, lo hace para quedarse. Y con lucidez lingüística no me refiero a erudición, sino más bien a todo lo contrario: puesto que somos conscientes de la lengua (cosa que no le pasa a un hablante común, que no se pregunta a cada instante si la preposición que utiliza es la correcta) estamos condenados a la eterna duda cartesiana; de lo único que no dudamos es de que estamos dudando. Así, vamos descendiendo más y más del primero al noveno círculo del *L’inferno di Dante* en la medida en que nuestro arsenal de lenguas es mayor.

Mi gusto por el cine reflexivo y melancólico me condujo hace tiempo hacia los senderos del cine nórdico, primero al cine sueco con Bergman y luego al finlandés, donde conocí a Aki Kaurismäki, un realizador independiente hoy en día muy popular en Europa gracias a su última película grabada en Francia: *Le Havre*. Al ver sus películas anteriores grabadas en finés, quedé fascinada por



los soundtracks y empecé a interesarme tanto por la música fina, como por su contenido. Me llamó mucho la atención lo fácil que se pronunciaba el finés, así que comencé a investigar en Internet sobre esa lengua (ya que cada vez que escucho una lengua que suene bonito, quiero aprenderla) y no pude evitar caerme de la silla cuando leí que el finés tenía alrededor de 15 casos: nominativo, partitivo, genitivo, acusativo, inesivo, elativo, ilativo, adesivo, ablativo, alativo, esivo, translativo, comitativo, instructivo, abesivo. Y yo que pensé que el latín era difícil. Aún lucho con el alemán y lo poco que aprendí de griego porque tienen cuatro casos. Es verdad que lo difícil no debe desmotivarnos, pero es que el genio de esa lengua o se pasó de listo o fue forjado por los mismísimos vikingos. Y es que las quince desinencias no solo afectan verbos, sustantivos y adjetivos, sino que además se declinan los adverbios y algunas preposiciones.

Antes de estudiar idiomas modernos, en la era de mi inocencia lingüística, hubiese gritado: ¡pero esta gente está demente! Mejor dicho, no hubiese entendido ni qué es un caso, ni qué es una declinación. Hoy en día, no diré que están dementes, creo más bien que hay que cambiar el método de aprendizaje: aprendamos las lenguas como niños, de manera inconsciente, luego estudiemos la gramática. Recuerden: *fabulor ergo cogito, ergo sum* (hablo, luego pienso, luego existo). Ahora, volviendo al tema de la lucidez, la duda y todos esos monstruos, creo que, de todas maneras, siempre será mejor dudar cuatro veces que quince.

camila.guette@gmail.com

Año III / N° LXXV / 28 de septiembre del 2015

Roberto Ruiz, primero segunda fila, disfruta del homenaje ofrecido por la Escuela de Idiomas Modernos por sus 36 años como director del Coro de la Facultad de Humanidades y Educación

## Somos venezolanos, ¿y qué?

Laura Jaramillo

Parafraseando a "El Mono" Sánchez

Humorista colombiano

Nuestro modo de hablar, además de nuestras actitudes, costumbres y pensamientos, es la característica más resaltante para hacernos diferenciar de otros latinoamericanos. Los venezolanos, solo para hacernos entender, tenemos una peculiar capacidad para inventar expresiones (y para mantener las de vieja data), a través de figuras como la comparación y la metáfora, no faltaba más.

Bueno, veamos algunas de esas expresiones tan nuestras:

- Los amigos son *compinches* o *panas*; y la amistad verdadera es una *panadería*.
- Cuando nos sentimos mal, nos da un *beriberi* o un *patatús*.
- Las peleas son *atajaperros*, *berenjenales* o *zaperocos*.
- Cuando no nos importa nada, somos *viva la pepa* o *antiparabólicos*.
- El borracho está *zarataco*.
- No somos despistados, somos *despalomaos*.



- Si tenemos cosas pendientes por hacer, estamos hasta los *tequeteques*.
- Al consentido o más querido de la casa, le decimos *toñeco*.
- Nosotros no nos morimos, nos *petateamos* o colgamos los *guantes/guayos*.
- Algo no se rompió, se *esguañingó*.
- No tomamos cervezas, tomamos *birras* o nos echamos unos *palitos*.
- Si vamos al cine, no vamos en grupo, vamos en *cambote* o en *patota*.
- Nuestras arepas son *pelúas* o *catiras*.
- No bailamos, *pulimos hebilla*.
- El doble seis es una *cochina*.
- La droga se convierte, no sé cómo, en *perico*; y el drogadicto está *periquiao*.
- No nos comemos un perro caliente, sino un *asquerosito* o *bala fría*.
- El despecho es un *guayabo*.
- La resaca es un *ratón*, a veces un *canguro*.
- No es frío, es *Pacheco*.
- Cuando se nos olvida el nombre de alguna cosa, entre varias opciones, lo podemos resolver con *el bicho ese que se bichea* (sigue así, *Rayuela*).
- No nos ponemos bravos, nos convertimos en *anacondas* o *macaureles* (¿verdad, Yelitza?).
- El *raspao* de la olla es el *cucayo* (Blanca, ¡qué falta hace mamá!).
- No tenemos sueño, sino un *sueñero* (ay, Genaibis, qué sabroso cuando llega el sábado).
- No se habla mucho, se *habla hasta por los codos*.
- Cuando se llega a los 60 años, no somos de la tercera edad, sino que *mascamos el agua*.
- No decimos muchos, sino *Sopotocientos*.
- Algo no es chévere, es *mollejúo*.
- Los celulares no son androides o de última generación, sino que *cantan el himno nacional y hasta te peinan*.
- No tenemos información importante, tenemos una *cabilla*.
- Nosotros no caminamos, *pateamos la calle*.
- Las mentiras son *muelas*.
- La garganta es el *gañote*; y si gritamos, nos *esgañotamos*.
- Si nos equivocamos, *pelamos gajo* o *meamos fuera del perolito*.
- No es hola, es *épale, qué hubo, qué más*.
- Nacimos en *el año de la pera* o *en los tiempos de María Castaña*.
- No somos inteligentes, *sabemos más que pescao frito*.
- La sandalias son *chanquetas* o *babuchas*.
- No estamos en peligro, estamos *en pico e zamuro*.
- Y *pa más ñapa*, ahora no vamos al supermercado, vamos a *bachaquear*.

Por eso, somos venezolanos, ¿y qué?

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año III / N° LXXVI / 5 de octubre del 2015

Roberto Ruiz, director del Coro de la Facultad de Humanidades y Educación, expresa su agradecimiento por el homenaje ofrecido por la Escuela de Idiomas Modernos



## **Pekín y Bombay**

### **Edgardo Malaver Lárez**

En mayo de este año tenía ganas de escribir sobre el nombre de Venezuela, su sufijo dizque peyorativo, la hipótesis sobre su origen indígena, su explotado género femenino, etc.; pero, al descubrir que el maestro Ángel Rosenblat ya había dicho todo lo que yo planeaba decir y otras mil cosas y —sobra decirlo, pero lo digo— de una manera insuperablemente sabia, desistí. Algunos temas tienen eso: hay que ser un Rosenblat para decir algo nuevo alguna vez.

No puedo, sin embargo, adoptar la práctica de escribir sin investigar al menos un poco. La semana pasada me puse, entonces, a investigar un poco sobre dos ciudades cuyos nombres en algún momento han cambiado: Pekín y Bombay; desde hace mucho tiempo me repican esos dos nombres en la memoria porque la última vez que cambiaron, las autoridades de China y de la India, respectivamente, nos pidieron al mundo entero que dejáramos de llamarlas como las hemos llamado desde que existen y las llamemos como ellos, ahora, de repente, nos indican: Beijing y Mumbay. Nunca ha dejado de molestarme esta, cuando menos, arrogante aspiración, pero he descubierto en estos días que el cambio tiene cierto sentido. En ambos casos —y en otros, como el de Leningrado, Zaire y Cuzco—, la decisión se ha tomado para rescatar el nombre original, el de los antepasados, el que, al menos idealmente, contiene más y mayores rasgos de la identidad del pueblo. Contra eso, ni una palabra.

Mi oposición, sin embargo, nace de lo que podría llamarse un derecho de nombrar que tienen los hablantes de toda lengua, vinculado de manera natural —o equivalente— a lo que Ferdinand de Saussure llamó la arbitrariedad del signo: esto, aquí, se llama como lo decidamos nosotros (o como lo hayan llamado nuestros antepasados). Cómo lo llaman en su lugar de origen los hablantes de la lengua de ese lugar, aunque bueno de saber, no forzosamente tiene que ser tomado en cuenta. En español, esas ciudades se llaman Pekín y Bombay y a los hablantes del español no nos hace falta conocer los idiomas de esos lugares para utilizar esos nombres en la vida cotidiana.

Después de leer un rato en Internet, me percaté, como en mayo, de que al decir más que esto no haría otra cosa que redundar. Por esa razón hoy pretendía limitarme (sin éxito, como se ve) a reseñar tres artículos sobre el asunto, los que he encontrado más serios y serenos. El primero se titula “¿Beijing o Pekín? ¿Bombay o Mumbai? Un dilema para la ONU”, escrito por la argentina Carolina Brunstein y aparecido en el diario Clarín de Buenos Aires el 1º de septiembre del 2004. El segundo, “¿Pekín o Beijing?”, del mexicano José G. Moreno de Alba, apareció el 20 de septiembre del 2007 en el suplemento cultural de El País de Madrid. El tercero, titulado también “¿Pekín o Beijing?”, se

Conferencia *Optitud: un aprendizaje válido en los tiempos actuales* en la Semana Extraordinaria de la EIM, con el ponente Roy Rizo Darthenay



publicó en el Listín Diario de Santo Domingo, el 14 de agosto del 2008, firmado por el dominicano Fabio J. Guzmán Ariza.

Ellos, a lo Rosenblat, han dicho, ni más ni menos, lo que yo quería decir.

emalaver@gmail.com

Año III / N° LXXVII / 12 de octubre del 2015



## Números impresionantes (I)

Edgardo Malaver Lárez

Ángel Félix Gómez contó una vez en una conferencia sobre la historia de Margarita que durante la Guerra de Independencia algún general mandó a un soldado (un hombre sencillo del pueblo sumado al ejército para combatir por la causa) a vigilar sobre un cerro y avisarle si veía venir alguna tropa enemiga. El soldado volvió después de unas horas, sudado, sin aliento, con el rostro lleno de temor y cuando pudo hablar le dijo a su superior:

—General, viene un ejército grandísimo por allá.

—¿Cuántos hombres son? —preguntó el general.

—Son muchos, mi general, muchísimos.

—Pero ¿cuántos, hombre? ¿Serán como mil?

—No, señor, ya le digo que son muchísimos, son como... ¡setenta y siete!

Si se lo juzga únicamente por su longitud, setenta y siete suena mucho más numeroso que mil. Por su número de sílabas, gana seis a uno. Por

la contundencia de sus consonantes, la aliteración que forman las *tes* lo hace más fuerte, más impetuoso, más aguerrido. La palabra *mil*, tan breve, es a la vez nasal y líquida —dirían los fonetistas—, casi inofensiva; a lo sumo, la *i*, su única vocal, pronunciada como muy aguda, quizá pueda herir el oído y llamar un poco la atención. *Setenta y siete*, por otro lado, con tanta sonoridad y fuerza, con tantas sílabas tan bélicas, parece inconmensurable. En la historia del soldado patriota, la tropa que se acercaba era inmensa, impresionante, eran muchísimos soldados, ¿cómo iban a ser apenas mil?

Estas consideraciones no parecen ajenas a la ciencia de los números. En matemática, como todos sabemos, existen números que son primos, números que habitan la imaginación, números con mucha entereza, números que gozan (o no) de raciocinio, números llenos de energía positiva (o de pesimismo), números que se quiebran, números nacidos en Roma y en Arabia, números que aman la naturaleza y, al final, todos los números son baquianos de la realidad (¿o de la realeza?). Si hasta existen las matemáticas discretas, las matemáticas puras y las matemáticas de los juegos, no es raro que todo en ellas suene tan metafórico. Y es más o menos natural que sea así, porque en el origen de la matemática los matemáticos, antes que matemáticos, eran poetas.

Ballet, piano y canto en el *Homenaje Musical* en honor al director del Coro de la Facultad de Humanidades y Educación, Roberto Ruiz, en la clausura de la Semana Extraordinaria de la Escuela de Idiomas Modernos



Existen también los números impresionantes. Son números que tienen una sonoridad tal que inyectan en los oídos del que oye un vigor y una imagen tan poderosa que la objetividad matemática sería débil y nebulosa. Impresionante es el número *ciento quinientos*, que todos los niños utilizamos tanto antes de ir a la escuela por primera vez. Impresionante es el número *sopotocientos*, que parece un número verdadero, pero es mayor que el infinito. Impresionante es un número que tenga muchos sietes y muchos setentas y muchos setecientos.

Son sin duda, como todos, números imaginarios, pero no ya los que los matemáticos llaman así sino los que se albergan en la imaginación lingüística del hablante que no sabe con qué número expresar una cantidad tan grande de cosas como la que ve en su mente. Simón Bolívar no hubiera podido ganar la Guerra de Independencia calculando las fuerzas del enemigo con números como estos, pero la lengua sí gana cada vez que la intuición matemática del pueblo recurre a la imagen poética para crear números que exceden la posibilidad de contar.

emalaver@gmail.com

Año III / N° LXXVIII / 19 de octubre del 2015



## Números impresionantes (II)

Edgardo Malaver Lárez

Por alta que sea la cifra, los llamados números *redondos* (que no deja de ser también una imagen

Grevik Lecuna con su voz de barítono engalanó el homenaje a Roberto Ruiz por su larga trayectoria como director del Coro de la Facultad de Humanidades y Educación

poética) no tienen mucha sonoridad. Se expresan casi siempre con una sola palabra, y muchas veces monosílaba. *Noventa, novecientos, nueve mil* son expresiones más bien sencillas; *diez, cien, mil* pueden ser cifras muy significativas, pero son palabras monosílabas que casi no “impresionan” a nadie.

¿O quizá deberíamos decir que si la lengua les ha adjudicado signos tan simples ha de ser porque en la mente de los hablantes esas cantidades no son difíciles de abarcar? El nombre *ciempiés*, por ejemplo, no indica que este animal tenga cien patas, ni mil... ¡mucho menos diez mil!, como indican sus nombres científicos. Implica que es mucho más sencillo decir (o recordar o imaginar o, incluso, concebir) mil cosas que contarlas. Seguramente contar las patas del ciempiés nos daría un número más atractivo, más sonoro, más impresionante.

Hay, sin embargo, otras formas de numerar que pueden impresionarnos más que las cifras con que trabajan los matemáticos. Los hablantes siempre se las arreglan para crear metáforas y juegos que expresan cifras enormes de cosas: un *montón* de árboles, un *chorro* de problemas, un *camión* de sonrisas. En la película *El pez que fuma*, la Garza, la dueña del burdel, dice que ella no ha tenido hombres, sino *autopistas* de hombres.



Otros, con un poco más de crudeza, dirán que han encontrado un *vergajazo* de gente en un lugar, que botaron un *mierdero* de muebles viejos, que se han bebido un *coñazo* de cervezas. Y los hay más elegantes que dirán: una *retahíla* de frases hechas, una *sarta* de mentiras, una *ristra* de groserías. Para la matemática no existen estos “números”; la gramática los llama sustantivos colectivos; pero en la mente de los hablantes son equivalentes a cantidades que en ocasiones pueden ser más precisas que el número pi.

Los números no son impresionantes, entonces, únicamente por su sonoridad. También pueden serlo por el tamaño, la fuerza o la longitud o el número de partes de la cosa con la que se relaciona. Con este mecanismo, es difícil poner freno a la creación lingüística. Habría que poner freno a la imaginación. Y la imaginación, como los números, es infinita, pero cabe toda en la ciencia de los números, como cabe en la ciencia de las palabras. Tal como un número puede ser múltiplo de otro, que es múltiplo de otro y de otro, una palabra puede ser hiperónimo de otra, que puede serlo de otra y de otra. Lo impresionante, al final, es que haya tanta semejanza, tanta equivalencia... tanta simetría.

emalaver@gmail.com

Año III / N° LXXIX / 26 de octubre del 2015



Estudiantes de alemán motivados por su profesora Stephanie Schulz, der., cantan, ríen, se divierten en su presentación del idioma en la *Tertulia poética*

## El árabe dentro del español

### Ariadna Voulgaris

De las aproximadamente 1.200 palabras árabes que forman parte del patrimonio lingüístico español, unas 650 comienzan con *a*, que son las más abundantes, y dentro de este grupo, las que comienzan con *al-* llegan a sobrepasar las 300. De esa lista, que me tropiezo estudiando para mis clases de español, he reconocido 71: *Alá, alacena, alacrán, alambique, alarido, alazán, albacea, albahaca, albañal, albarán, albarda, albaricoque, alberca, albóndiga, albornoz, albricias, albufera, albur, alcabala, alcahuete, alcaide, alcalde, alcancía, alcanfor, alcántara, alcaparra, alcaraván, alcarchofa, alcatraz, alcázar, alcoba, alcohol, Alcorán, aldaba, aldea, alfaguara, alfalfa, alféizar, alfeñique, alférez, alfil, alfombra, alforja, algarabía, algarroba, algazara, álgebra, algodón, algoritmo, alguacil, alhaja, alharaca, alhelí, alicante, alicate, aljibe, aljofaina, almacén, almanaque, almea, almibar, almiral, almizque, almofariz, almogávar, almohada, almojarife, alquiler, alquimia, alquitrán y alubia.*

Y todos estos sonidos a la vez conocidos e importados, reunidos así con sus parientes más cercanamente consanguíneos, me disparan una enredadera de meditaciones estrafalarias y



caprichosas, como la lengua. Unas cuantas de esas palabras me traen otras imágenes:

- *alacrán*, que la siento tan venezolana, pero es una palabra tan desértica... y venenosa, como *almizque* (o más bien *almizcle*), sustancia poderosa;
- *alambique*, que es una palabra como ebria, tan llena de *alcohol*, por dentro y por fuera;
- *alazán*, que tiene que ser árabe porque árabes son todos los caballos del mundo, ¿no?;
- *albóndiga*, que es tan carnívora, tan redonda, tan comelona;
- *albornoz*, que siento como muy de monje capuchino, lo cual no es muy árabe, pero, al final, la vestimenta de los monjes se parece a la de los apóstoles, que eran primos de los árabes;
- *alcancía*, porque ¿qué es más ahorrativo que un árabe?; ¿y *alquiler*?, ¿y *albarán*?, ¿no son también formas de juntar monedas?
- *algazara*, que suena tan a tertulia española, pero ¿qué es más español que lo árabe?; quizá solo los *alaridos*, la *algarabía*, la *alharaca*;

Hay otra dulce palabra árabe que nos confunde a todos por su orientación sex... perdón, por su género gramatical. Otro día, cuando recupere alguno de mis discos de Celia Cruz, escribiré sobre ella.

ariadnavoulgaris@gmail.com

Año III / N° LXXX / 2 de noviembre del 2015



Grupo musical Cíncopah, dirigido por Francisco Zapata Somaró, le canta a Roberto Ruiz, director del Coro de la Facultad de Humanidades y Educación

## El genio de la lengua

Azury Mendoza

La risa casi sardónica de Shazzan, personaje de la serie animada homónima, resuena claramente en mi cabeza cada vez que me topo con ese concepto con el que se describe el talante particular de cada convención de lenguaje.

Quizá la carcajada mordaz del genio animado no sea gratuita del todo, puesto que de acuerdo a los entendidos en la mitología semítica, los *djinn* /dʒɪn/ son portadores de un potente poder creador relacionado con el fuego y el humo, y también con la oscuridad, lo demoníaco.

El *genio* de nuestro español venezolano no se parece al personaje de argollas en las puntiagudas orejas, corte krishna y barba a lo Nottingham, cadenas de oro, chalequillo sin botones, pantalones bombachos y zapatos puntiagudos: se viste a la última moda, tiene un talento especial para detectar *chinazos*<sup>16</sup> y armar *chalequeos*<sup>17</sup> perpetuos, no 'pela' una parrillita con cerveza (aunque no le hace remilgos al whisky, para revolverle el hielo con el índice), hace amigos con facilidad y abraza a todo el mundo.

16 *Chinazo*. Voz venezolana usada cuando una persona dice algún comentario que lo expone a un doble sentido, por lo general, de contenido sexual.

17 *Chalequeo*. Burla, chanza entre amigos.



Tampoco ha podido resistirse a la tendencia perniciosa e innecesaria de amplificar conceptos, de confundir *sexo* con *género* y en un ánimo general de ‘congraciamiento’ con las minorías excluidas, complica todavía más los de por sí complicados textos científicos, legales u oficiales. Igualmente, se ‘empata’ en la onda de separar artículos de sus preposiciones naturales, bautiza hijos con nombres tipo Frankenstein, acorta palabras y se apropia de neologismos con un desparpajo que haría convulsionar a nuestro filólogo de cabecera, don Andrés Bello. Aquí algunas muestras:

- “El decano de Medicina de la UCV le responde al *minpopo* de Educación”. Truncatura que resuelve muy bien el derrame de adjetivos y preposiciones del cargo que, de paso, se llevaría dos de las tres líneas del titular. Ah, sí, también recoge sin querer queriendo la verdadera naturaleza de muchos de nuestros *MinPoP[ó]s*.
- “No es un pordiosero. Es un hombre *en situación de calle*”. Florida frase que fracasa en su propósito de embellecer la realidad de quien la padece.
- “¡Yo soy el voceador oficial de esta parada!”. Creativa justificación para cobrar al chofer los gritos que anuncian la ruta de la camioneta a los pasajeros potenciales.
- “Tengo un postgrado en Psicología Forense: hablo con los muertos”. Ingeniosa forma de decir que es espiritista.
- “Efrfriendlyns Jhesvergreen Mc’Namara Guevara Marcano”. No es un trabalenguas, sino el nombre completo de una chica

Los participantes del taller *La producción del texto argumentativo* no se pierden ni una palabra de la profesora Jeannette Sánchez. A la izq., Efraín Gavides; primer plano, Félix Rigaud

venezolana cuyo documento de identidad circula por la web.

Ante tanta chispa creativa, un amigo oriundo de Trinidad y Tobago me preguntó en su muy candoroso y académico español: “¿Qué es de pinga?”. La respuesta que le di debió haberle sonado como un balido de *Kaboobie*<sup>18</sup> mientras, disimulada en las matas, podía verse la sombra de nuestro Shazzan venezolano, estremeciéndose calladita con su *¡jo, jo, jo, JO...!*

azurybrian@gmail.com

Año III / N° LXXXI / 9 de noviembre del 2015



## Las imágenes del habla Efraín Gavides Jiménez

Nuestro escritor Jesús Enrique Barrios nos ha ilustrado con un maravilloso prodigio: “El poeta oyó el canto del pájaro y lloró. Música y lágrima cayeron al río. Entonces la poesía se hizo sal de salvación humana y bendición del mar para que la gente se dedicara a cantar”.

18 *Kaboobie*. Camello de Chuck y Nancy, personajes todos de la serie animada *Shazzan*.



En el habla cotidiana, si bien muchas veces aquel canto carece de musicalidad, sin dudas está presente, muy particularmente, el indefectible recurso retórico del que la poesía no puede prescindir, la imagen poética.

Es menos fácil aclarar lo que son y cómo se construyen las imágenes poéticas que apropiarse de ellas, como tan bien lo demuestra el venezolano. ¿En cuántas ocasiones Pedro no ha enterado a su compadre de que su mujer le es infiel? Pero muy lejos de que esta frase sea un arcaísmo, preferirá informarle que «le pone los cachos», que «alguien le está soplando el bistec» o que «ella se le montó por la acera». Sí, somos artifices (cuando no autores la mayoría de los casos) de esa suerte de imprecisiones lingüísticas, aunque tan figurativas como triviales y, por ende, predilectas frente a términos formales, raros e incómodos (o ignorados por el lexicón) como *adulterio*.

No escapa de la elocuencia la llamada jerga hamponil caraqueña, la cual se complace en el empleo de imágenes. Un ejemplo: al sentimiento de hermandad, de profunda amistad, se suele honrar con un «el mío» o «mi causa», y con el entrañable «mi color».

Además, es ya legendario el genio imaginativo del venezolano al asignarle un apodo a su compatriota para celebrar sus caracteres. Así, al gordito se le llama «arepa con todo», al negrito le decimos «forro de urna» o «noche sin luna», y al contrario de este, «pan de leche».

Si hay algo innegablemente poético, fraternal, sublime, es el vínculo filial, la figura progenitora,

Saberes compartidos entre el profesor Jefferson Martínez y los participantes del taller *Español como lengua extranjera y variedades del español americano*

cosa que desde luego también suscita imágenes, porque numerosas veces nos ha embromado en la autopista o en el supermercado «la mamá de las colas», y en cualquier octubre hemos sido empapados por «el papá de los palos de agua».

Y es que hasta a nuestra gama de refranes populares como *agua caliente, raspa marrano*<sup>19</sup>, o *como cucaracha en baile de gallinas*<sup>20</sup> o *morrocoy no sube palo ni cachicamo se afeita*<sup>21</sup> —extraordinarias imágenes poéticas—, se suman esos peculiares símiles que nos permiten explicar nuestro nivel de valentía: «no me intimidas ni prendido en candela», exponer nuestros reproches: «eres más agarrado que tuerca de submarino», o describir nuestra fatiga: «esto está más largo que desfile de culebras».

Al parecer, todos somos poetas o estamos —¿por qué no aceptarlo?— bendecidos por ese mar de criollísimas imágenes poéticas.

gavidesjimenez@gmail.com

Año III / N° LXXXII / 16 de noviembre del 2015



19 Lo duro escuece, duele. Lo ingrato desagrada.

20 Peligro, temor, susto. Persona fuera de medio. Situación inapropiada o inconveniente.

21 Reflexión sobre la imposibilidad.



## **Adivina, adivinador** **Edgardo Malaver Lárez**

Quien ha leído *Zárata* (1882), la novela de Eduardo Blanco (1838-1912), sabe que poseer el supuesto don de la adivinación no lo salva a uno de nada. En el capítulo “Sibila y madre”, tercero de la segunda parte, el enigmático Oliveros, mediante un astuto ardid a la vez despiadado y teatral que despliega en medio del monte, acorrala a Tanacia, la adivina que lo ha acompañado en toda su carrera de fechorías, y la obliga a revelar que Cascabel, su hijo y uno de los espalderos de Oliveros, es un traidor y que debe pagar por ese crimen. Por más que intenta evitarlo, la bruja no tiene más escapatoria que “adivinar” lo que su amo ya sabe y todos sus conjuros terminan cayendo sobre Cascabel. O sea, no se cree Oliveros que Tanacia sea realmente adivina, solo la utiliza: para mantener su autoridad sobre los demás delincuentes, recurre a los sortilegios de la madre para señalar al traidor, que no termina con vida la escena.

En el Antiguo Testamento, los adivinos debían ser “muertos a pedradas” (Levítico 20, 2), pues violentaban la confianza total y desprendida que el pueblo judío debía sentir por Dios. El cristianismo heredó esta actitud y desde los tiempos de san Pablo se ha defendido de la práctica de la adivinación. Los griegos, al contrario, y luego los romanos, favorecían muchísimo la búsqueda de advertencias sobre lo que traería el futuro y de pistas sobre lo que habría que hacer para evitar... lo inevitable. Quien ha leído *Edipo Rey*, la tragedia de Sófocles (496-406 antes de Cristo), sabe lo que pasa cuando se obedece al pie de la letra el oráculo.

El español en la *Tertulia poética* 2015 representado por las estudiantes Ogeth Verónica Vásquez, izq., y Andreína Aranguren; Edgardo Malaver como coordinador

Qué curioso, ¿no?, que el verbo que utilizamos para indicar, como diría el diccionario, que alguien es capaz de conocer lo que está aún por suceder, lo oculto, lo ignorado; acertar en la respuesta a lo desconocido por medio de conjeturas o por azar; e incluso vislumbrar lo que ha de venir o suceder, comparta raíz con otra palabra que se refiere a Dios, el omnisciente, el único que “sabe la hora” del fin de todo (Mateo 24, 36). ¿O quizá no es tan curioso?

En español, *adivino* está compuesto por el prefijo *a-*, que sugiere aproximación, tendencia hacia algo; la raíz *divin-*, proveniente de *divinus* (adjetivo), que, en latín, equivalía a ‘todo lo relacionado con un dios’, y, naturalmente, la terminación de género y número. En Roma, la adivinación era una gracia que concedía alguno de los miles de dioses en que creían los romanos, por lo que quien la recibía era llamado también *divinus* (sustantivo), hombre que tenía algo de divino, adivino. Adivinar, entonces, es aproximarse a lo divino, tender a tener la condición de dios, por el mismo mecanismo morfológico por el que un ahijado de alguien se acerca a ser su hijo; atesorar es aproximarse a tener un tesoro; afearse es ir volviéndose feo.

Adivino que no muchos lectores encuentran muy aleccionadoras estas afirmaciones, pero me contento con aminorar con ellas mi propia sed de ideas. El conocimiento comienza siempre con



una pregunta, una conjetura, una búsqueda, y ser capaz de llegar a la verdad exige un esfuerzo que nos adivina, que nos avvicina con Dios... o con los dioses, si no cree usted en ellos. Adivinar, en el sentido moderno, no es tampoco tan pecaminoso. Quien ha leído *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873), de Julio Verne (1828-1905), ya sabe que no se puede adivinar todo lo que uno desea, pero también que los cálculos más rigurosos pueden estar equivocados y, aun así, dar en el blanco, todo está en hacerlos pasar por la experiencia.

emalaver@gmail.com

Año III / N° LXXXIII / 23 de noviembre del 2015



## Son tiempos de cambios Sara Cecilia Pacheco

No, estimado lector. No es un error mío. Desgraciadamente al parecer en Venezuela no son tiempos de cambio sino de cambios. La escasez ya tan arraigada y acentuada nos ha hecho recurrir al trueque. Usamos, y me incluyo, las redes sociales para anunciar u ofertar. Llevo pocos meses en esto, pero recuerdo que una de mis primeras publicaciones en el grupo de trueques de Facebook no fue bien entendida. Yo tenía pañales talla M que mi bebé había dejado y buscaba pañales XG y escribí: "Cambio pañales talla M por talla XG". A lo que varios respondieron que tenían pañales talla M. Tuve que aclarar qué tenía y qué necesitaba. De todos modos no tuve éxito. Las tallas más grandes son las más escasas. Pero desde ese momento estoy pensando por qué se habrían confundido. Para mí está clarísimo que si digo que cambio algo es porque lo tengo. El diccionario de la Real Academia da esa como tercera acepción de cambio.

3. tr. Dar o tomar algo por otra cosa que se considera del mismo o análogo valor. *Cambiar pesos por euros.*

Parece evidente que en la frase cambio A por B, A es lo que tengo y B es lo que necesito, pero a la mayoría de los hablantes no les queda del todo claro. Aquí tengo un ejemplo del mes de julio:



Y este otro del mes de octubre:



Como verán, tener una foto tampoco ayuda. No entiendo qué nos lleva a pensar que A y B son intercambiables. Según la web Definición.de (<http://definicion.de/cambio/>), el verbo *cambiar* se usa

como sinónimo de *reemplazar*, *permutar* y *sustituir*. En el caso de *reemplazar*, queda claro que el primer elemento, es decir, A, es el que tenemos y el que irá en su lugar es B. Por ejemplo: Debo reemplazar estos diputados por unos nuevos. Y así me quedo hoy sin saber por qué la gente se confunde tanto con el verbo cambiar en su acepción más parecida al trueque. Y pronto sabré si Venezuela vive solo tiempos de cambios o también tiempos de cambio.

sarace.pacheco@gmail.com

Año III / N° LXXXIV / 30 de noviembre del 2015



## ¿Cómo se llaman los números?

**Efraín Gavides Jiménez**

Ya es archiconocido el hechizo de los números. No es poca cosa poder formar una ilimitada cantidad de ellos con tan solo diez dedos, o mejor dicho, símbolos (es que en la antigüedad comenzaron a contar con los dedos, de allí el sistema decimal), y en ello se parecen al alfabeto, pues con pocas letras formamos un sinfín de palabras.

En un rito anterior el profesor Malaver me hacía recordar la existencia de números redondos, geométrico epíteto que le concede la lengua a un conjunto de números que son siempre elegantes, envidiables. Considero admirable ese prodigioso empeño del lenguaje de adjetivarlo todo, y, en el caso de los números naturales (1, 2, 3, 4...), ya tenemos una muestra atractiva, interesante.

La redondez de los números es solo una parte del polimorfismo que los nombres recibidos le otorgan: aquel que resulta de multiplicar dos números iguales se llama «cuadrado» (4, 9, 100); la multiplicación de dos consecutivos (6 y 7, digamos) nos dan un número «oblongo» (42); a un número como el que renovará el calendario dentro de cinco años, el 2020, lo llamamos «ondulado» (análogo a las palabras *baba*, *pepe*, *papa*, *yoyo*); y a ese número que leemos de igual forma partiendo de derecha o de izquierda, como el 252, le decimos «palindrómico».

Algunos grupos de números tienen —o les hemos reconocido— afinidad con otros, y a esos también los bautizamos. Al grupo de los que comparten que solo los divide el uno y ellos mismos les decimos «primos» (2, 11, 31); números como 6 o 28, la suma de cuyos divisores resulta igual a sí mismo ( $28 = 1 + 2 + 4 + 7 + 14$ ) son del grupo que ha merecido el título de «perfectos»; existe igualmente el grupo de parejas de números «amigos», en el cual uno es perfecto para el otro y viceversa.

Gracias a los más diversos apelativos los números adquieren incluso temperamento. Llamamos «curioso» a todo número cuadrado que deja asomar al final su número base ( $62 = 36$  o  $52 = 25$ ); un número «ambicioso» es el que obtiene uno perfecto al sumar sus divisores; y el que llamamos

Celebrando el Día de la Mujer en la Sala Anfiteátrica de la Escuela de Educación: Adicea Castillo acompañada de Juan Manuel Hernández



«intocable» no representa la suma de los divisores de ningún otro número.

Puesto que usted, curioso lector, así como de las letras es amigo de los números, le invito a indagar por qué existe también aquel número llamado «abundante», «deficiente», «compuesto», «sociable», «apocalíptico», «malvado», «feliz», «infeliz», «hambriento», «afortunado», «narcisista», «odioso», «poderoso» o número «raro»; no olvidando que, por ejemplo, en el lenguaje matemático, 6 siempre será 6, pero en español (al menos) le diremos seis, compuesto, par, oblongo, natural, entero, real o perfecto.

Aprovecho estas líneas para especular en cuanto a que las palabras y los números no caben de contentos en su propio imperio, en su propio infinito; pero, en esplendor, ese imperio e infinitud, en las palabras, parecen mucho más intocables, acaso por su carácter evolutivo, por su aspecto conmovedor, su encanto, fascinación, y definitivamente por tener protagonismo en cada alias puesto a los números. Si con ellos sustituyo dos términos en una máxima de Borges —sí, cual variables en una ecuación—, me apropio de ella y concluyo este rito: “El número vive en el tiempo, en la sucesión, y la mágica palabra en la actualidad, en la eternidad del instante”<sup>22</sup>.

gavidesjimenez@gmail.com

Año III / N° LXXXV / 7 de diciembre del 2015



22 El texto original contiene, en vez de número, “hombre”, y en vez de la mágica palabra, “el mágico animal”. Jorge Luis Borges, en “*El Sur*”, Ficciones (1944).

José Alejandro Martínez, investigador del IFAB y profesor de la Cátedra de Estudios Lingüísticos en la EIM

## El rito milenario

Alison Graü A.

Una de las razones por las que me motivé a escribir un *rito* es por el significado de esa palabra y lo que denota en el habla.

La Real Academia Española define la palabra de la siguiente forma:

1. m. Costumbre o ceremonia.
2. m. Conjunto de reglas establecidas para el culto y ceremonias religiosas.

Luego de saber el contenido profundo que guarda, esta ‘palabrita’, por muy simple que parezca, es extremadamente compleja y digna de respeto.

El rito evoca lo religioso, lo íntimo del ser humano con sus creencias, pero qué más humano que el lenguaje, y qué más ritual que la materialización de la lengua.

Cada vez que le damos forma al pensamiento, por medio del habla o de la escritura, invocamos los espíritus de la humanidad; resucitamos esos seres milenarios, esas culturas antiguas, esas voces arquetipales; y al final ratificamos nuestra especie como una congregación religiosa que tiene en común la veneración y sumisión a su dios: el lenguaje.



“Las palabras tienen alma”, dijo no hace muchos años Walt Whitman. Vaya que nuestro poeta, poeta del aire, del agua, del hombre y mujer, del niño y anciano, tenía muy claro el sentido de lo ritual. Las palabras se mueven, respiran, se alimentan y reproducen, pero se diferencian del hombre en que estas primeras prevalecen, son inmortales. Y como sabemos de su inmaterialidad, de su espiritualidad casi tangible, nos hemos convertido en chamanes que evocan almas de antepasados que en sí habitan desde siempre en nuestra voz.

alison\_grau@hotmail.com

Año III / N° LXXXVI / 14 de diciembre del 2015



### **¡Jesús, María y José!** **Edgardo Malaver Lárez**

Son los nombres más famosos y frecuentes de la cristiandad. Y toda su fama se inició con un acto de fe: el de María, que confió en que aquella voz que oyó un día, que le dijo que iba a tener un hijo aun siendo virgen, le daba un mensaje de Dios. Toda la historia de Occidente y de parte de Oriente se pobló a partir de entonces de la historia de estos tres personajes, de sus vidas, de sus palabras y, literalmente, también de sus milagros...

Parece que no fue Jesucristo el primero que se llamó Jesús: hay quienes arguyen que, por ejemplo, Barrabás se llamaba también así y que esa coincidencia permitió a los sacerdotes judíos confundir al pueblo cuando Pilato preguntó a quién

liberar. Del *Iesoûs* que utilizan los evangelistas hasta el *Jesús* de hoy, aunque las alteraciones no luzcan significativas, ha sucedido de todo en todas las áreas; también en las lenguas que han aparecido después de Cristo, pero todo parece haber transcurrido en un decir Jesús. La abundancia de significados, metáforas y resonancias de este nombre cubre de tal modo la vida cotidiana, que en algunos países se recurre a él para desearle salud al que estornuda. Pero si leyéramos a Fray Luis con más entusiasmo, tendríamos más opciones, puesto que, según él, el “Hijo del Hombre” también se llama Pimpollo, Camino, Pastor, Príncipe de Paz, Esposo, Cordero, Amado e incluso, después de todo, Jesús. ¡Por los clavos de Cristo!

María, su madre, tiene un lugar privilegiado en el cariño de los creyentes, y su nombre, el más invocado por las madres que piden protección espiritual para sus hijos en peligro, tiene tantas variantes, que las letanías son, ni más ni menos, eso: otros nombres de la Virgen, imágenes de lo que representa para los fieles. Las mujeres de la actualidad llamadas Miriam —probablemente la forma más antigua del nombre—, Mariana, Mariela, Marilyn, en el fondo, tienen en común más de lo que creen con la madre de Jesús. Durante un tiempo, antes de la Edad Media, se le consideró demasiado sagrado para bautizar con él a las



Dubraska Machado, pasante de la Unidad de Extensión, interviene con una pregunta para satisfacer sus dudas

cristianas; sin embargo, en España, el año pasado, solo Lucía fue más frecuente en los registros de nacimientos de niñas. ¡Ave María!

El acto de fe de José, que también oyó una voz que venía del cielo, fue el que dio lugar a la familia que educó a Jesús. Y hoy Aquiles Nazoa canta cada diciembre: “Pues tiembla la Virgen bella / él se quita en el camino / su paltocito de lino / para ofrecérselo a ella”, y uno se lo imagina siempre en actitud de ángel custodio, de padre cuidadoso, de esposo protector. En Venezuela, la toponimia ha sido generosa con él: San José de Areocuar, Sucre; San José, Caracas; San José de Barlovento y San José de Río Chico, Miranda; San José de Guaribe, Guárico; San José del Sur, Mérida. José es el nombre de varón más común en Venezuela.

El ‘Salvador’, la ‘Doncella’ y el ‘Humilde’. En dos mil años de historia, estos tres nombres se han combinado entre sí y con casi todos los demás nombres cristianos, judíos y de otras culturas, e incluso han adquirido la facultad de ser femeninos o masculinos, según se requiera. Tenemos Jesús María, Jesús José, María [de] Jesús, María José, José María, José [de] Jesús. Y si usted cree que el cantante mexicano José José ha llegado a un extremo al repetirse el nombre, échele un vistazo a la partida de bautismo de don Andrés Bello, para que descubra su nombre completo: Andrés de Jesús María y José. Todo un acto de fe.

emalaver@gmail.com

Año III / N° LXXXVII / 21 de diciembre del 2015



José Luis Ares recibe de Isabel Matos el certificado por su participación en la *Semana del Idioma y Centenario de la Ciencia Lingüística*

## El primero que cayó por inocente

Edgardo Malaver Lárez

No hay dificultad alguna en comprender que la expresión *caer por inocente* que se usa en Venezuela —en otros lugares de América Latina existen otras— y las bromas, ligeras, pesadas o muy pesadas, que la acompañan cada año ya cerca del final de diciembre tienen su raíz más primigenia en la conocida Matanza de los Inocentes ordenada por el rey Herodes el Grande (¿73?-4 antes de Cristo) aproximadamente en el año 6 antes de Cristo, para evitar que el Mesías anunciado por los profetas llegara a la adultez y le arrebatara el poder. Cada 28 de diciembre por la mañana, cuando usted no se ha percatado aún de la fecha, siempre hay alguien que le sirve un café con sal, recibe una llamada en que le informan que han robado en la casa de su madrina, le esconden el zapato derecho de cada par, y cuando ya usted no puede soportar más la contrariedad, le lanzan entre chanzas la verdad de todo: “¡Caíste por inocente!”. Los periódicos acostumbran poner en la primera plana una noticia avasallante y totalmente inesperada desde todo punto de vista; interesado en el suceso inusual, el lector compra el periódico solo para descubrir en las páginas interiores que era una broma típica del



28 de diciembre. Y él mismo termina diciéndose: “¡Caíste por inocente!”.

¿En qué infame momento de la historia dejaron los cristianos de recordar este acontecimiento como una tragedia horrenda, profundamente dolorosa, para comenzar a bromear, a reír e incluso a celebrar por aquellas muertes tan tristes e injustas? ¿Qué produjo esta actitud tan incongruente? ¿Quién fue el primero que “cayó por inocente”?

Tengo la convicción de que la respuesta está en el Evangelio de san Mateo, que en apenas 12 versículos del segundo capítulo narra la visita de los llamados Reyes Magos al recién nacido Jesucristo. Cuando nació Jesús, cuenta san Mateo, unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén y preguntaron por el rey de los judíos que acababa de nacer “porque habían visto su estrella y venían a adorarlo”. Al enterarse, Herodes reunió a todos los sacerdotes para preguntarles dónde debía nacer el Mesías. “En Belén de Judea”, le respondieron, “porque está escrito: ‘Y tú, Belén, no eres la menor entre las ciudades de Judá, porque de ti surgirá un jefe que será el pastor de mi pueblo’”. Herodes entonces envió a los magos a Belén, pidiéndoles que le informaran del lugar preciso. Ellos partieron y la estrella que habían visto los precedía, hasta que se detuvo en el lugar donde estaba el niño. Se llenaron de alegría y, postrándose, le rindieron homenaje. Y como recibieron en sueños la advertencia de no regresar con Herodes, volvieron a su tierra por otro camino.

Ya casi no hay nada más que decir. Los magos obviamente no necesitaban la información que

recopiló Herodes. Fueron a Jerusalén porque era la capital del reino y ellos buscaban a un rey, pero la estrella igualmente iba a guiarlos hasta el lugar donde estaba Jesús. Los Reyes Magos le prometieron a Herodes que volverían para indicarle dónde ir a buscar a su víctima, y luego lo evadieron. Él les puso una trampa al darles toda la información que poseía, pero al final fue él quien cayó por inocente.

emalaver@gmail.com

Año III / N° LXXXVIII / 28 de diciembre del 2015



## El elogio de la hipérbole Efraín Gavidés Jiménez

Escribir un rito es tan invariablemente placentero que quien nos vea, al menos una vez, quejumbrosos en la imposibilidad de realizar nuestra tarea, dirá, evocando a Agamenón en aquella asamblea frente a los aqueos (*Iliada*, canto IX) y resucitando la voz de Homero: “Lloraba cual fuente que vierte sus aguas sombrías en un chorro humeante lanzado de altísima peña”.

Les diría: «¡qué exagerados!», pero me abstengo, porque quizás haya pocas representaciones



Ponentes y anfitriones en la celebración del Día de la Mujer en la comunidad Trاسبordo

mejores que la fastuosidad, el engrandecimiento, la grandilocuencia que sirven de alabanza o tributo a las sensaciones, a los objetos, al amor, a la naturaleza y, desde luego, también, a la propia lengua.

De los infinitos caminos por los que se desparrama el lenguaje, nos hallamos al final de uno con portón que da una bienvenida: “Español”; en labores de anfitrión, un coloso —como el de Rodas— nos guía en este rito: elogiemos pues, a la hipérbole.

En la literatura vemos —tantas veces como puestas de sol la humanidad— acudir a los poetas a múltiples figuras retóricas, y entre todas estas, la hipérbole es una de las más expresas, generosas, espléndidas, graciosas, versátiles, poderosas. En ocasiones, sin dejar de ser hipérbole, es una hermosa metáfora: “el amanecer no sabe lo mismo sin ti pequeña lumbre / el cautiverio de las rosas / ya no lame tus manos porque su servidumbre halló en tu / tristeza penumbra” (Gustavo Pereira); otras veces se viste de símil: “su corazón se deshojaba como una flor” (Ricardo Güiraldes), “mi cuerpo ardía como un diminuto sol” (Ednodio Quintero); y también suele ser prosopopeya, o una combinación de varias figuras a la vez: “donde las noches / parecen fugitivas del paraíso” (Ahmed Mohamed Fadel).

La hipérbole no solo sorprende verbalmente. Las construcciones de las Siete Maravillas de la antigüedad (jardines que aproximan a un imaginario paraíso, o imponentes templos y estatuas que diseminan la deidad en la tierra) no resultaron ser otra cosa sino maravillosas hipérboles. La composición de los *Cien sonetos de amor* con los que Neruda ensalza a su adorada Matilde,

sentimiento fraternizado en el verso “matorral entre tantas pasiones erizado” (soneto III), fue igualmente una manifestación hiperbólica de amor.

Parte del encanto de los refranes que se hablan en Venezuela se debe a sus peculiares hipérboles; por eso, si algo es muy bueno, «hasta el rabo es chicharrón»; si alguien carece de dinamismo en sus acciones «es más flojo que majarete hirviendo»; soy presa de un desfallecimiento porque «tengo un hambre que no la brinca un venado»; y, refiriendo distancias temporales, decimos que estos refranes son «más viejos que Matusalén».

La influencia de nuestra figura elogiada es tal que me aventuro a respaldarla con una selección (mínima, cual comida de pajarito) del diccionario venezolano de hipérboles cotidianas (inédito):

- **biblia:** dicese de un libro con varios centenares de páginas o con una cantidad de estas no deseable.
- **carnicería:** corrección copiosamente desfavorable de exámenes de materias y asuntos complejos.
- **cocos:** véase melones.
- **matachivo:** un golpe para nada propinado con docilidad.
- **melones:** voluminosas prominencias o relieves en el pecho femenino.

Juan Manuel Hernández, padre del proyecto Trasbordo sustentable, presenta al cantate Grevik Lecuna en la apertura de la celebración del Día de la Mujer el 8 de marzo de 2015



- **molotov:** en menú de perrocalentero, un tipo de hamburguesa con innumerables ingredientes.
- **muerte:** una situación exigente físicamente. Ejem. Embarque y desembarque en el Metro de Caracas.
- **paliza:** sufridísima derrota del equipo favorito.
- **terremoto:** niño o niña con inagotable energía y de hiperactividad enorme, desmedida, descomunal.

Como vemos, ante cualquier fenómeno que pretenda ser descrito, caracterizado, celebrado, imaginado, en fin, definido, siempre, inevitablemente, estará el asedio —como pelotón de hormigas al azucarero— de una hipérbole.

[gavidesjimenez@gmail.com](mailto:gavidesjimenez@gmail.com)

Año III / N° LXXXIX / 4 de enero del 2016



## ¡Matriculamos! Sara Cecilia Pacheco

Hoy, cuando íbamos entrando al edificio...

Alfredo: ¡Veciiinoos! Voy a aprovechar la colita con ustedes. ¿Cómo están, mis hijos? ¡Feliz año! ¿Cómo la pasaron?

Sara: Bien, señor Alfredo... ¡Feliz año! ¿Y usted cómo lo pasó?

Alfredo: Bueno... ¡Matriculamos! Bueeeeno... Ustedes saben cómo está la cosa... pero ¡Matriculaaamos! que es lo importante...

Sara Pacheco, integrante de ProEventos, participa en el espacio de preguntas para aclarar una duda en el área de investigación; atrás, Jesús Morales y Oriana Mejías

Sara: Sí, gracias a Dios... Hasta luego, señor Alfredo.  
Alfredo: Hasta luego, mis hijos.

De ese pequeñísimo intercambio amable me llaman la atención dos cosas. La primera: ya es 10 de enero y nos seguimos dando el ¡feliz año! No es que sea bueno ni malo, ni anticuado ni moderno, ni pueblerino o caraqueño. Lo hacemos y lo hacemos porque sí, porque siempre lo hacemos y mañana en el trabajo seguro repartiré “felizaños” por doquier. Quizá algunos se resisten o se resisten por algunos años, pero siempre lo hacemos. Si no has visto a esa persona desde diciembre o desde el enero pasado, lo saludas con su feliz año. Se nos brota. O, por decirlo de algún modo, no se lo negamos a nadie. El porqué, lo que es a mí, no me importa.

La segunda: ¡Matriculamos! Ese sí no “te” lo digo yo... El señor Alfredo me lo dijo al principio con aquel tono de “Al menos hay salud” y luego como queriendo animarse a sí mismo. ¿En qué nos matriculamos? Pues en el 2016. Veamos qué significa *matricular* para el DRAE:

matricular. 1. tr. Inscribir o hacer inscribir el nombre de alguien en la matrícula. / 2. tr. Inscribir un vehículo en el registro oficial de un país o demarcación. / 3. prnl. Dicho de una persona: Hacer que inscriban su nombre en la matrícula.



Claramente el señor Alfredo no habla de habernos inscrito en nada. Por cierto, en Venezuela no se usa el verbo *matricular* para referirnos al registro de datos o pago de aranceles, para eso se usa *inscribir*. Y a pesar de que los carros lleven matrícula, también conocida como placa, nunca los llevan a matricular. A los carros, como a la gente, “les sacamos los papeles”. De hecho, creo que matricular solo se usa en esa expresión sobre el año nuevo.

Giovanna D’Aquino en la introducción de su trabajo *Léxico venezolano en el DRAE: letras A y B* (2010, p. 26), nos da una pista más:

Un venezolano que no quiera mencionar directamente la palabra *morir* cuenta con expresiones que van de lo más general, como *fallecer, fenecer, expirar, irse con los angelitos, pasar a mejor vida*, entre otros, a lo más peculiar como *estirar la pata, panquear, colgar los tenis, pasar el páramo, no matricular, pelar gajo/patín/bola* y hasta *pintarle* (a alguien) *su muñequito’e tiza en la acera*.

Aquí está, lo que me quiso decir el vecino más amable del edificio es que llegamos con vida al 2016, y en un país donde se dice que matan un ciudadano cada media hora, es tremenda manera de decir feliz año. Así que, mis queridos riteros, solo me queda decirles:

¡Feliz año!  
¡¡¡Matriculamos!!!

Nutrida asistencia al Club de Lectura con Karl Krispin; Sara Pacheco al final de la primera fila en azul

## Referencias

- D’Aquino, Giovanna (2010). “Léxico venezolano en el DRAE: letras A y B”. *Boletín de Lingüística* 34, 25-40.
- Real Academia Española (2014). *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa.

sarace.pacheco@gmail.com

Año III / N° XC / 11 de enero del 2016



## Niños de pecho Edgardo Malaver Lárez

Para Miriam Lárez,  
literalmente mi primera *alma mater*,  
por el Día del Maestro

Primero les pareció que *coger* era siempre y en todas partes vulgar y les dio por decir *agarrar* en todo lugar y momento; después no quisieron decir más *hacer* porque era informal y comenzaron a decir *realizar* para parecer educados; más tarde les dio la fiebre de que *poner* no debía usarse porque eso era lo que hacían las gallinas, y desde entonces dicen *colocar* hasta cuando se ponen a llorar. Hay



un zancudo que sobrevuela una pobladísima nube de hablantes, los marea y les inculca una gripe a causa de la cual, de la noche a la mañana —o más bien de un canto de gallo a otro—, dejan de decir lo que es lógico, habitual y congruente para hundirse en el desbarajuste y el sinsentido. Todo esto, sin embargo, puede llegar a entenderse, porque, al fin y al cabo, así evolucionan las lenguas. A mí lo que me molesta es el bendito zancudo.

Un día ese zancudo le picó a un representante estudiantil, y este, sin tener memoria de los siglos de existencia de la lengua que hablaba, comenzó a evangelizar a los demás diciéndoles que la palabra *alumno* era, nada menos, un insulto para los estudiantes. Su idea principal era —aún es, porque la prédica no cesa— que alumno se componía del prefijo *a-* (negación) y la raíz *lumen* ('luz'); o sea, que un alumno es al final alguien que carece de luz. Una de las ideas secundarias era que, vistos así, los alumnos habían sido sometidos desde tiempos antiguos a la voluntad de los iluminados profesores, que se creen dueños de todo el saber humano, al cual les dan acceso solo a cuentagotas y mediante reprochables prácticas y actitudes autoritarias.

¿Los sin luz? Ciertamente parece un insulto. Sin embargo, ese pretendido desmontaje morfológico de la palabra y su desafortunado resultado revelan un enorme desconocimiento de su dignísimo significado, su etimología y, también, del español, del latín y de la historia y el funcionamiento de todos ellos. No hace falta consultar el diccionario de cabecera de Cicerón para descubrir que *alumnus* era en Roma un participio del verbo *alo* ('alimentar'),

es decir, era lo que ahora se llama una palabra primitiva, no derivada. Un *alumnus* era 'aquel que es alimentado por otro', y más originariamente, un 'niño de pecho'.

Más tarde debe haberse empezado a llamar alumnos a los niños que aprendían de un maestro, porque intelectual y espiritualmente también estaban alimentándose de él. Por una buena razón, más tarde todavía, se llamó *alma mater* a las universidades, porque en el terreno de los conocimientos, la universidad es la madre que nos nutre y nos forma altos ideales humanos. (Ah, alma y alto también provienen del verbo *alo*.)

Ser alumno, entonces, tendría que ser, por lo menos para nosotros los universitarios, tener ante nosotros todos los caminos abiertos, los caminos que han recorrido todos los hombres, pero que para cada hombre es un camino nuevo. Y la tarea de enseñarnos a elegir está en manos de nuestros maestros, que con propiedad pueden hablarnos de su paso por esos caminos. En vez de una época en que carecemos de luz, es una época en que descubrimos la luz que nos habita. Me acuerdo de Miguel de Unamuno, que una vez en una conferencia en Salamanca, ante una pregunta ingenua de un estudiante sobre Cervantes, le respondió, aproximadamente: *Adivino por su pregunta que usted no ha leído Don Quijote. Qué*



Edgardo Malaver dirige el Club de Lectura en honor a Simón Díaz realizado en el *Mes de los Idiomas* 2015; lo acompaña Isabel Matos

*afortunado es usted, que puede leerlo por primera vez e iluminarlo con los ojos de un niño.*

emalaver@gmail.com

Año III / N° XCI / 18 de enero del 2016



### **Mala mía** **Edgardo Malaver Lárez**

Este número de *Ritos* es una mera anotación en mi memoria. Es un registro del nacimiento de una nueva expresión, o, más precisamente, de la inserción de su partida de nacimiento en mi archivo principal propio e individual, el único al cual tengo acceso. Y así, es también la mera comprobación de que la lengua materna de uno es infinita. El acta, transcrita fiel y textualmente del libro del año 2016, dice así:

*21 de enero. Salgo de mi clase de la mañana a las nueve horas y treinta minutos y me siento a esperar a la estudiante Andreína Aranguren, tesista con la que he acordado encontrarme para decidir cómo reducir a límites controlables el inmenso corpus de su investigación sobre el Discurso de Angostura. Me llega un mensaje suyo al celular en que me pregunta si nos vamos a encontrar. Comprendo que mi mensaje de las siete de la mañana no le ha llegado. Le escribo que la estoy esperando y ella corre a la universidad. Llega cuando yo estoy saliendo, tarde ya, para ir a casa. Me dice: "Mala mía, profe, porque yo no lo llamé ayer". Me llama*

Asistentes al Club de Lectura en homenaje póstumo a nuestro inolvidable "Caballo viejo", Simón Díaz

*la atención la forma de decir que se adjudica la causa del desencuentro, pero sigo hablando con ella sobre una próxima entrevista. De camino a mi casa, no deja de resonar la expresión en mi mente. Me pregunto: "¿Querrá decir algo así como mala jugada mía, mala acción mía, en contra mía?". El asombro ya se ha apoderado de mí.*

Apenas han pasado cuatro días, y esta voz que nació el jueves no se apaga. Varias personas me han dicho cuando les pregunto: "Se dice hace mucho tiempo, todo el tiempo, ¿no la habías oído?, no te creo". No, no la había oído. Escribo "mala mía" en Google y este me lanza 52.904 resultados. (Uhm, ¿no tendrían que ser millones?) Sin abrir nada, porque esta vez no quiero leer nada que me contamine estos primeros comentarios, entiendo que ciertamente la expresión ha existido desde hace años. Veo una tienda de ropa en Buenos Aires, una canción del 2010, traducciones al inglés del 2006. Hoy, por esa causa, al ver que no tengo listo el artículo de esta semana, me decido a darle mi primer saludo... y a asentar aquí su partida de nacimiento.

emalaver@gmail.com

Año III / N° XCII / 25 de enero del 2016



## Baño de María

### Edgardo Malaver Lárez

Uno oye, a los siete u ocho años, a su abuela darle una receta de cocina a alguna vecina y decirle: "Lo pones en baño de María y después lo cueles", e inmediatamente se pregunta quién será esa María. Más tarde, como la expresión se le instala en la frente, por el lado de adentro, con una campana que tañe tres veces diarias, uno se imagina que esa María bien puede ser la madre de Cristo. Y por largo tiempo esa hipótesis aminora el tintín de la campanita. Y luego va uno al catecismo y oye tantas cosas bellas sobre la Virgen María, que se dice, sin preguntarle a nadie, que no hace falta pensar más: esa María que se baña es la Virgen, ¿quién más puede ser? La campanita casi se queda en silencio. Casi adulto ya, enamorado ciego y extraviado para siempre en la fascinación de los libros, tropieza uno en el Antiguo Testamento con las detalladas reglas que debían seguir las mujeres para asearse, y descubre así que la campana, sin llamar la atención de nadie, había estado tañendo más fuerte. Algún baño habrá tomado la pobre María que se hizo famoso. ¿Habrá sido el bautismo?

Qué lástima que no lo pregunte uno todo. Sin embargo, de haber preguntado y haber entendido antes, le habría parecido a uno menos placentero el placer de encontrar la respuesta, por infinito azar, en una revista de ciencia e historia que hace dos meses le aterriza a uno en las manos.

El *balneum Mariae* es, como bien lo sabe todo el que ha oído a su abuela comentar una receta de cocina con una vecina, un procedimiento de

calentamiento prolongado en que un recipiente es hundido en el líquido contenido en otro recipiente más grande. No fue el único procedimiento, artefacto o composición química ideada por María la Judía, de quien obviamente recibe su nombre. Todo el mundo ahora lo utiliza en la cocina, pero María la Judía, que puede haber nacido en el siglo I (o en el II) en Alejandría, Egipto, lo utilizaba en su laboratorio de alquimia para sublimar compuestos químicos. Casi todo es confuso en las notas biográficas que se encuentran sobre la sabia María, pero la existencia de los complicadísimos inventos que se le atribuyen, que coinciden con los descritos en los textos que firmó como autora, además de la seriedad de los autores posteriores que la citan y la alaban por su trabajo, contribuyen a que uno se convenza de que fue una persona real.

Entonces se dice uno que va a imperar, por fin, el silencio, pero... mentira, es apenas una la campana que se detiene. En su lugar resuenan ahora mil campanarios... pero no puede uno evitarlo: le agrada el sonido de las campanas.

emalaver@gmail.com

Año III / N° XCIII / 1º de febrero del 2016



Ogeth Verónica Vásquez recibe de Edgardo Malaver su certificado de participación por la lectura de poemas en español en la *Tertulia poética* 2015

## Dioses y mamarrachos

### Edgardo Malaver Lárez

Hay muchas formas de vivir el Carnaval. La más sencilla puede ser mirar los toros desde la baranda. Usted se para en la acera frente a su casa y se llena los ojos de colores y movimiento. Otra es disfrazarse de algo y unirse a un desfile. Otra, más costosa, sería viajar a un país en que el Carnaval sea el centro de la vida de la gente y trabajar todo el año para ganar algún premio por su traje, su forma de bailar o el tamaño de su carroza.

La mía es más bien aburrida. Abro *El Sol de Margarita* y me encuentro el título “Eligen a la soberana de los mamarrachos”. Es fácil imaginarse que estos llevarán disfraces disparatados, extravagantes o incluso feos y mal hechos. ¿Cómo habrá llegado esta palabra al Carnaval? ¿O será naturalmente carnavalesca y luego saltó al habla coloquial? Pues resulta que sí. Un *mamarracho* es una persona cuyo comportamiento hace reír a los demás, y se comporta así intencionalmente. Según la Academia Española, un mamarracho es un bufón. La palabra proviene del árabe.

Me tropiezo a dos parientes que se preparan para los desfiles del Carnaval, y me recuerdan la *mojiganga* que hace unos años se organizaba en Juan Griego. Qué palabra. ¿Mojiganga no era un bromear constante de los niños que los adultos consideraban fastidioso? Pues sí, pero en segunda acepción. El diccionario, en primera, dice: “Obra teatral muy breve, de carácter cómico, en la que participan figuras ridículas y extravagantes, y que

antiguamente se representaban en los entreactos o al finalizar el tercer acto de las comedias”. La tercera acepción dice: “Fiesta popular en la que se utilizan disfraces estrafalarios, especialmente de diablos y animales”. Eso es un carnaval.

Durante el Carnaval del Renacimiento, especialmente en las noches, como todo valía, los excesos de la carne no se limitaban a la ingesta, y por eso, según la tradición, debían usarse máscaras: pasados esos tres días, la vida seguía y no era cuestión de avergonzarse. La idea de aliarse para salir en comparsas (otra palabra bien particular) debe haber nacido de la necesidad de apoyarse entre parientes, entre amigos, entre colegas.

Sin embargo, la que se lleva el premio a la palabra más enrevesada en el vocabulario del Carnaval es *carnestolendas*. Casi nadie la usa, pero todo el mundo la entiende cuando la oyen en la televisión o en la radio. Las fiestas carnestolendas son los tres días anteriores a la Cuaresma. Es un *pluralia tantum* que se forma a partir de *caro*, es decir, ‘carne’, y de *tollendus*, del verbo *tollere*, equivalente a ‘suprimir’. El Carnaval, en los primeros tiempos del cristianismo, tenía el fin de “eliminar toda la carne” existente en el entorno, y para ello se permitía el desenfreno alimenticio, pues el Miércoles de Ceniza debía comenzar el ayuno y la abstinencia que preparaba para la Semana Santa.

Indira Valentina Réquíz se acerca al micrófono para ofrecerle su colaboración a Georges Bastin en relación con la historia de la traducción en Venezuela



Y esta práctica de concentrar en tres días del año el fandango y el bullicio, el exceso y la desinhibición, cubriéndose los rostros para desentenderse de las consecuencias, no podía carecer de un conductor. Y así, quién sabe si el pueblo, quién sabe si los poetas escogieron a un personaje mitológico de la Grecia antigua para que desempeñara esta función: Momo, el dios de la burla, de la ironía, de la crítica ridiculizante. Hijo de Nicté (la Noche) sin intervención masculina, Momo se ganó la enemistad de muchos de los dioses del Olimpo a causa de sus ingeniosas críticas y crueles burlas. Un día fue expulsado del panteón por esa razón y había estado desempleado desde entonces hasta que se le encargó ir al frente del jolgorio del Carnaval.

No deja de ser una forma de vivir el Carnaval, aunque sea solo como metáfora del imperio de la morisqueta.

emalaver@gmail.com

Año III / N° XCIV / 8 de febrero del 2016



### **De cómo las flores aprendieron a leer y escribir Edgardo Malaver Lárez**

¿Usted ha recibido flores alguna vez? Seguramente venían con una tarjeta que tenía escrito algún mensaje. De ser así, recibió usted flores analfabetas. Las flores, desde la antigüedad,

Edgardo Malaver, exalumno de George Bastin en la EIM, moderó la videoconferencia coordinada por él y su equipo HISTAL en la Universidad de Montreal, Canadá

han sabido leer y escribir, o por lo menos han permitido leerse y escribirse a hombres y mujeres, por lo menos a los enamorados, por lo menos a los que compartían amores secretos.

La mayoría de las fuentes afirman que el llamado lenguaje de las flores apareció en Constantinopla al principio del siglo XVII y que su época de mayor esplendor fue el romanticismo. Cualquiera diría que se trata de que cada flor evoca un sentimiento, una imagen o, entre los más osados, una propuesta. Una rosa roja simboliza una pasión encendida; una margarita, un pensamiento; un clavel, la amistad. Son como lugares comunes que aparecen en mil películas; los personajes de García Márquez, sin confesarlo, son especialistas en estos mensajes. Sin embargo, el lenguaje de las flores pertenece a un campo que se extiende al significado de plantas y frutas, e incluso de piedras y colores. E incluso va más allá: tiene todo un conjunto de reglas que, con toda propiedad, pueden llamarse sintaxis.

En 1857, se publicó en Nueva York un libro titulado *El lenguaje de las flores* y el de las frutas con algunos emblemas de las piedras y los colores, firmado por un Florencio Jazmín (probablemente el seudónimo de un grupo de autores). Existe una edición barcelonesa de 1864 ¡y una caraqueña de 1879! La sintaxis floral, según Jazmín, se divide en cuatro categorías gramaticales: sustantivo, adjetivo,



pronombre y verbo, y este en presente, pasado, futuro, infinitivo, imperativo y condicional.

El sustantivo “convendrá expresar por medio de una flor con su rama y sus hojas, es decir, en el estado en que la naturaleza presenta con más frecuencia el ejemplo: una rosa amarilla guarnecida de hojas quiere decir infidelidad” (p. 93). Para expresar un adjetivo, “se emplearán las flores en su estado natural, esto es, con sus hojas, pero cuidando duplicarlas: dos rosas amarillas con sus hojas quieren decir infiel” (p. 93). El pronombre se expresa en el libro de Jazmín, así: yo me: una hoja sola; tú me: dos; él le: tres; nosotros nos: cuatro; ellos les: cinco. Es frecuente que se supriman los pronombres de segunda persona en singular porque está implícito que los mensajes siempre van dirigidos de un yo a un tú. El verbo “se expresará en todas sus modificaciones por la flor con su pedúnculo desprovisto de hojas, es decir, sola y desnuda” (p. 93). El presente se construye con una flor abierta; el pasado, mediante la flor con semilla; el futuro, por la flor y su botón; el infinitivo, con dos flores semejantes sin hojas; el imperativo, con tres flores en el mismo estado, y el condicional, finalmente, mediante la flor acompañada de un ramo de la planta sin florecer.

Jazmín pone varios ejemplos, el más sencillo de los cuales es “¿Me amarás constantemente?”, y explica que el verbo se representará por medio de “una hoja de mirto con un botón y una flor de la misma planta” (p. 97), mientras que el adverbio será una rama de manzanilla. Agrega que todo esto irá atado por una cinta verde para indicar el verdadero sentido de la interrogación, que es la esperanza.

La Escuela de Idiomas Modernos promueve la cultura: la profesora de Interpretación de Portugués, Cleusa Williams, participó en el concierto denominado *Lo extraordinario en la música* en la apertura de la *Semana Extraordinaria 2015*

Veamos cómo se construiría la frase “Tu amistad hace mi dicha y tus virtudes son el lazo que me une a ti para toda la vida”, la más compleja que pone el libro. Es evidente en primer lugar que en realidad hay aquí dos oraciones, unidas por la conjunción y. La primera se podría “armar” juntando dos hojas y una rama de hiedra, una hoja y una rama de artemisa. La segunda estaría compuesta por dos hojas y una rama de hierbabuena, una rama de madreselva y una rama de alfalfa. Una cinta blanca, signo de pureza, sujetará el primer conjunto de flores y luego abarcará los dos ramos mediante un nudo para completar la oración.

Hay indicios de que en la Edad Media ya existía esta forma de comunicación. Sería harto atractivo, hoy, lo que podría descubrirse detrás de textos contruidos totalmente con estas reglas. Los analistas del discurso encontrarían todo un universo nuevo en que regodearse y descubrir relaciones de poder e intenciones ocultas entre el clavel y la rosa, que, dentro de un contexto bien concreto, han aprendido a leer y escribir.

emalaver@gmail.com

Año III / N° XCV / 15 de febrero del 2016



## ¡Ay, qué noche tan preciosa!

Edgardo Malaver Lárez

En la película *Vivir* (1952) de Akira Kurosawa, el protagonista, Watanabe, descubre que está a punto de morir y abandona a su familia, su trabajo, todo lo que ha sido significativo para él durante los 30 años anteriores para deambular, deprimido, por el mundo. En una de estas andanzas se tropieza con Toyo, una muchacha que trabaja con él y que es la personificación de la alegría. En cierta escena, en que Watanabe y la muchacha comen helados en un restaurant, detrás de ellos, un grupo de jóvenes tienen una torta en la mesa y cantan: “Happy birthday to you! Happy birthday to you!”.

Varios amigos que vimos la película juntos en 1990 volteamos inmediatamente hacia Emiko Hasuike, la única japonesa que conocíamos en la universidad y que estaba con nosotros en el cine. Ella, que aunque no necesitaba leer los subtítulos estaba demasiado concentrada como para percatarse de nuestra sorpresa, nos dijo al salir de la sala que la celebración del cumpleaños, y con ella la torta y la cancioncilla, habían sido introducidas en Japón por los americanos que llegaron al final de la II Guerra Mundial.

La canción de cumpleaños en inglés es francamente el *summum* de la simpleza, como lo es en francés, alemán, italiano, catalán, chino, árabe y casi todos los idiomas más conocidos: la escueta repetición del equivalente de la expresión *cumpleaños feliz*. En español resalta que el tercer verso no dice lo mismo que en los otros tres, aunque parece que en todas las lenguas en ese

verso se agrega el nombre del cumpleañosero. Sin embargo, la versión del cumpleaños en portugués merecería nuestros aplausos por su originalidad y variedad lexical, por su generosidad en deseos agradablemente expresados.

La estrofilla que se canta en Venezuela, por el contrario, parece un poema de Gustavo Adolfo Bécquer. Acabo de enterarme de que la canción, escrita por el venezolano Luis Cruz (1930-2012) en 1953 —es decir, que, en 1962, Marilyn Monroe hubiera podido cantársela a John Kennedy— se hizo notoria poco después, cuando Emilio Arvelo (1935-), para llenar un vacío que tenía en un nuevo disco, grabó la versión que todos conocemos. También se la canta de mil maneras: despacio, rapidísimo (porque a muchos les molesta, pero nadie deja de hacerlo), *a capella* casi siempre, acompañado con cuatro muchas veces, repitiendo fastidiosamente versos que no se repiten, o, en tiempos recientes, alterando jocosamente la letra para reírse del homenajeado. Y todo esto pasa en todos los rincones de Venezuela, en las más humildes condiciones de vida, en los más lujosos salones de fiesta.

En la noche del jueves 25 tendríamos que reunirnos los “más íntimos amigos” de *Ritos de Ilación* para cantarle, alrededor de una torta de tres velitas: “¡Ay, qué noche tan preciosa esta noche

Las Voces Eimistas del concierto *Lo extraordinario en la música* cantaron a coro la canción *Venezuela*: de izq. a der., Alexandra Rendón, Alejandra Rojas, Alejandro Sotillo, Marián Vázquez, Cleusa Williams, Franklin Ojeda, Digna Tovar e Iván Durán al cuatro



de tu día...". Nos comeríamos la torta entre los 19 autores que han puestos sus palabras entre nuestras páginas y tomaríamos fotos para que nuestros 392 seguidores sonrieran por nuestra alegría al vernos en Facebook.

Como pasa en la película de Kurosawa, lo importante no es la dificultad de llevar adelante la vida, sino la alegría de vivir. Desde este rinconcito lleno de papeles, como la oficina de Watanabe, que al final se sobrepone al dolor para volver al trabajo y construir una obra para su pueblo, brindamos con tantos amigos a los años por venir. ¡Salud!

emalaver@gmail.com

Año III / N° XCVI / 22 de febrero del 2016



## Se acaba el cumpleaños

Es hora de cantar. Se van a ir los invitados sin comer torta, ya casi es medianoche. Quien esté cerca, que apague la luz y que alguien traiga los fósforos para encender la vela.

Mientras cantamos, *Ritos* desea agradecer a todos sus buenos deseos, sus contribuciones al crecimiento de la publicación y los augurios de larga vida.

El año que viene... El año que viene, si Dios quiere, será mejor.

Edgardo Malaver Lárez  
(Ah, ¿yo?, ¿apago yo la vela?)

Jueves 25 de febrero del 2016



### Cumple cumple happy happy Luisa Teresa Arenas Salas

El cumpleaños del mes. La pasión y el orgullo de Edgardo Malaver Lárez. La fiesta de la palabra. Nuestro benjamín en los proyectos de la Unidad de Extensión. *Ritos de Ilación* nació hace tres años "sin querer queriendo", como dice el Chavo. La necesidad



"Cumple cumple happy happy" de *Ritos de Ilación* con el *petit comité*: de izq. a der., Leonardo Laverde, Luisa T. Arenas, Dubraska Machado, Sara Pacheco y Edgardo Malaver

de compartir más allá de los muros universitarios y el cumpleaños de Leonardo Laverde B. nos reunió en el Parque del Este. ¡Ah! ¡Perdón! El parque Generalísimo Francisco de Miranda. En medio de cantos, velitas, soplidos, bromas, alharacas, por un error no cometido conversacionalmente, en un porsiacaso, Edgardo Malaver Lárez disparó una corrección imperecedera: “Ilación sin h”; y vino la tángana de qués, cómo, porqués: ¡Cómo que sin h! ¿No viene de hilo? Y, como dice Edgardo Malaver Lárez al contar la historia del nacimiento de *Ritos de Ilación*, palabras más, palabras menos: de ese intercambio, ese día, la semilla de este, su hijo predilecto, comenzó a gestarse.

Hoy, ritos van y ritos vienen, creciendo la participación de autores y, ¡claro!, de lectores. Radio Bemba ayuda. Si hablando decimos: “Me encanta curucutear en Facebook”, Edgardo interviene: “Luisa, buena palabra para un rito”. Un día me escuchó exclamar: “¡Coñastre, en la galera el pavo!”; “¡Caramba! —retrucó él—. Anota esa expresión para *Ritos de Ilación*”.

Y así va Edgardo de encuentro en encuentro, de evento en evento, de presentación en presentación invitándonos a todos a escribir para Ritos. Por eso lo hago hoy, porque la ocasión la pintan calva, para felicitarlo por sus tres años de productividad como progenitor de la criatura, motivador, escritor casi en un 90 por ciento de temas para ritos, por su propio deseo de explicar asuntos que siempre lo han preocupado o porque no haya un lunes vacío de ritos, si ningún ritolector o ritoescritor ha salido a la palestra con su colaboración de la semana.

¡Sépanlo! Ha habido muy pocos lunes sin ritos desde el 25 de febrero de 2013; así la publicación se haga un martes o un miércoles, *Ritos de Ilación* sale a la luz semanalmente. El asueto agostino, decembrino, carnestolendo, sacro, no detiene la máquina de producir ritos. La ilación se mantiene y debe mantenerse, para lo que Edgardo Malaver Lárez aprovecha sus noches y madrugadas escriturales para producir y publicar este significativo y simpático semanario. La ilación en estas ocasiones de asueto es con la efemérides del momento: “El primero que cayó por inocente” [LXXXVIII], por el Día de los Inocentes; “La sílaba que se le perdió a la Navidad” [XXXVI], obviamente, festejo navideño; “Dioses y mamarrachos” [XCIV], carnaval; “¡Ay, qué noche tan preciosa” [XCVI], esta efemérides eimista: el cumpleaños de *Ritos de Ilación*, por mencionar algunos.

Así que, amigos lectores, riteros, ritenses, ritoproductores, ritomaníacos, ritoamantes, ritoseguidores (voces estas que no son, o no han sido, pero allí están, por un simple ejercicio de creación lingüística): ¡corran la voz!, para que *Ritos de Ilación*, el blog ([ritosdeilacion.blogspot.com](http://ritosdeilacion.blogspot.com)), sea cada día más visitado, más leído, más recomendado (ya ha sido citado en trabajos de investigación) y más gente como ustedes que me están leyendo se motiven, pluma en ristre (¿un lugar común?, así



Torta en honor a *Ritos de Ilación* en su tercer cumpleaños

produzco yo, por placer) a escribir su rito para Ritos (¿un pleonasma? intencional).

Y, como *Ritos* estudia palabras, expresiones lingüísticas, unidades léxicas, designaciones, significaciones (¡Oh! ¡Lingüística!); explica sus orígenes, sus usos, su valor semántico-pragmático, concluyo, después de este discurso panegírico, con un breve glosario de algunas expresiones curiosas definidas por su sentido en el texto:

**BENJAMÍN:** hijo menor // Miembro más joven de un grupo. Y otras voces sinónimas: bordón, maraco, toñeco.

**ALHARACA:** extraordinaria demostración o expresión para manifestar la vehemencia de algún afecto, en este caso, la alegría del encuentro.

**TÁNGANA:** alboroto, escándalo, discusión sobre la escritura de *ilación* sin h.

**BEMBA:** boca de labios anchos y gruesos // En el texto, una metonimia cuyo sentido es la promoción de *Ritos de Ilación* de boca en boca.

**LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA:** un refrán que manifiesta que las oportunidades se deben de aprovechar cuando se presentan.

**CURUCUTEAR:** venezolanismo. Registrar, rebuscar algo generalmente dentro de algún mueble, revolviéndolo todo.

**¡COÑASTRE EN LA GALERA EL PAVO!:** un eufemismo usado por mi padre para evitar ese ¡coño! catártico, liberador, suscitado por una experiencia vital profunda.

Luisa T. Arenas y Daniel Avilán, ambos lingüistas, comparten amigablemente sus impresiones sobre el conversatorio *Lingüística: ciencia y cotidianidad*

**EFEMÉRIDES:** acontecimiento notable que se recuerda en cualquier aniversario de él: nacimiento de *Ritos de Ilación*.

**LUGAR COMÚN:** palabra, frase o idea considerada como un vicio del lenguaje por ser demasiado sabido o por su uso excesivo o gastado. La escritura a mano como vicio.

**PLEONASMO:** redundancia (premeditada y alevosa de la voz ritos) para enfatizar lo expresado.

**DISCURSO PANEGÍRICO:** mi elogio escrito a este proyecto de la Unidad de Extensión creado por Edgardo Malaver Lárez.

**RITOLECTOR, RITOESCRITOR, RITEROS, RITENSES, RITOPRODUCTORES, RITOMANÍACOS, RITO-AMANTES, RITOSEGUIDORES:** neologismos que nos definen a quienes hoy, con mucho orgullo, felicitamos a *Ritos de Ilación*, sintiéndonos parte de él.

25 de febrero de 2016

ue.eim.ucv@gmail.com

Año IV / N° XCVII / 29 de febrero del 2016



## Antepretérito, antepresente, antefuturo

Edgardo Malaver Lárez

*Profe, su trabajo no es complicarme la vida.*

Una estudiante de Lengua Española I (2016)

A todo el mundo le confunden los tiempos verbales. Todos los usamos con bastante acierto, con mucha destreza, con más facilidad de lo que pareciera indicar la poca atención que les ponemos en la escuela, pero apenas llega un profesor y menciona un tiempo, a todos se nos borra todo lo que sabemos y lo que estamos por saber.

¿No deberían los gramáticos —me han preguntado cientos de personas dentro y fuera de la universidad— reunirse y ponerse de acuerdo para simplificar eso, para que la gente no se confunda tanto? Siempre me parece gracioso, en primer lugar porque simplificar el sistema verbal requeriría que la lengua se simplificara, lo cual requeriría que los mismos que preguntan hablaran de manera más simple; y en segundo lugar, porque eso ya existe y lo hemos tenido en casa toda la vida.

El sistema de nomenclatura verbal ideado por Andrés Bello tiene la invaluable virtud de dar a cada tiempo un solo nombre, que se construye a partir de las solas nociones de pretérito, de presente y de futuro y su combinación únicamente con los prefijos ante-, co- y post-. No parece posible una mayor sencillez. Todo el sistema funciona basado en que las acciones suceden en un tiempo anterior, simultáneo o posterior al momento de la emisión del habla y en que el anterior y el posterior (el pretérito y el futuro) pueden ser, a su vez, anteriores, simultáneos o

posteriores a otra acción. El nombre que aparece de esas combinaciones es tan significativo y a la vez tan fácil de interpretar, que por sí solo insinúa, o más bien sugiere, o más bien señala directamente en qué punto de la llamada “línea del tiempo” se ubica el tiempo verbal con respecto al presente del hablante y a otras acciones.

En este instante, en presente, puedo decir: “Hoy escribo esta oración”. Puedo decir también: “Ayer en la mañana escribí una oración”. Pretérito. Y puedo decir: “Mañana en la tarde escribiré otra oración”. Futuro. Una vez establecidos estos puntos en la línea, puede hablarse también de tiempos anteriores al presente: “Hoy he escrito esta oración” (antepresente); al pretérito: “Ayer en la mañana, cuando hube escrito una oración...” (antepretérito), y al futuro: “Mañana en la tarde habré escrito otra oración” (antefuturo).

Para decirlo en pocas palabras, antepresente significa lo que está justamente antes del presente, lo que ha ocurrido hace poco tiempo (lo más frecuente en España): “El viernes he conocido a tu hermano”. Pasa lo mismo con el antepretérito y el antefuturo, es cuestión de poner el verbo haber en pretérito y en futuro, respectivamente. También indica lo que ha sucedido antes al menos una vez pero puede volver a suceder en el presente o en el futuro, que es el uso más frecuente en Venezuela.

Edgardo Malaver, der., quien más escribe en *Ritos de Ilación*, también coordina los clubes, en este caso el de Heberto Gamero Contín, cen., acompañados de Luisa T. Arenas, Iris Verastegui, la esposa del escritor, y Elizabeth Cornejo



Uno dice: “Esta semana he ido al Jardín Botánico tres veces” cuando aún no se ha acabado la semana, porque siempre es posible que vuelva a ir; pero se siente de todas maneras que esa repetición de acciones forma parte de un tiempo aún cercano, que no ha concluido.

De modo que si a usted le resulta difícil, compleja, incomprensible la nomenclatura verbal de la Academia (que, además, fijó una en 1931 y otra en 1973): pretérito perfecto compuesto, potencial compuesto o perfecto, futuro perfecto, etc., quizá convenga echarle un vistazo a la clarísima clasificación de Bello, que, por si fuera poco, ha sido pensada para los hablantes de América.

emalaver@gmail.com

Año IV / N° XCVIII / 7 de marzo del 2016



### Trivia

#### Edgardo Malaver Lárez

Lo más atractivo de los juegos de trivialidades eran las preguntas sobre ciencias. Era fascinante poder responder (e incluso no poder responder), por ejemplo: “¿Por qué los rayos X se llama rayos X?”; “¿Quién fue la primera persona que ganó el Premio Nóbel en diferentes ciencias?”; “¿Quién inventó el cero?”. Y entre más humanista es uno, más se sorprenden los competidores, porque creen que a uno solo le interesan la literatura, la historia, el cine y la música.

Aunque lo sabio es que ciencias y humanidades convivan en paz y se enriquezcan las unas a las otras, los juegos de trivialidades parecen confundir la gimnasia con la magnesias. Afortunadamente, las confunden en el buen sentido, porque si todo lo que se pregunta en el juego es trivial, lo es en ambas orillas del río. Es decir, en ambos se detienen en lo que importa menos, en lo que impresiona a primera vista pero que en realidad no es ciencia ni es arte. Como dice el diccionario, son datos que “carecen de toda importancia y novedad”.

El detalle, sin embargo, no hay que buscarlo en el juego sino en la Edad Media. En las universidades de entonces, las materias que estudiaban los que estudiaban se dividían en dos grupos: por un lado, las artes de la elocuencia y, por el otro, las artes matemáticas. El primer grupo, formado por la gramática, la dialéctica y la retórica, era llamado *trivium* (tres vías, tres senderos, tres calles), mientras que el segundo, compuesto por la aritmética, la música, la geometría y la astronomía, era llamado *quadrivium* (cuatro caminos, cuatro avenidas, cuatro sendas, cuatro rutas). Juntas, eran las artes liberales, es decir, de los hombres libres, porque se diferenciaban de los viles oficios de los esclavos. Queda claro que, con el paso del tiempo, el trivio se convirtió en las disciplinas humanísticas y el cuadrivio ahora abarca las científicas. Lo que nos



La “trivia” de la Unidad de Extensión EIM: Edgardo Malaver, izq., Luisa T. Arenas y Leonardo Laverde

falta comprender en el presente es que en la Edad Media la educación universitaria no se completaba mientras el estudiante no se zambullera en aquellas siete ramas del conocimiento.

Lo triste es que en algún momento de la historia comenzó a pensarse que las disciplinas reunidas en el trivium eran superficiales y poco importantes con respecto a las otras y desde entonces las humanidades son menospreciadas, subestimadas e incluso ignoradas en la imaginación de la población en general. Lo trivial, inicialmente tan profundo y tan amplio, se asimiló a lo superfluo e insignificante. Y una señal clara de esto es que no existe un adjetivo proveniente de *quadrivium* que signifique nada como 'cargado de mucha importancia y novedad'. Se sobreentiende que lo que tiene esos rasgos son las "ciencias serias"... que lo son, ciertamente, pero no más que las humanistas. Y como probablemente diría C.P. Snow si viviera aún, preferir uno de estos universos sin mirar de reojo siquiera hacia el otro, es, meramente, ignorancia.

Para decirlo en menos palabras, ¿qué tienen de trivial, en la actualidad, la historia, la lingüística, la antropología? ¿Son superficiales los estudios literarios, los filosóficos, los artísticos? Aceptar que lo son equivaldría a aceptar que el hombre es solo carne y hueso, que no hay nada más que sangre y hormonas dentro de él.

Por cierto, ¿qué filósofo ganó competencias de atletismo en las Olimpiadas?

emalaver@gmail.com

Año IV / N° XCIX / 14 de marzo del 2016



¡Profe!, su certificado: lingüista colaborador con el proceso de investigación de nuestros estudiantes durante su TEG, Francisco Bolet

## Ilación (II) Edgardo Malaver Lárez

Y se estuvieron mirando  
por el cristal de las lágrimas.

Y el amor, entre sus ojos,  
hilaba.

"La hilandera", Andrés Eloy Blanco

En febrero del 2013, publicamos como primer número de *Ritos* simplemente la definición de la palabra *ilación* del diccionario de la Academia: "Trabazón razonable y ordenada de las partes de un discurso", dice en segunda acepción. Para el que sabe mucho de eso, muy bien, pero a uno lo desorienta esa palabra *trabazón*, ¿no es cierto? ¿Qué es lo que se traba?

Vamos a buscarla también en el diccionario. Primero dice: "Juntura o enlace de dos o más cosas que se unen entre sí". Aunque digamos que no, esta imagen no dista mucho de la enredadera organizada de hilos que produce una tejedora. Dos acepciones más tarde, dice: "Conexión de una cosa con otra o dependencia que entre sí tienen". Pues ya no parece tan difícil de comprender.

Sin embargo, es la tercera acepción de *ilación* (pero también, bastante, la primera) la que pone por fin las cosas en terreno más bien indiscutible.



Las circunscribe a la filosofía, pero es sencillo relacionarlas con la lógica. ¿A usted no le suena “Enlace o nexo del consiguiente con sus premisas” a lo que Aristóteles llamaría silogismo? Si un silogismo es un razonamiento en el cual se llega a una conclusión a partir de dos afirmaciones (premisas), entonces la ilación ha de tener con él alguna relación, cuando menos alguna semejanza, algún hilito que los mediovincule.

Ciertamente, un texto entero (una enciclopedia o un artículo de El Nacional) o incluso un solo párrafo (como los de Víctor Hugo o como los de Ednodio Quintero), aunque no tenga pretensiones extraordinarias, deberían exhibir esos elementos, esos mecanismos de pensamiento, por medio de los cuales el lector u oyente llega con el autor a las mismas deducciones, a las mismas convicciones, a las mismas conclusiones, más allá de que no esté de acuerdo con él. Es a partir de este “diseño”, y gracias a él, que el texto puede producir ideas nuevas.

Si las partes de una cosa se traban, si se enredan, si cooperan unas con otras, el conjunto va a ser un todo cohesionado y firme. De repente, se me conecta todo con la idea de cohesión, esa propiedad de todos los textos (sin la cual, según los teóricos, no deberíamos llamarlos así) que, internamente, muestran relaciones entre sus partes: la concordancia, las referencias anafóricas y catafóricas, la elipsis, etc., hilos que van amarrando unos elementos a otros, unas ideas a las demás, para hacer un solo ovillo sin cabos sueltos.

En resumen, todo texto, a riesgo de dejar de serlo, tiene que tener cohesión, es decir, tiene que

ser una especie de silogismo dentro de sí... tener ilación.

emalaver@gmail.com

Año IV / N° C / 21 de marzo del 2016



## Colombianadas Adrianka Arvelo

“No puedes estar dando boleta con ese teléfono en la calle”. Eso fue lo que le dije a mi hermana esta mañana antes de salir de la casa. Resulta que uso con bastante frecuencia formas verbales, estructuras, frases y refranes procedentes de Colombia. Esto para mí no es ni nunca ha sido un problema, pero parece que a mis amigos les causa cierto “picor” oírme decir cosas como dar *boleta*, *tenaz*, *parce* y tantas más.

“No soy buena para esto, pero tocó hacerlo” es otra de las frases que uso con regularidad aunque, en realidad, más que la frase, lo que uso es esa estructura; es decir, ese uso del verbo *tocar* que en el español de Venezuela implica la primera acepción que se da en el diccionario de la RAE: “Ejercitar el sentido del tacto”, pero que en el español de

Los profesores de la Cátedra de Estudios Lingüísticos despidieron a Jeannette Sánchez, cen., por su nueva búsqueda en España: de izq. a der., María Carla Picón, María Gabriela Rodríguez, Dexy Galué y Leonardo Laverde



Colombia se utiliza en la lejana acepción número 22: “Ser de la obligación o cargo de alguien”.

La verdad es que, también, al decir cualquiera de estas expresiones colombianas, estas “colombianadas”, la reacción de quienes me escuchan pareciera ser, en algunos casos, como burlista y hasta de desprecio. Por ejemplo: “Uuuuiisshhh, se le salió el colombiano, ¡vea!”. Acto seguido viene la risa. Es decir, pareciera haber un pleno conocimiento sobre la procedencia de estas expresiones que da pie a la burla y al torrente de ejemplos en forma de chiste sobre el lugar y su gentilicio. Habría que preguntarse también cuánto de lo que decimos es meramente venezolano (véase Ritos X, de Aurelena Ruiz) y hasta qué punto hemos puesto en nuestro contexto frases o estructuras que provienen de países vecinos.

Podría pensar en la palabra *paisa*. En Colombia un paisa es una persona proveniente de la ciudad de Medellín, es decir, de Antioquia. En Venezuela, por su parte, existe, si se quiere, una variante de esta y es *paisano*. Para nosotros, un paisano es alguien relativo a nosotros, de nuestro mismo lugar; dice la RAE: “Dicho de una persona: que es del mismo país, provincia o lugar que otra”. Qué fue primero entre paisano y paisa quizá sea como si fue primero el huevo o la gallina. Tal vez sea una exageración, pero es que debido —o gracias— a la cercanía actual entre estos países y, más aún, al hecho de haber sido en algún momento —¡hace menos de 200 años!— una misma república, podría haber sucedido que para la época de la Gran Colombia se utilizaran ambas palabras, o quizá ninguna sino otra parecida y de la cual se derivaron estas.

Profesoras de alemán en su recorrido por la *Feria Lingüística* conmemorativa del centenario de esa ciencia: Corina Tejada, izq., y Ariana Beyer

Lo raro en todo esto es que a pesar del desagrado, el “picor” (insisto en esta imagen) o, incluso, la sorpresa por parte de quienes me escuchan decirlo, no hay desconocimiento en los oyentes y logran, ciertamente, entender lo que les estoy diciendo. No sé si sea exactamente porque dejan pasar por alto esa estructura o esa información, que es complementaria, y entienden el mensaje o si, dada la influencia (por decir lo menos) de las telenovelas colombianas en Venezuela, ya ha calado en nuestro vocabulario un gran número de estructuras sintácticas, gramaticales y hasta fonéticas del vecino país.

Venga a ver cómo me le explico... Vea, mijo, ¿esto sí tendrá que ver con una cuestión de etimología?, ¿con la historia de las naciones?, ¿o es que acá, simplemente, así como hemos adoptado personas de todas partes también aceptamos tan tenazmente las formas verbales que traen consigo? ¿Cierto que sí me entendieron todo lo que les dije? ¿Sí ve que no es tan difícil, ni tan ajeno, y pues mucho menos sorprendente ese lenguaje colombiano al que (aunque no lo creamos, parece) ya estamos acostumbrados?

Tal vez al alejarnos de la mera forma y quitarles el acento propio a estas oraciones seamos capaces de ver que se puede, sin mayor problema, entender todo lo que se nos dice, sin necesidad de poner una



barrera imaginaria a cualquier venezolano que usa expresiones propias de Colombia o de cualquier otro país. Queda abierta, entonces, la posibilidad y ¿necesidad? de ponerse a escudriñar los orígenes de ciertas expresiones.

aarvelo22@gmail.com

Año IV / N° CI / 28 de marzo del 2016



### **Cica y chikunguña** **Edgardo Malaver Lárez**

Me tiene conmovido la fidelidad con que algunas personas que entran en contacto con ellas y leen sus nombres en los medios de comunicación respetan la ortografía de los nombres de dos enfermedades que han hecho su debut en América Latina recientemente. Y me conmueve también con cuánto respeto los medios copian esos nuevos nombres, en apariencia, sin preguntarse si verdaderamente se escriben así. Además de los persistentes dolores en las coyunturas, ¿de la denominada *chikungunya* no llamará la atención ningún otro misterio, ni siquiera ortográfico? De la llamada *zika*, ¿no tendremos nada más que decir, aparte de que puede aguarle a uno la sangre si los síntomas se prolongan mucho en tiempo?

Sí, hay un par de cosas que pueden decirse de estos dos nombres, de la forma en que nos han llegado escritos y de cómo y por qué podrían escribirse de otra forma.

Jeannette Sánchez, doctora en estudios filológicos, gran colaboradora en los talleres organizados por la Unidad de Extensión

Por qué se escriben *zika* y *chikungunya* es más o menos sencillo de responder. Lo más probable es que estas palabras hayan llegado a nuestros medios de comunicación (que es por donde nos han llegado a los ciudadanos comunes) inicialmente transcritas mediante el alfabeto fonético internacional, el código que se utiliza para representar todos los sonidos posibles del habla humana. Una vez transcrito un término nuevo, es bastante sencillo saber cómo se pronuncia en su lengua original y, una vez que se pronuncia, con las posibilidades y limitaciones de cada lengua, se puede escribir como sería más lógico y natural escribirlas en cada lengua. Por esa razón escribimos en español Yeltzin, mientras los franceses escriben Eltsine; en español escribimos Jesús, mientras los italianos escriben Gesù; nosotros escribimos Li Po y los angloparlantes escriben Li Bai.

Así, en español, *zika* y *chikungunya* parecen ser aún transformaciones iniciales a partir de sus transcripciones fonéticas, es decir, no lucen aún armoniosas con la ortografía típica de la lengua española. Para llegar a serlo, para estar escritas como se escribirían en español si hubieran nacido en español, faltaría, en el primer caso, que la sílaba *zi-* se transformara en *ci-*, como indica la tendencia natural, aunque no absoluta, del español al representar este sonido ante las vocales *e* e *i*, y que *-ka* se tornara *-ca*; y en el segundo caso, sería



preciso que la sílaba *-kun-* se transformara *-cun-*, y que *-nya* se convirtiera en *-ña*, como sugiere la naturaleza del alfabeto fonético. Lo más natural en nuestro código, entonces, sería *cica* y *chicunguña*.

Pasado un tiempo—aún falta bastante—, estas palabras terminará escribiéndose así, igual que ya no se escribe *switch*, *goal* ni *baseball*, ni se escribe tampoco *pot pourri*, *aide de camp* ni *petit maître*. La única diferencia está en que los idiomas de los que provienen, además de no ser tan lejanos en historia y geografía, utilizan el mismo alfabeto que el español. Su adaptación fonética, sin embargo, comenzó el día mismo de su llegada a nuestros oídos: unos hablantes dicen *chincuguya*; otros pronuncian *chicuguya*, etc., e incluso hay quienes dicen: Se me pegó la *chica*.

Lo más conmovedor que tienen la *cica* y la *chicunguña* no es, naturalmente, el estrago que está haciendo en la salud de la población, sino el movimiento intestino que ya es posible sentir que se desarrolla en sus nombres para transformarse en palabras totalmente nuestras. Ya verán.

emalaver@gmail.com

Año IV / N° CII / 4 de abril del 2016



### **Celebrando el español** **Luisa Teresa Arenas Salas**

Para aderezar con un poco de humor el Mes de los Idiomas, un evento dedicado a festejar las seis lenguas que se estudian en la Escuela de

Día del Idioma, 25 de abril de 2015: cambalache de libros y flores en la conmemoración

Idiomas Modernos y, en especial, la nuestra por celebrarse el Día Mundial del Español el 23 de abril, los invito a disfrutar del siguiente poema (¿quijotesco?) aparecido en una revista española, sin autor conocido. Este texto, “además de ser jocoso, encierra una asombrosa lógica que hace meditar hasta a los académicos” (Escandón, 1990: 13), y, como digo yo, a los no académicos también. Por ello, lo están leyendo en Ritos de Ilación para su goce y reflexión. El tema en él tratado aparecerá en más de una edición, pues, después de esta, se publicará una reflexión lingüística posterior.

#### **EL IDIOMA CASTELLANO**

Señores: un servidor,  
Pedro Pérez Baticola,  
cual la Academia Española,  
“limpia, fija y da esplendor”:  
pero yo lo hago mejor,  
y no son ganas de hablar,  
pues les voy a demostrar  
que es preciso meter mano  
al idioma castellano,  
donde hay mucho que arreglar.

¿Me quieren decir por qué,  
en tamaño y en esencia



hay esa gran diferencia  
entre un buque y un buqué?  
¿Por el acento? Pues yo,  
por esa insignificancia,  
no concibo la distancia  
del presidio al que presidió,  
ni de tomas a Tomás,  
ni de topo al que topó,  
de un paleta a un paletó,  
ni de colas a Colás.  
Mas dejemos el acento,  
que convierte, como ves,  
las ingles en un inglés,  
y vamos con otro cuento.  
¿A ustedes no los asombra  
que diciendo rico y rica,  
majo y maja, chico y chica,  
no digamos hombre y hombra?  
¿Y la frase tan oída  
del marido y la mujer,  
¿por qué no tiene que ser  
el marido y la marida?  
Por eso no encuentro mal  
si algunos me dicen cuala,  
como decimos Pascuala,  
femenino de Pascual.

El sexo a hablar nos obliga  
a cada cual como digo:  
si es hombre, "me voy contigo",  
si es mujer, "me voy contigo".  
¿Por qué llamamos tortero  
al que elabora una torta,  
y al sastre que ternos corta

no le llamamos ternero?  
Como tampoco imagino,  
ni el Diccionario me explica,  
¿por qué al que gorras fabrica  
no le llamamos gorrino?  
¿Por qué las Josefás son  
por Pepitas conocidas,  
como si fuesen salidas  
de las tripas de un melón?  
¿Por qué el de Cuenca no es cuenco,  
bodeque el que va de boda,  
y el que los árboles poda  
no le llamamos podenco?  
Cometa está mal escrito  
y por eso no me peta:  
¿hay en el cielo cometa  
que cometa algún delito?  
Y no habrá quien no conciba  
que al llamarse firmamento  
al cielo es un esperpento:  
¿quién va a firmar allá arriba?  
¿Es posible que persona  
alguna acepte el criterio  
de que llamen monasterio  
donde no hay ninguna mona?  
Si el que bebe es bebedor,  
y el sitio es bebedero,  
hay que llamar comedero;

Jolgorio en la comunidad eimista por la multiplicidad de actividades enmarcadas en la Fiesta de los idiomas celebrada el 25 de abril de 2015 en el pasillo central del edificio Trasbordo



a lo que hoy es comedor;  
comedor será quien coma,  
como es bebedor quien bebe,  
y de esta manera debe  
modificarse el idioma.

¿Y vuestra vista no mira,  
lo mismo que miro yo,  
que quien descerraje un tiro,  
dispara, pero no tira?  
Ese verbo y más de mil  
en nuestro idioma, son barro;  
tira el que tras de un carro,  
no el que dispara un fusil.  
De largo sacan largueza,  
y de corto, cortedad,  
en vez de sacar corteza.

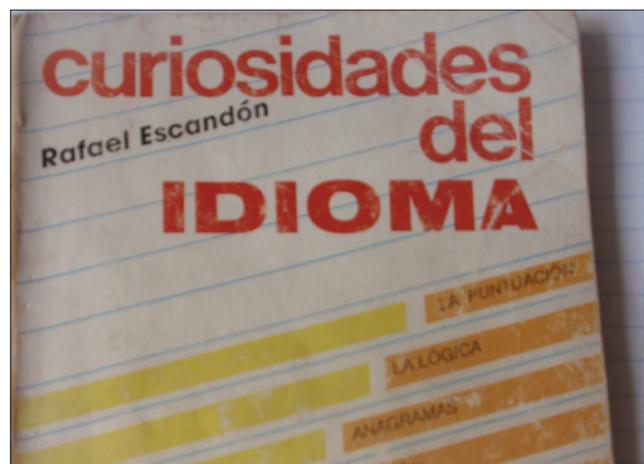
De igual manera me quejo  
al ver que un libro es un tomo;  
será un tomo si lo tomo,  
y si no lo tomo, un dejo.  
Si se llama mirón  
al que está mirando mucho,  
cuando mucho ladra un chucho  
hay que llamarle ladrón;  
porque la sílaba on  
indica aumento, y extraño  
que a un ramo de gran tamaño  
no se le llame Ramón,  
y por la misma razón,  
si por lo que estáis escuchando  
un gran rato estáis pasando,  
estáis pasando un ratón.

¿Y no es tremenda gansada  
en los teatros que sea  
denominada platea  
lo que no platea nada?  
¿Puede darse, en general,  
al pasar de masculino  
a su nombre femenino  
nada más irracional?

La hembra del cazo es caza;  
la del velo es una vela;  
la del pelo es una pela,  
y la de plazo es una plaza;  
la del correo, correa;  
la del mus, musa; del can, cana;  
del mes, mesa; del pan, pana  
y del jaleo, jalea.

Ya basta para quedar  
convencido el más profano  
que el idioma castellano  
tiene mucho que arreglar;  
conque basta ya de historias;  
si, para concluir, me dais  
cuatro palmas, no temáis  
que os llame palmatorias.

Escandón, Rafael (1990). *Curiosidades del idioma*.  
Caracas: Panapo.



Un banquete de textos curiosos y prácticos como recursos didácticos para las materias lingüísticas

Espero que, una vez leído el poema, hayan captado el humorismo presente en él, entendido según la primera acepción que se lee en el DRAE como: “Modo de presentar, enjuiciar o comentar la realidad, resaltando el lado cómico, risueño o ridículo de las cosas” (2006: 796). ¿Cuál es la realidad que presenta este poema? ¿Qué hechos enjuicia? ¿Cómo los comenta? ¿Dónde radica su comicidad? ¿Celebramos el idioma español burlándonos de él? ¿Ridiculizándolo? Todas estas interrogantes son para que cada lector las medite, nos las comente y compartamos sus reflexiones en un próximo número de Ritos de Ilación.

Continuará...

ue.eim.ucv@gmail.com

Año IV / N° CIII / 11 de abril del 2016



## **Zimbabwe y Venezuela**

**Edgardo Malaver Lárez**

Por lo que he leído recientemente, hay apenas tres países en el mundo cuyos himnos nacionales no tienen letra, todos en Europa: España, San Marino y Bosnia-Herzegovina. Hay otros países cuyos ciudadanos no logran cantar sus himnos sin dudar en alguna estrofa.

Hace días leí que Bob Marley (1945-81) escribió en 1979 una canción titulada *Zimbabwe* para apoyar el bando marxista de las guerrillas que

combatían en la Guerra de Rodesia. Poco después, cuando terminó la confrontación y Marley fue invitado a ofrecer un concierto en la capital, la canción terminó convirtiéndose en el “segundo himno nacional” de ese país, que por entonces fue rebautizado, justamente, Zimbabwe.

En Venezuela tenemos también un “segundo himno nacional”: *Alma llanera*, de Rafael Bolívar Coronado (1884-1924), con música de Pedro Elías Gutiérrez (1870-1954). La canción está contenida en una zarzuela que estrenó el autor en 1914 —la canta un personaje llamado Rita casi al final— y que el azar (o quizá, más que eso, su letra vigorosamente llanera) se encargó de meter en la memoria de los venezolanos del último siglo.

Pero en Venezuela, todo tiene que ser sensacional e hiperbólico. La semana pasada, en el metro, un artista ambulante se paró en mitad del tren para cantarnos la hiperpopular canción *Venezuela*. Cien voces lo siguieron. Al terminar, nos dijo que había que poner atención a la “hermosa letra de este poema”, pues era admirable que los autores, los españoles Pablo Herrero y José Luis Armenteros, de lejos, habían sido capaces de captar y expresar la belleza de Venezuela. Más adelante dijo que esta era considerada “nuestro tercer himno nacional”.



Digna Tovar, jefa del Departamento de Portugués, facilitadora del taller *Los sonidos del portugués*

Un país africano que adopta una canción escrita por un autor caribeño, un país sudamericano que adopta una canción escrita por autores europeos. Probablemente falte investigar un poco más, pero ya es suficiente para reflexionar. ¿Será este un ejemplo de ciega transculturización, de indomable globalización o de enriquecimiento cultural? Ojalá que sea, al menos, amistad internacional. Lo que sí parece cierto es que cada uno de los autores ha dado en el blanco con respecto a lo que hubieran podido esperar los sujetos de su versificación. Marley escribía para animar a una lucha armada que perseguía tomar el poder, mientras que Herrero y Armenteros pretendían describir poéticamente una tierra que consideraban favorecida por la naturaleza (aunque, según el cantante del metro, no la conocían, como no conocía el cantante jamaicano lo que entonces era Rodesia). Y, sin embargo...

El jamaicano comienza y termina diciendo que todo hombre tiene derecho a decidir sobre su destino, razón por la cual *"arm in arms, with arms, we'll fight this little struggle"*. ¡Se incluye en el pleito! Como se trataba de una guerra de tres bandos en la que cada uno combatía contra los otros dos, profetiza: *"Soon we'll find out who is the real revolutionary"*. Les dice *you're right* 16 veces, o sea, cada 22 palabras.

Los españoles, igualmente, hablan de Venezuela como si fuera su pueblo, llevan "su luz y su aroma en la piel y el cuatro en el corazón". Además, "entre sus playas quedó su niñez, tendida al viento y al sol". Y, tal como lo pide Serrat en Mediterráneo, desean que el día en que mueran los entierren

¡Qué satisfacción produce escuchar a los graduandos con tanta seguridad exponer sobre su TEG!: Irving Suárez demuestra que en la EIM "sí se puede"; lo acompaña Luisa T. Arenas

cerca del mar, pero en Venezuela. A diferencia de la canción de Marley, que menciona a Zimbabue 23 veces en 45 versos, la de Herrero y Armenteros nombra a Venezuela apenas en dos versos de 32.

¿Por qué los pueblos tienen "segundos himnos nacionales"? En Guatemala, *Luna de Xelajú*; en Colombia, *La piragua de Guillermo Cubillos*; en Italia, *Va, pensiero*. ¿Acaso será una cuestión de gusto del pueblo, más que de hechos históricos? Lo curioso en *Zimbabue* y *Venezuela* es que sus autores sean extranjeros, y lo curioso en Venezuela es que no nos conformemos con dos, sino que tenemos tres. ¿Será posible que un día tengamos cuatro?

emalaver@gmail.com

Año IV / N° CIV / 18 de abril del 2016



## Un inca y una caraqueña Edgardo Malaver Lárez

Los que hemos estado trabajando durante este mes de abril para sumarnos honrosamente al Día Mundial del Libro y del Idioma quizá estemos siendo injustos con el Inca Garcilaso de la Vega y con otros escritores, aun autores importantes para nosotros mismos. Dedicar el día de hoy, 23, a



Miguel de Cervantes y a William Shakespeare, que murieron en esta fecha pero en 1616, puede ser un homenaje justo —puede serlo y ciertamente lo es— para dos personalidades literarias de las cuales puede afirmarse sin temor a exagerar que quizá no tengan nunca comparación en sus lenguas ni en las otras. Sin embargo, a poco de ponerse uno a examinar quién más ha estado relacionado con esta efemérides, descubre nombres que nos sorprenden y nos emocionan.

En primer lugar, la propia Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), que en 1995 escogió el 23 de abril para conmemorar la muerte del Manco de Lepanto y del Bardo de Stratford, no ignora nunca al Inca. Es el único americano del grupo y es el que nosotros no nombramos.

El Inca Garcilaso nació en 1539, también en abril, ocho años antes que Cervantes y 25 antes que Shakespeare, de la unión de un conquistador español y una princesa inca, Sebastián de la Vega e Isabel Chimpu Ocllo. Recibió, a pesar de ser hijo ilegítimo, una educación de primera junto a los hijos bastardos de Francisco Pizarro (1478-1541), de quien era cercano colaborador De la Vega padre. En 1560, llegó a España y se hizo militar, pero su condición de mestizo representó siempre un obstáculo. Luego respiró la atmósfera humanística europea y terminó traduciendo del italiano la obra *Diálogos de amor*, de León Hebreo (1464-1523). Como historiador, escribió dos obras importantes: *Historia de la Florida y jornada que a ella hizo el gobernador Hernando de Soto*, publicada en Portugal en 1605,

y *Comentarios reales*, cuya primera parte apareció también en Portugal en 1609 y la segunda un año después de su muerte. Ambas combinan historia y autobiografía, datos reales y defensa de su linaje incaico, geografía y literatura.

Un punto hartamente atractivo de su obra es su visión de las lenguas habladas en ambos imperios. Dice, por ejemplo, en los *Comentarios* —o al menos comenta que así lo hace el Padre Blas Valera— que siendo la lengua castellana tan compleja, sería más inteligente que los españoles aprendieran la indígena en lugar de obligar a los indios a aprender el castellano. “Y, por el contrario”, agrega, no sin su pizca de ironía, “si los españoles, que son de ingenio muy agudo y muy sabios en ciencia, no pueden, como ellos dicen, aprender la lengua general del Cuzco, ¿cómo se podrá hacer que los indios, no cultivados ni enseñados en letra, aprendan la lengua castellana?”.

Sin embargo, hay que añadirlo también, revela que los antiguos reyes incas hacían algo muy parecido: una vez conquistado un territorio, mandaban a sus nuevos vasallos aprender la lengua del emperador y enseñársela a sus hijos, lo cual aseguraba la paz. No cabe duda de que no ha sido la española la única lengua que ha acompañado al imperio dondequiera que se ha implantado.



La infaltable Ana María en brazos de su padre, Edgardo Malaver; los acompaña Eloi Yagüe, izq.

Garcilaso el Inca, entonces, murió, como Cervantes y Shakespeare, el 23 de abril; pero hay, además de los tres, autores que, por el mismo golpe de dados de la historia, tienen esta fecha en su biografía y tendríamos que homenajearlos también —leer sus obras, aprender de sus aciertos y errores, rezar por ellos—. Habría que acordarse, por ejemplo, del británico William Wordsworth, que vino al mundo en 1850, del francés George Steiner, que lo hizo en 1929, y, aunque nos sorprenda tenerla tan cerca y no percatarnos, de una mujer que murió en 1936 pero que desde entonces vive y vivirá siempre en ese latido inquieto que es la literatura venezolana: Teresa de la Parra.

emalaver@gmail.com

Año IV / N° CV / 25 de abril del 2016



¡Cuán importante es el público en un evento! ¡Gracias por estar allí!